
MALAS
COMPAÑÍAS
LETICIA MARTÍN HERNÁNDEZ

MALAS COMPAÑÍAS

MALAS COMPAÑÍAS

LETICIA MARTÍN HERNÁNDEZ

ÍNDICE

Título original: *Malas compañías*

Primera edición: marzo de 2024

Diseño de la portada: GetCovers
Correcciones: Raquel Ramos

Sitio web: www.leticiamh.com
Facebook: facebook.com/leticiamhescritora
Instagram: instagram.com/leticiamhescritora

Cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo también mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, 1886

1 GLORIA, VERANO DE 2019

El apagón ocurrió dos minutos después de las diez de la noche.

Cada persona vive rodeada de su propia oscuridad, pero la oscuridad de Gloria era impenetrable. Cuando caía la noche, cuando las luces estaban apagadas, cuando el cielo era una sotana sin luna, su oscuridad era insondable, pesada, casi viscosa. «El ojo sano necesita una media hora para adaptarse a la oscuridad», había leído una vez, pero daba igual cuánto tiempo esperase —media hora, un día o un mes— porque su oscuridad nunca sería una paleta de grises; por el contrario, siempre estaría pintada del negro más absoluto. Ceguera nocturna o, de forma más apropiada, nictalopía. Cualquiera que fuese el término, Gloria no era capaz de ver con poca luz o por la noche. Ciertos pueblos de la antigüedad recomendaban el hígado de distintos animales para sanar la ceguera nocturna: los egipcios, de buey o de asno; los griegos, de res o de cabra; los chinos, de cerdo. Comer hígado, sin embargo, no había servido a Gloria de nada.

Gloria pegó un brinco cuando la cocina quedó a oscuras. Estaba calentando la sopa de verduras que esa misma mañana había sacado del congelador. Era el último táper hasta que cocinara más. Un plato de sopa seguido de una ensalada, esa sería su cena. Hacía demasiado calor para comer otra cosa. El humo que salía del cazo empañó el cristal de sus gafas. Cuando el caldo comenzó a burbujear, giró uno de los mandos de la cocinilla para bajar el fuego. La cocinilla era de gas, con los quemadores desgastados. Era la misma cocinilla que sus padres habían comprado cualquiera sabe cuántos años atrás. Como el extractor, que producía el mismo rugido que un coche de carreras. Como la nevera, que gemía igual que una anciana con achaques de vejez. Como la lavadora, que más bien parecía un mono saltarín cada vez que centrifugaba la ropa. Hacía tiempo que debería haber comprado una cocinilla nueva, un extractor nuevo, una nevera nueva, una lavadora nueva. Hacía tiempo, asimismo, que debería haber descolgado los crucifijos, los cuadros de santos con aureolas, de vírgenes con miradas piadosas, de escenas que recreaban pasajes bíblicos. El mismo día que sus padres murieron, debería haber tirado a la basura los regordetes ángeles de porcelana que adornaban varias de las repisas del salón. Había transcurrido casi un año desde el accidente de coche, pero aún no había reunido el coraje necesario para redecorar el piso que había heredado de sus padres. Una cosa que sí había cambiado era que Gloria había dejado de ir a misa. Cada

domingo, sin falta, iba a misa con su familia. Cuando hacía cola para recibir la sagrada comunión —su padre, delante; su madre, detrás, como guardias que estuvieran conduciendo a un prisionero al patíbulo —, disfrutaba imaginándose la cara que pondría el cura si escupía la hostia.

Gloria soltó la cuchara de palo que estaba usando para revolver la sopa de verduras.

—Mira que eres tonta; estás a punto de cumplir cuarenta años, pero la oscuridad sigue dándote miedo como cuando eras una cría —susurró para sí mientras sacaba el teléfono móvil de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero. Como ocurría con los electrodomésticos, debería haber comprado uno nuevo porque, con la pantalla quebrada, el teléfono era, a veces, inservible.

El fuego de la cocinilla era incapaz de disipar las tinieblas a su alrededor, de una negrura tal que ni siquiera podía percibir el contorno de su propia mano. Una negrura, además, escoltada por un silencio perturbador. Gloria nunca hubiera pensado que echaría de menos los gemidos de la nevera.

Con dedos torpes, activó la linterna del teléfono, que emitió una luz escasa, pero suficiente para que atinara a abrir uno de los cajones de la cocina. Encontró, por fin, una linterna de pilas. Muchos de los cajones del piso contenían al menos una linterna de pilas potente. Una medida de seguridad contra la oscuridad, como dormir con las luces encendidas o evitar quedar con alguien para cenar.

Cuando la linterna de pilas alumbró la cocina, suspiró de alivio.

—Gloria, campo de sonrisas, fúndeme la nieve que congela mi pecho —canturreó, pero no continuó con el resto de la canción de Umberto Tozzi. Mejor no recordar a quien, una vez, había alabado sus ojos azules, ocultos tras los gruesos cristales de sus gafas—. ¿Qué hace un mago cuando está oscuro? —murmuró a continuación porque, quizás, un chiste haría retroceder a la oscuridad con más eficacia que cualquier luz artificial—. Hace magia negra —finalizó el chiste con una risa nerviosa. Contar chistes con gracia, después de todo, no era una de sus habilidades.

Gloria iluminó los mandos de la cocinilla con la intención de apagar el fuego, pero dio un respingo al oír un ruido. Hubiera jurado que alguien estaba intentando abrir la puerta principal de su piso.

Con el corazón aún más acelerado que cuando ocurrió el apagón, siguió, desde la cocina hasta el recibidor, el camino creado por el haz de la linterna de pilas, igual que si fuera la calzada de baldosas amarillas de la tierra de Oz.

Gloria posó una mano sobre la puerta.

El ruido que había oído era de metal contra metal, como si alguien estuviera tratando de meter una llave dentro de la cerradura. Con toda

probabilidad, un vecino que, con el apagón, creería estar abriendo su propia puerta. Confundirse de piso no era descabellado —el edificio donde vivía, a fin de cuentas, tenía dieciséis plantas—, pero Gloria no podía librarse de la impresión de que algo no iba bien.

—¿Quién es? —preguntó intentando ocultar su nerviosismo. Echar un vistazo por la mirilla no iba a serle de utilidad porque solo vería negrura.

El desconocido no respondió, sino que continuó forzando la cerradura con una persistencia escalofriante.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Gloria, de nuevo sin recibir respuesta. Esta vez, la desazón que teñía su voz era evidente.

Cambió la linterna de pilas de una mano a otra para coger su llave, que estaba sobre el mueble del recibidor, dentro de un cenicero.

—Quienquiera que seas, esta no es tu casa —dijo mientras metía su llave dentro de la cerradura. Giró la llave para asegurarse de que la puerta estaba cerraba, aunque cómo no iba a estarlo si, siempre que volvía a casa, daba dos vueltas de llave.

Las voces de unos vecinos treparon por las escaleras hasta colarse por debajo de la puerta.

—¿El corte de luz afecta a todo el edificio? —inquirió una mujer.

—Creo que es un apagón general porque el barrio al completo está a oscuras —aseguró un hombre.

Gloria sintió una desazón inmensa al imaginarse a la ciudad de Santa Cruz, incluso a la isla de Tenerife, cubierta por un manto de oscuridad. Un agujero negro bañado por las aguas igualmente negras del océano Atlántico.

El desconocido, de pronto, dejó de forzar la cerradura.

Gloria esperó unos minutos más, pero quienquiera que fuera había decidido marcharse. Una sensación de alivio recorrió su cuerpo; sin embargo, enseguida sintió un agotamiento igual de pesado que un bloque de hormigón. Qué cansada estaba de sentir miedo. Miedo, sobre todo, de la oscuridad, aunque también de otro millón de cosas. Hubiera preferido sentir cualquier otra emoción, incluso cólera. Había, no obstante, un problema: las dos veces que había dado rienda suelta a su cólera, había ocurrido algo malo.

Un olor a carne guisada, que daba la impresión de provenir del piso de enfrente, hizo que recordara el caldero que había dejado al fuego.

—Maldita sea —exclamó.

Cuando atravesó el salón, tropezó con el sillón de orejas colocado delante del televisor. Cada vez que su padre regresaba después de su jornada de ocho horas, iba directo a ese sillón. ¿Cuántas veces había visto a su madre acuclillada delante del sillón mientras desataba los cordones del calzado de su marido para ponerle las pantuflas? Más

una prueba de sumisión que de amor. Un ama de casa perfecta, eso había sido su madre hasta el final. Era una paradoja, pensó Gloria, que el recuerdo de sus padres fuera más vívido cuando el piso estaba a oscuras. Ellos, que nunca habían aceptado que su única hija no fuera perfecta. «Habrás hecho algo para que Dios te castigue de esa manera», solía recriminarle su padre por más que los oftalmólogos aseguraran que su ceguera nocturna no era una enfermedad, sino una afección visual derivada del mal funcionamiento de las células de la retina. Con el tiempo, había evitado contarle a los demás que padecía nictalopía, no fuera que sintieran pena de ella o, peor aún, creyeran que era un bicho raro.

El apagón finalizó cuando estaba cruzando el salón para regresar a la cocina.

El extractor volvió a sonar igual que un coche de carreras.

La nevera gimió de nuevo.

El microondas emitió un pitido largo.

Gloria corrió hacia la cocinilla porque el caldero estaba desbordándose. El caldo había escurrido por el borde del recipiente hasta desparramarse entre los quemadores.

2 GLORIA, VERANO DE 2019

La piscina municipal estaba a menos de diez minutos caminando desde su casa. Un oasis urbano de cincuenta metros de largo con doce calles para nadar que parecían doce hilos de plata, con gradas para los espectadores —unas cubiertas, otras al sol—, con el constante chapoteo de los nadadores. El bono de veinte usos costaba unos veinticinco euros, un tributo que pagaba con gusto.

Gloria, ahora que estaba desempleada, iba a nadar tres veces a la semana, siempre a media mañana para evitar a los nadadores que madrugaban. Había trabajado como dependienta de una librería durante cuatro años, pero el propietario había decidido jubilarse antes de tiempo. Las oficinas de empleo, había que decir, estaban llenas de historiadores sin trabajo. ¿Cuántas veces había dicho su padre que había que estudiar una carrera con futuro? Quizás tendría que haberle hecho caso. Quizás tendría que haber estudiado para ser enfermera o economista. Conocer las fechas más relevantes del medievo español no garantizaba un puesto de trabajo.

Esa misma mañana había estado mirando ofertas de trabajo por internet: auxiliar administrativo, conductor de camión, camarero con experiencia, hasta instalador de césped artificial. Gloria podía imaginarse trabajando de muchas cosas, pero no sabía nada de céspedes, fueran artificiales o naturales.

Con movimientos precisos, nadó a braza el último largo.

Cada vez que sacaba la cabeza del agua, veía los tanques de la refinería, aunque, eso sí, de forma borrosa porque sus gafas de natación no estaban graduadas. Cada vez que abría la boca para respirar, tragaba el hedor que desprendían las chimeneas, mucho más intenso que el del cloro de la piscina. Cada vez que volvía a meter la cabeza debajo del agua, sentía la tentación de no sacarla de nuevo. Ojalá sus pulmones pudieran almacenar el oxígeno suficiente para permanecer sumergida durante horas. El mundo azul de la piscina no contenía fantasmas.

Gloria siempre había asociado el hedor proveniente de la refinería con su padre. Más de treinta años había trabajado para la refinería. Había sido operario de almacén, aunque, por su forma de hablar, cualquiera hubiera creído que su puesto era de gestor o, incluso, de ingeniero. Operario, gestor o ingeniero, su mono de trabajo siempre apestaba a huevos podridos.

Cuando alcanzó el extremo de la piscina, Gloria respiró hondo

antes de bucear por debajo de las corcheras que delimitaban las calles hasta alcanzar las escaleras de metal.

El cielo ese día, como era habitual durante el verano, estaba cubierto por una espesa capa de nubes. Los vientos alisios empujaban las nubes contra las laderas de las montañas hasta crear una panza de burro sobre la ciudad.

Gloria subió por las escaleras de metal. Quizás porque estaba observando el cielo nublado, resbaló nada más pisar el suelo de baldosas marrones. Con premura, intentó agarrarse del pasamanos de las escaleras, pero solo atinó a rozar el tubo metálico con los dedos.

Una mano grande, por suerte, rodeó su muñeca a tiempo.

—Cuando salí de casa esta mañana, no pensé que fuera a salvar a nadie, menos aún a una mujer guapa —dijo el propietario de esa mano grande con un acento peninsular que Gloria no pudo identificar.

El hombre, con un bañador de color negro, lucía un cuerpo definido por ángulos. Cada uno de esos ángulos, fuera recto, agudo o llano, parecía haber sido tallado por las manos expertas de un escultor. El rasgo más sorprendente, no obstante, era el color de los mechones de pelo que sobresalían de su gorro de silicona, de un rojo intenso que solo podía conseguirse con un tinte. Quizás era el guitarrista de una banda de rocanrol. O, quizás, el rojo era su color favorito.

—Habría caído al agua, no me hubiera hecho daño —replicó Gloria mientras intentaba combatir la absurda tentación de pasar una mano por la piel mojada de su supuesto salvador.

—Es posible que hubiera sido así, pero ¿por qué habrías de quitarme la medalla de héroe? —objetó el hombre, que aún no había soltado a Gloria, con una sonrisa. Una sonrisa igual de contagiosa que la gripe.

—El peligro ha pasado. —Gloria hizo un gesto hacia su muñeca cautiva.

El hombre desenredó sus dedos con una clara mueca de contrariedad.

Gloria aprovechó su renovada libertad para quitarse las gafas de natación. Con o sin esas gafas, sin embargo, el rostro del hombre seguía siendo una nebulosa, aunque sí distinguió unas cejas gruesas que bien podía imaginarse juntándose cada vez que frunciera el ceño. Gloria entrecerró los ojos, como si así pudiera discernir mejor sus rasgos.

—Me llamo Cefeo —dijo él.

—¿Cefeo? ¿Qué nombre es ese para un héroe?

El hombre soltó una carcajada que resultó ser la banda sonora perfecta para acompañar su contagiosa sonrisa.

—Gracias por volver a ponerme la medalla de héroe. —El hombre

hizo una pausa antes de continuar hablando—. Cefeo es una constelación del hemisferio norte; representa a un legendario monarca etíope, aunque no sabría decirte si fue un héroe o un villano.

Gloria contuvo la respiración mientras escuchaba la explicación del hombre.

¿Cómo era posible que un mero conjunto de estrellas amenazara con hacer reflotar recuerdos que prefería mantener a mil metros de profundidad?

—¿Cefeo es una constelación de verano o de invierno? —inquirió, aunque deseó de inmediato no haber preguntado nada.

—Es una constelación circumpolar, puede verse todo el año.

—Una vez conocí a alguien con el nombre de una constelación de invierno.

—Qué casualidad. ¿Cuál era su nombre?

—Hace muchos años de eso, no me acuerdo —zanjó Gloria con voz trémula, aunque no sabía si su voz había temblado por el aplastante peso de los recuerdos o por haberse enfriado después del ejercicio.

Con una urgencia apremiante, caminó hacia los vestuarios porque no quería seguir hablando ni del pasado ni de constelaciones.

—¿Es tu nombre igual de extraño que el mío? —preguntó el hombre, que no parecía estar dispuesto a rendirse mientras no obtuviera al menos una respuesta por parte de ella.

Gloria respondió sin detenerse ni mirar atrás.

—Mi nombre es tan ordinario que no vale la pena ni mencionarlo.

—Me gustaría conocerlo de todas maneras.

—Como quieras. Me llamo Gloria.

—Es un nombre precioso. ¿Cuándo vas a fundir la nieve que congela mi pecho?

Gloria, esta vez, sí giró la cabeza para observar con detenimiento al hombre.

—¿Qué has dicho? —preguntó sin poder ocultar su confusión.

El hombre soltó otra carcajada.

—Me encantan los cantautores italianos. ¿O es que acaso no conoces la famosa canción de Umberto Tozzi?

Los versos de esa canción persiguieron a Gloria incluso después de alcanzar la seguridad de los vestuarios. Continuaron persiguiéndola hasta que el agua a presión de la ducha los silenció.

El teléfono móvil de Gloria sonó mientras estaba secándose el pelo con una toalla. Cuando sacó el dispositivo del interior de su mochila, las grietas de la pantalla ocultaron solo a medias el nombre de la persona que estaba llamando.

—¿Cuántas veces debo repetirte que no quiero hablar contigo? —masculló Gloria nada más pulsar el botón de contestar, con voz baja para no atraer la atención de la mujer que estaba desvistiéndose a su

lado. El vestuario era espacioso, pero la mujer, con una melena negra que discurría por su espalda como un río de crudo, había decidido ocupar el mismo banco que ella.

—Me gustaría que quedáramos para hablar de nosotros —pidió la persona que había llamado.

Gloria cerró los ojos durante unos segundos.

—Omar, hace un mes que rompimos; por más que me llames, no volveré contigo —explicó con el mismo tono que usaría para tratar con un niño.

Omar suspiró antes de responder.

—Hace un mes que rompiste conmigo, pero, que recuerde, no fue una decisión mutua. ¿Cómo pudiste dejarme de buenas a primeras después de haber estado saliendo cerca de un año?

—Como si tuviera que pedirte permiso para romper contigo —replicó Gloria con exasperación.

Había roto con él porque su relación no era suficiente, porque él no era suficiente. Como no habían sido suficientes ninguno de sus exnovios durante los últimos veinte años.

—Cada mañana me despierto echándote de menos —confesó Omar.

—¿Me has llamado para eso, para decirme que me echas de menos?

Omar volvió a suspirar.

—La semana que viene comienzan las oposiciones para policía local. ¿Me desearás suerte?

—Las pruebas físicas no van a suponerte ningún problema —aseguró Gloria porque sabía que Omar había estado preparándose para las oposiciones desde antes de que empezaran a salir juntos.

Omar suspiró una tercera vez. Un suspiro que sonó, si algo así era posible, más lastimero que los dos anteriores.

—Las pruebas físicas son pan comido, pero me preocupa la prueba psicotécnica.

—Con tu personalidad, sí que debería preocuparte.

Un anillo de bisutería, que Gloria supuso que pertenecería a la mujer de melena negra, rodó por el suelo hasta detenerse a sus pies. Gloria devolvió el anillo a la mujer, que estaba poniéndose un bañador estampado de dos piezas.

—Gracias —dijo ella.

Gloria musitó un «de nada» antes de volver a prestar atención al teléfono.

—Cortar conmigo tan cerca de las oposiciones me ha dejado noqueado —estaba diciendo Omar—. Me he estado matando para aprobarlas, pero desde que rompimos, no puedo concentrarme.

—¿Hubieras preferido que esperara, que cortara contigo después

de las oposiciones?

—Hubiera preferido que no cortases conmigo, punto. Quedemos al menos para tomar un café; prometo no sacar el tema de nuestra relación —suplicó Omar.

—El único motivo por el que quedaría contigo sería para que me devolvieras tu copia de la llave de mi piso. —Gloria recordó el incidente de la noche anterior, cuando, durante el apagón, alguien había intentado abrir su puerta—. Omar, ¿viniste anoche a casa? —preguntó, porque podía imaginarse a su exnovio, borracho, intentando abrir la puerta de su piso sin atinar a meter la llave dentro de la cerradura.

—Estupendo, quedemos esta misma tarde —dijo Omar sin negar ni afirmar nada—; llevaré la copia de tu llave.

—He cambiado de opinión; déjame la llave dentro del buzón —sugirió Gloria con hartazgo antes de cortar la llamada de forma abrupta.

El teléfono volvió a sonar unos segundos después, pero Gloria silenció el volumen del dispositivo.

La mujer de melena negra guardó su ropa dentro de una de las taquillas.

—Mi exnovio nunca me devolvió la llave de mi casa, así que al final no me quedó más remedio que cambiar la cerradura. —La mujer hizo una pausa antes de añadir—: Espero que no pienses que me meto donde no me llaman, pero ¿por qué rompiste con él?

—Omar es demasiado normal —explicó Gloria sin ofrecer más detalles. El amor que había recibido de Omar había sido igual de normal que él. Ella, sin embargo, deseaba uno de esos amores que hacían perder a uno la cabeza.

—Ojalá mi exnovio hubiera sido un poco más normal —dijo la mujer antes de dirigirse hacia la piscina.

Gloria salió de los vestuarios unos minutos después. Con las gafas puestas, volvía a ver el mundo a su alrededor con claridad.

La mujer de melena negra, de pie cerca de la banqueta de salida de la piscina, estaba haciéndose una coleta para ponerse el gorro de silicona. El gorro hacía juego con su bañador estampado.

Quizás porque hablar de constelaciones había materializado, de alguna forma, los fantasmas de su pasado, Gloria recordó a otra mujer con una melena negra. El parecido entre ambas fue suficiente para que un sudor frío resbalase por su espalda.

La mujer subió al podio de salida. Con una mano, saludó a Gloria antes de tirarse de cabeza al agua.

Gloria observó a la mujer mientras nadaba el primer largo.

—Mejorarás tu estilo si intentas no cruzar la línea media del cuerpo con las manos —sugirió cuando la mujer alcanzó el extremo

opuesto de la piscina, pese a saber que podía sonar demasiado presuntuosa.

—¿Cuál es tu recomendación? —inquirió la mujer con el rostro salpicado de gotitas.

Gloria pensó un momento antes de responder.

—Considera que estás nadando por unas vías de tren que van paralelas a tus orejas. Cada vez que des una brazada, intenta que las manos vayan rectas por esas vías.

—Gracias, probaré a hacerlo como dices.

—Es mi forma de agradecerte el consejo de antes.

—Existen más hombres buenos que malos, así que no tires la toalla —dijo la mujer con una sonrisa amistosa.

—¿Querrías…?

Había estado a punto de preguntarle a la mujer si quería acompañarla a ir de compras o a tomar algo. Conocía a mucha gente —compañeros de universidad, colegas de trabajo, vecinos—, pero amigos…, no podía afirmar que tuviera amigos de verdad. ¿Cómo había podido olvidarse de que no sabía ni cómo hacer amigos ni cómo conservarlos?

Gloria devolvió la sonrisa a la mujer antes de darse la vuelta para marcharse.

3 GLORIA, VERANO DE 2019

El cementerio municipal de Santa Cruz albergaba a unos treinta mil muertos; era una necrópolis con tumbas, con nichos, con panteones, con osarios.

El autobús que Gloria había cogido para ir de la piscina municipal al cementerio había parado a pocos metros del acceso principal, un pórtico pintado de blanco que más bien parecía dar la bienvenida a un mercado que a un camposanto. Como no podía visitar el cementerio con las manos vacías, nada más bajarse del autobús cruzó el paso de peatones para dirigirse a los puestos del otro lado de la calle, que vendían flores. Compró un par de ramos de crisantemos amarillos porque estaban de oferta.

Gloria dejó atrás la zona antigua del cementerio —con majestuosos panteones pertenecientes, sin duda, a antiguas familias acaudaladas de la ciudad— para encaminarse hacia la zona moderna, compuesta por calles con nichos a ambos lados, cada uno impregnado, como era de esperar, por el dolor de los supervivientes. El aroma dulzón de las flores que adornaban los nichos —unas frescas, otras secas, símbolos de que no existía vida sin muerte— era mareante. Como también mareante era el fragor del tráfico proveniente de la cercana autovía. Gloria no pudo más que pensar que los muertos hubieran preferido que su último lugar de descanso fuese un poco más silencioso, que el bullicio de los vivos no perturbara su sueño eterno.

Cuando alcanzó su destino, bajó la mirada hacia la lápida de mármol blanco con los nombres de sus padres. El de su padre, arriba. El de su madre, debajo. Con la misma fecha de defunción, hacía exactamente un año. El primer aniversario del accidente.

Gloria había elegido un nicho de la fila de abajo porque era más económico que uno de la segunda o de la tercera fila. Quizás los nichos de la primera fila eran más baratos porque uno tenía que agacharse para limpiar la lápida o cambiar las flores.

El jarrón, a la derecha de la inscripción, contenía unos lirios que parecían haber sido cortados ese mismo día. Gloria no había visitado el nicho de sus padres desde el día del entierro, así que quizás su tía Maruca, la única hermana de su padre, había traído las flores.

—Como son las cosas, papá —dijo mientras sacaba los lirios del jarrón—. Hacía años que no veías a tu hermana Maruca, desde la disputa por la herencia de abuela, pero ahora resulta que es la primera que viene al cementerio a ponerte flores. Las herencias rompen

familias. Me pregunto si la casa de abuela valía tanto como para enfadarse con una hermana.

Gloria colocó los lirios dentro del jarrón de otro nicho.

Uno a uno, cortó por la mitad los tallos de los crisantemos que acababa de comprar. Uno a uno, metió cada crisantemo dentro del jarrón que había vaciado.

—Mamá, donde quiera que estés, sea el cielo o el infierno, ¿sigues arrodillándote delante de papá para quitarle los zapatos? Ojalá que no, aunque quién sabe, quizás tu paraíso sea ese, quitarle los zapatos a papá para ponerle las pantuflas.

Habían empezado a dolerle las piernas, pero continuó acuclillada delante del nicho. Con una mano, acarició el frío mármol de la lápida.

—Cómo deseé que me quisieran más que a nadie, pero no, nunca fui la hija perfecta que deseaban, no con mi ceguera. Un castigo divino, según ustedes. Quizás las cosas hubieran sido diferentes si estuviera sana, pero la verdad es que, mamá, nunca me diste un abrazo ni un beso, ni siquiera cuando era una niña; la verdad es que, papá, nunca me diste palabras de ánimo, solo de descontento porque jamás estuviste orgulloso de mí.

Una vez, delante de uno de los muchos crucifijos que colgaban de las paredes de su casa, su padre había dicho que el único amor que importaba era el de Cristo.

—¿Me quiere Cristo más que a nadie? —había preguntado Gloria que, por aquel entonces, debía de tener once o doce años.

—Cristo nos quiere a todos por igual —había respondido su padre.

—¿Cuál es el valor de un amor compartido? Me gustaría que solo me quisiese a mí —había replicado ella porque el amor que describía su padre nunca haría desvanecer la oscuridad absoluta que, cada noche, amenazaba con sofocarla.

Había transcurrido mucho tiempo desde aquella conversación, pero aún recordaba el rostro colérico de su padre antes de abofetearla.

Gloria acarició el frío mármol de la lápida una vez más antes de poner las manos sobre las rodillas para levantarse.

Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos de inmediato porque el accidente de coche había empezado a reproducirse tras sus párpados como si fuera una película. Eran cerca de las cinco de la tarde. Gloria estaba conduciendo. Giró la cabeza hacia su derecha, hacia su padre, que estaba sentado a su lado. Miró por el espejo retrovisor para contemplar a su madre, que estaba sentada detrás. El pelo de su padre era blanco. El rostro de su madre lucía una urdimbre de arrugas. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo habían envejecido de esa manera?

Esa fue la última vez que vio a sus padres con vida.

Gloria recogió los tallos que había cortado. Como no había ninguna papelera cerca, decidió meterlos dentro de su mochila hasta

que encontrase una donde tirarlos. El interior de la mochila estaba húmedo pese a que había envuelto el bañador con la toalla. Hubiera querido regresar a casa cuanto antes, pero ese día no solo era el primer aniversario de la muerte de sus padres.

Quizás tendría que haberles dicho unas últimas palabras a sus padres antes de marcharse, pero no sabía qué más contarles.

Gloria descendió por unas escaleras después de saludar a un jardinero que empujaba una carretilla. El segundo nicho que quería visitar no estaba lejos.

Una pareja, sin embargo, estaba de pie delante del nicho, el brazo de él alrededor de los hombros de ella. Un nicho de la segunda fila que, era de suponer, había costado más que el de sus padres.

Gloria detuvo sus pasos nada más reconocer a la pareja. Él, un hombre de unos cincuenta años, con la barbilla partida. Ella, una mujer algo más joven, con la nariz aguileña. El mejor plan de acción hubiera sido darse la vuelta de inmediato, pero su indecisión entre acercarse o marcharse fue suficiente para que detectasen su presencia.

—¿Qué haces aquí? —rugió el hombre.

Gloria dio un paso hacia atrás.

—He venido a presentar mis respetos a su hijo —contestó con voz titubeante.

Un torrente de incredulidad cruzó, durante un instante, el rictus crispado del hombre.

—Mi hijo no necesita nada de su asesina, menos aún sus respetos.

El rostro de su madre no fue el último que Gloria vio antes de que perdiera el control del coche. El último rostro que vio fue el de un chico con la misma barbilla partida de ese hombre, con la misma nariz aguileña de esa mujer. Cuando recobró la consciencia, el siguiente rostro que vio —borroso, eso sí, porque había perdido sus gafas— fue el de su exnovio, el de Omar, envuelto por el sonido de una sirena. Una ambulancia, como enseguida comprendió. Omar había sido uno de los técnicos que había trasladado a Gloria al hospital. Los bomberos habían tenido que extraer los cuerpos de sus padres del amasijo de hierros. Ella fue más afortunada. El rostro amoratado. Un esguince cervical. Una costilla fracturada. Heridas leves, vamos. Un par de semanas después había quedado para cenar con Omar, quien aseguró haberse enamorado de ella nada más verla. ¿Qué flechazo ni qué narices si estaba irreconocible, con la cara cubierta de sangre? Gloria, sin embargo, hubiera aceptado cualquier invitación si con eso conseguía olvidar el accidente, aunque fuera solo durante unas horas.

—Cariño, cálmate —intervino la mujer con la nariz aguileña porque su marido parecía estar a punto de abalanzarse contra Gloria.

—¿Cómo quieres que me calme cuando nuestro hijo está muerto por su culpa?

—La muerte de Cristóbal fue un accidente —musitó la mujer, aunque Gloria no estaba segura de si intentaba consolar a su marido o a sí misma.

Gloria abrió la boca para decir una estupidez:

—Un par de semanas después del accidente, cogí el coche para ir al supermercado, pero me entró el pánico, así que no he vuelto a hacerlo, no he vuelto a conducir desde entonces.

El hombre, esta vez sí, avanzó hacia Gloria con los puños apretados.

—¿Qué me importan tus ataques de pánico cuando atropellaste a Cristóbal?

El corazón de Gloria bombeó una rabia del mismo color que la sangre. Una cosa era cierta: no iba a cargar con los fantasmas de otros; bastante tenía con los suyos, que cada día amenazaban con estrangularla con sus pesadas cadenas. El día del accidente había sido un domingo. Habían ido a misa por la mañana pese a las eternas disputas porque, desde hacía años, Gloria ni iba a confesarse ni a comulgar; después, fueron a comer juntos a un restaurante de las afueras de la ciudad. Otra de las tradiciones familiares. Gloria conducía porque su padre había bebido demasiado. Claro está, aún era de día. Conducir de noche era imposible para ella. Había poco tráfico, algo inusual de lunes a sábado, pero no un domingo. Cuando un chico cruzó de repente la calle sin respetar el semáforo para peatones, que estaba rojo, no pudo hacer nada para esquivarlo.

Gloria agarró una de las correas de su mochila. Con todas sus fuerzas, golpeó el costado del hombre con la bolsa de lona.

—¿Cuántas veces debo demostrar mi inocencia? —bramó.

El hombre, sorprendido, apartó el cuerpo hacia un lado para protegerse del impacto.

Gloria volvió a blandir la mochila igual que si fuera un arma.

El asalto fue tan feroz que el contenido de la mochila acabó desperdigándose por el suelo: la toalla húmeda, las gafas de natación, el gorro de silicona, los tallos que había cortado. Unas monedas —tres, para ser exactos— rodaron por los adoquines hasta golpear las sandalias de la mujer.

—Cristóbal cruzó delante de mi coche adrede; esa fue la conclusión del informe policial —dijo Gloria—. Había intentado suicidarse antes, ¿sí o no? Como unos días antes no tuvo éxito ahorcándose, buscó morir atropellado. Ustedes, que son sus padres, deberían saberlo mejor que nadie.

Gloria hizo oídos sordos de los sollozos de la mujer mientras plegaba la toalla. Evitó mirar el rostro angustiado del hombre mientras recogía las gafas de natación del suelo. Obvió el sentimiento de culpa que experimentó mientras guardaba el gorro de silicona

dentro de la mochila. Contempló si recuperar o no las tres monedas —dos de un euro; una de cincuenta céntimos— que estaban a los pies de la mujer, pero decidió olvidarse de ellas, al igual que de los tallos cortados.

—Mi más sentido pésame —balbució antes de darse la vuelta, de huir del cementerio hacia la parada de autobús porque la rabia que había sentido hacía solo un momento estaba derritiéndose como un cubito de hielo puesto al lado de una estufa.

Los cristales de sus gafas estaban sucios, pero Gloria continuó caminando sin detenerse para limpiarlos.

4 GLORIA, VERANO DE 2019

Había cogido un autobús de la línea 923 para ir de la piscina municipal al cementerio. Esa misma línea pasaba cerca de su barrio —el barrio de Los Gladiolos—, pero Gloria no quería volver a casa; al menos, no por ahora. Cuando salió del cementerio, caminó unos diez minutos hasta la parada de Chamberí, al otro lado de la autovía, para esperar un autobús de la línea 15. La última parada de la línea 15 era el intercambiador.

El vestíbulo del intercambiador estaba concurrido, como era de esperar, con el suelo tan pulido que reflejaba las paredes de vidrio. El tacto ocasional de alguien que rozaba su hombro o su brazo hizo sentir a Gloria como una isla solitaria sacudida por un mar de desconocidos. Gente de un lado a otro. Gente que venía o iba. Gente de paso, no como ella, que no venía ni iba, que ni era capaz de avanzar ni de retroceder desde hacía un año. O, si era sincera consigo misma, desde hacía mucho más tiempo, desde el verano de hacía veinte años.

Una pareja joven llamó su atención. El brazo del chico rodeaba los hombros de la chica. Él, rubio, con un pantalón bombacho. Ella, morena, con un vestido floreado. Él dijo algo; casi con certeza, un comentario gracioso, porque ella soltó una carcajada que flotó hasta alcanzar el techo enrejado del vestíbulo. Una carcajada que trajo de vuelta a los fantasmas de su pasado. Quizás porque era el aniversario de la muerte de sus padres, sus fantasmas estaban más activos que de costumbre. ¿Qué derecho tenían, sin embargo, a atormentarla? El único deseo de Gloria había sido recibir la clase de amor que describen las grandes novelas, un amor incondicional, imperecedero, inquebrantable. ¿Era acaso descabellado desear que quieran a uno más que a cualquier otra cosa, más que a cualquier otra persona?

Gloria atravesó el vestíbulo para subir a la primera planta. Evitó, como siempre, las zonas más sombreadas, las zonas que eran más oscuras para ella que para los demás.

La dársena correspondiente a la línea 947 era una de las últimas. El destino de esa línea era Chamorga, el corazón del macizo de Anaga. Más de treinta paradas. Ochenta minutos desde Santa Cruz hasta el caserío donde Gloria fue feliz por última vez, donde, hacía veinte años, conoció a la persona que creía que iba a brindarle el amor que siempre había deseado. Chamorga había sido el lugar de su primer beso. Ocurrió una noche de verano con un cielo estrellado. Él, antes

de besarla, había trazado varias constelaciones con un dedo. Gloria había seguido su dedo, pese a no ser capaz de ver ninguna estrella por culpa de su nictalopía. Más adelante aprendió que un cielo sin estrellas no era más que un espejo. Esa noche, el cielo había reflejado su imagen, aunque no había querido admitir que era la imagen de un monstruo.

Un letrero luminoso anunciaba que el siguiente autobús con destino a Chamorga saldría dentro de media hora, a las tres de la tarde. Gloria aún no había almorzado. Comería una vez que regresara a casa, si es que comía algo, porque los fantasmas no eran los mejores compañeros de mesa.

Un día a la semana —a veces, dos— venía al intercambiador. Esperaba de pie, o sentada si el banco más cercano a la dársena estaba libre, hasta que el conductor, con el cuello de la camisa del mismo verde que el autobús, abría la puerta delantera para que los pasajeros subieran. Esperaba hasta que los pasajeros ocupaban sus asientos después de pagar o de pasar el bono por el lector. Esperaba hasta que el autobús abandonaba la dársena dando marcha atrás.

Gloria no había regresado a Chamorga desde que su abuela murió, desde que su tía Maruca malvendió la casa donde pasó muchos de los veranos de su infancia, de su adolescencia, incluido el verano de su primer beso.

El letrero luminoso indicaba ahora que el autobús iba salir con unos diez minutos de demora, pero Gloria sabía que, con o sin retraso, el autobús partiría sin ella.

El banco más cercano a la dársena estaba ocupado por dos personas. Un hombre con una boina —un jubilado, supuso— dormitaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Una chica de veintipocos años estaba sentada a su derecha, jugando con su teléfono móvil; cada vez que formaba una fila o una columna con al menos tres golosinas del mismo color, soltaba un grito de júbilo. Gloria había visto antes al hombre, pero era la primera vez que coincidía con esa chica.

—¿Gloria? —preguntó de repente alguien a su lado, una mujer con el pelo rizado—. Qué casualidad, no me digas que también vas a Chamorga. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos. Espera que haga memoria: fue durante el entierro de tu abuela, ¿verdad? —continuó diciendo la mujer casi sin respirar—. Me enteré del fallecimiento de tus padres, pero no pude ir ni al velatorio porque estaba de viaje. Mi más sentido pésame.

Gloria cerró los ojos un instante con la esperanza de que, cuando volviera a abrirlos, la mujer habría desaparecido.

—Marlene —susurró antes de verse atrapada entre los brazos de la otra mujer.

Marlene dio un paso hacia atrás para examinar a Gloria de arriba abajo.

—Estás igual de guapa que siempre. Mírame a mí, arrugada como una pasa.

Gloria tendría que haber contestado con unas palabras corteses, tendría que haber dicho que los años tampoco habían pasado para la otra mujer —aunque no fuera verdad, porque sí que estaba avejentada —, pero era incapaz de articular frases completas.

—Marlene —repitió.

—Qué buenos recuerdos conservo de los veranos que pasamos juntas. Chamorga siempre fue un buen lugar para veranear, ¿no crees? Me dio mucha pena cuando dejaste de visitarnos, pero claro, una vez que tu tía vendió la casa de tu abuela, ¿qué motivo tendrías para ir a Chamorga, que es donde el diablo perdió la camisa?

Cerca, un niño estaba jugando con una consola de videojuegos. Otro niño más pequeño intentó arrebatarle el dispositivo.

—Es mi turno —dijo el niño más pequeño.

Marlene giró la cabeza hacia los dos críos, que estaban vestidos con el uniforme blanquiazul del equipo de fútbol de la ciudad.

—Manuel, deja jugar a tu hermano —gritó Marlene antes de volver a mirar a Gloria—. Mis dos hijos. Manuel acaba de cumplir ocho años. El pequeño, Emilio, cumplirá seis dentro de un par de meses.

—Enhorabuena —consiguió decir Gloria, que al menos había podido articular una palabra que no fuera el nombre de la otra mujer.

Marlene soltó una risotada.

—Me casé embarazada de Manuel. Mis padres querían que esperase a dar a luz, pero a mí me daba igual casarme con tripa o sin ella. Me imagino que nunca recibiste mi invitación de boda, pese a que envié la carta a la dirección de tus padres. —Marlene, que debía de haberse percatado de la incomodidad que sentía Gloria, soltó otra risotada—. Me alegro de que no fueras a la boda porque fue un desastre. Mi suegro bebió tanto que vomitó sobre el pastel.

Gloria carraspeó para aclararse la garganta.

—Ha sido un placer volver a verte. Ojalá coincidamos pronto.

—Creía que ibas a Chamorga, que íbamos a poder charlar durante el viaje —dijo Marlene, que estaría cuestionándose por qué Gloria estaba esperando un autobús que no tenía intención de coger.

—Me equivoqué de dársena, solo eso —mintió Gloria.

—Me gustaría que tomásemos un café un día de estos —propuso Marlene—. ¿Me das tu número de teléfono?

—Claro —dijo Gloria, de nuevo incapaz de articular más de una palabra.

Mientras Marlene desbloqueaba su teléfono móvil para anotar el número, Gloria pensó que había sido un error venir al intercambiador,

que había sido un error ir al cementerio, que había sido un error salir de casa ese día.

Marlene volvió a guardar el teléfono dentro de su bolso. Los segundos pasaron sin que ninguna de las dos dijera nada.

—Has cambiado poco; sigues siendo una persona más bien callada, pero al menos antes solías hablar conmigo.

Gloria, de repente, abrazó a Marlene. Una de las patillas de sus gafas pinchó la oreja de la otra mujer. ¿Cuándo fue la última vez que, por iniciativa propia, había abrazado a otra persona?

—Marlene —musitó—, siempre fuiste una buena amiga, hasta el final.

—¿Has encontrado el amor de película que deseabas? ¿O has descubierto, por fin, que la única persona que puede quererte de esa manera eres tú?

Gloria soltó a Marlene para correr hacia las escaleras que conducían al vestíbulo.

¿Cuál era el motivo de sus continuas visitas al intercambiador? ¿Creía acaso que podía reescribir el pasado? Hacía tiempo que debería haber aprendido que los muertos ni resucitaban ni perdonaban.

5 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria mantenía todas las luces de su casa encendidas por la noche: la luz de su dormitorio, la luz del pasillo, la luz del salón, la luz de la cocina. Hacía un año que dormía de esa manera, desde el accidente. Cuando sus padres estaban vivos, la única luz que podía dejar encendida mientras dormía era el flexo de su escritorio, a los pies de la cama.

Había aprendido otros trucos después de casi cuarenta años viviendo con ceguera nocturna.

Gloria nunca iba al cine porque era incapaz de encontrar su butaca por sí misma.

Gloria nunca quedaba con nadie por la noche, fuera para cenar, tomar unas copas, dar un paseo o ir a casa de alguien.

Gloria nunca había ido de acampada porque despertarse a oscuras dentro de una tienda de campaña hubiera supuesto una pesadilla.

Gloria, incluso durante el día, evitaba las calles sombreadas, los aparcamientos subterráneos, las cafeterías con luces atenuadas que, por desgracia, estaban cada vez más de moda.

Gloria, si era posible, evitaba los ascensores —quedarse encerrada dentro de uno a oscuras sería un escenario terrorífico—, pero subir por las escaleras hasta la undécima planta de su edificio no era una opción. Los edificios de dieciséis plantas, a fin de cuentas, no estaban diseñados para aquellos temerosos de los ascensores.

Esa misma tarde, cuando regresó a casa, las luces del ascensor habían parpadeado más de una vez. Gloria, por si acaso, había metido la mano dentro del bolso hasta encontrar la linterna de pilas que siempre llevaba consigo. Cómo odiaba los ascensores.

—¿Quién eres? —preguntó la anciana que había subido con ella, acompañada por una mujer más joven. Ambas compartían los mismos labios finos, que parecían trazados con la punta de un pincel.

Quien contestó fue la mujer más joven, que sujetaba el antebrazo de la anciana.

—Mamá, es Gloria, nuestra vecina del piso de abajo; solías regalarle caramelos cuando era niña.

La anciana entrecerró los ojos para observar mejor el rostro de Gloria.

—Los caramelos estropean los dientes; nunca he regalado caramelos ni ningún otro tipo de golosina a nadie.

La mujer más joven miró a Gloria como pidiéndole perdón por la

desmemoria de la anciana.

Gloria conocía a las dos mujeres, madre e hija, que vivían juntas. Cuando salió del ascensor, sus vecinas continuaron hasta la planta doceava.

Eran pasadas las nueve de la noche. El televisor estaba encendido, pero Gloria había dejado de prestar atención al concurso de turno. El sillón de orejas donde estaba sentaba, que había sido el asiento preferido de su padre, no era para nada cómodo.

Cogió el teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa de centro, junto al mando a distancia, para escribir un mensaje de texto.

«Quiero que me devuelvas la llave de mi piso cuanto antes, mañana mismo si es posible», escribió.

Unos segundos después, recibió un mensaje de vuelta:

«Como quieras, pero solo si aceptas que nos veamos».

Gloria recordó a la mujer con el gorro de silicona a juego con el bañador estampado, a la mujer con la misma melena negra que uno de sus fantasmas. Quizás debería cambiar la cerradura, como había aconsejado esa mujer, porque Omar bien podría haber hecho más de una copia de la llave.

«Olvídalo», escribió antes de volver a colocar el teléfono sobre la mesa de centro.

El dispositivo emitió un pitido para indicar que había recibido un nuevo mensaje, pero Gloria continuó viendo el concurso. Uno de los dos concursantes había acertado la palabra que empezaba por hache. Como siguiera con esa racha, ganaría el bote de más de un millón de euros.

Omar, sin embargo, no parecía querer que viera el concurso, porque el teléfono volvió a sonar, aunque esta vez no era un mensaje. El insistente tono de llamada compitió con los aplausos de los espectadores por su atención.

Gloria soltó un exabrupto antes de deslizar el dedo por la pantalla quebrada del teléfono para aceptar la llamada.

—Omar, déjame tranquila.

—¿Gloria?

Quienquiera que había llamado, sin embargo, no era Omar, sino una mujer.

Gloria separó el dispositivo de su oreja para comprobar el nombre que mostraba la pantalla, pero el número no pertenecía a ninguno de sus contactos.

—¿Quién es?

—¿Has visto las noticias? —preguntó la mujer con urgencia.

—Marlene, ¿eres tú? —dijo Gloria, porque esas cuatro palabras habían sido suficientes para que identificara a la mujer al otro lado del teléfono.

Marlene no respondió de inmediato. Gloria podía imaginarse a su antigua amiga pasándose la mano por el pelo, como si así pudiera domesticar sus rizos. Cuando eran adolescentes, Marlene siempre había deseado tener el pelo liso.

—Unos espeleólogos que estaban explorando la sima han encontrado un cadáver —explicó por fin Marlene a trompicones.

—¿Qué sima?

—¿Cuál va a ser? Me refiero a la sima que está cerca de Chamorga.

—Habrán encontrado el cuerpo de uno de los fusilados durante la guerra civil.

Contaban que los franquistas habían usado esa sima para deshacerse de los cuerpos de sus enemigos. O, al menos, eso rememoraban los viejos de la zona. El uso de esos pozos volcánicos de decenas de metros de profundidad para enterrar a los muertos indignos no era raro. Gloria había oído hablar de una sima de la isla vecina, de Gran Canaria, que también sirvió para arrojar los cadáveres de los que perdieron la guerra.

—El cadáver que encontraron no es de un fusilado —aclaró Marlene—. Han dicho que podría ser el de una persona que desapareció hace veinte años.

Gloria apartó el teléfono unos centímetros. ¿Cómo era posible que esas palabras hicieran temblar su mano de esa manera? Cerró los ojos antes de apretar de nuevo el dispositivo contra la oreja. Como siempre, la oscuridad estaba acechándola.

—¿Han dado algún nombre? —preguntó.

—Que sepa, las autoridades, por el momento, no han proporcionado más información, ni siquiera han confirmado si el cadáver es de un hombre o de una mujer. —Marlene hizo una pausa —. ¿Qué ocurrió con aquellos dos turistas que conocimos el último verano que pasamos juntas? Un buen día desaparecieron sin más, sin dar ninguna explicación. Quizás no sea sorprendente porque, a fin de cuentas, eran turistas, pero ¿no crees que deberían habernos dicho adiós, sobre todo después del esfuerzo que hicimos para que disfrutaran de Chamorga? Que las autoridades mencionen a alguien que desapareció hace veinte años…, no sé, ha hecho que me acuerde de ellos.

—¿Cuántos cadáveres dices que han encontrado?

—Uno, solo uno.

¿Qué estaba sugiriendo Marlene, que el cuerpo que habían descubierto pertenecía a uno de aquellos dos turistas? Gloria abrió los ojos para evitar que la oscuridad ganara aún más terreno.

Marlene continuó hablando durante un buen rato, pero Gloria cortó la llamada con una brusca despedida.

Cambió de canal hasta que encontró las noticias locales; sin

embargo, estaban informando de no sabía qué partido de fútbol.

Colocó las manos sobre los reposabrazos para levantarse porque no estaba segura de que sus piernas fueran a soportar el peso de su cuerpo. Cuando sus piernas dejaron de temblar, abandonó el salón para dirigirse a su dormitorio, el mismo que había usado desde niña porque no había querido mudarse al de sus padres pese a que era mucho más amplio. Cuando consiguió su primer trabajo, alquiló un pequeño estudio, pero un par de años después regresó al hogar familiar con el rabo entre las piernas. Era difícil emanciparse con un sueldo que no daba ni para pipas.

Cerró la puerta para bloquear el sonido del televisor, que no había apagado. Una cama estrecha con un edredón de color liso, una mesilla con una regleta para cargar el teléfono móvil, un escritorio con un flexo nuevo porque el viejo había dejado de funcionar, la esquina donde, cuando era una cría, debía arrodillarse para rezar cada vez que su padre decidía castigarla porque había dicho una mentira o una palabrota. ¿Cuántos padrenuestros había rezado de cara a esa pared con la pintura descascarillada? ¿Cuántos avemarías? Había perdido la cuenta.

El escritorio estaba desordenado por culpa de las herramientas que empleaba para sus manualidades: unas tijeras, un cúter de precisión afilado como un bisturí, otro con la cuchilla más ancha, una cizalla para cortar el papel, varios botes de pegamento. Hacía algo más de una semana que había iniciado su último trabajo, un álbum de recortes para el que usaría unos pliegues de papel adornados con unos enormes girasoles.

Un cuadro colgaba de la pared, por encima del cabecero de la cama, el cuadro de un cristo crucificado.

Gloria puso una rodilla sobre la cama para descolgar el cuadro. Un casete estaba pegado a la parte de atrás con cinta aislante. Con manos temblorosas, despegó el casete.

Había heredado una minicadena de sus padres. El aparato estaba sobre una de las repisas. Cuando hacía sus manualidades, solía escuchar música sin importarle de qué tipo. Música clásica, pop, incluso electrónica, daba igual. Cualquier emisora de radio servía. Gloria echó la silla hacia atrás para sentarse.

Con manos que no habían dejado de temblar ni un momento, abrió la pletina para introducir el casete.

Cuando presionó el botón de reproducir, una voz masculina con acento peninsular escapó por los altavoces de la minicadena.

«—¿Cuándo cumples dieciocho años?», preguntó el hombre.

Gloria reconoció el ruido de fondo, de piedras siendo arrastradas por las olas.

Quien respondió fue una mujer joven con acento canario.

«—Mi cumpleaños coincidirá con mi primer día de universidad».

«—¿Qué vas a estudiar?».

«—Quiero ser historiadora, aunque mis padres no paran de decirme que es una carrera sin futuro».

«—Historiadora, ni más ni menos. Me encantaría que una futura historiadora me diera un beso, pero supongo que no será posible, ¿verdad?».

Una segunda mujer joven, también con acento canario, interrumpió la conversación.

«—¿Caminamos hasta el final de la playa?».

«—¿Qué hora es? Me gustaría regresar a Chamorga antes de que anochezca», dijo la primera mujer que había hablado.

«—Conmigo a tu lado, no tienes por qué temer a la oscuridad», replicó el hombre con la melosidad de una canción susurrada al oído.

Gloria detuvo el casete. Había reproducido esa conversación una infinidad de veces, pero nunca había escuchado más allá de ese punto porque el dolor era siempre demasiado angustioso.

Mientras escuchaba la conversación, había estado jugando, sin darse cuenta, con el cúter de precisión. Un instrumento tan afilado que uno podría cortarse con tan solo rozar el borde con el dedo. Gloria agarró el cúter igual que hacía cuando cortaba el papel. Colocó su mano izquierda hacia arriba, sobre el escritorio. Con el cúter, hizo un corte desde el principio de la línea del corazón, bajo el dedo meñique, hasta su final, bajo el dedo anular. ¿Cómo interpretaría un quiromante la forma de su línea del corazón? Gloria solo sabía que los cúteres nuevos, sin duda, cortaban mejor que los de hacía veinte años.

6 ORIÓN, VERANO DE 1999

La carretera, aunque asfaltada, era demasiado estrecha. El barranco al otro lado del enclenque guardarraíl era demasiado profundo. El monteverde que tapizaba las montañas era demasiado frondoso. Las nubes, que descendían por las laderas como leche derramada, eran demasiado sombrías.

El problema más acuciante, sin embargo, no era ni la carretera ni el barranco ni el monteverde ni las nubes, sino el hecho de que la furgoneta con matrícula madrileña era demasiado vieja. Con cada curva que daba, gemía como si estuviera agonizando.

La furgoneta —o, quizás, habría que decir autocaravana o, incluso, hogar nómada, porque la parte trasera estaba ocupada casi al completo por un colchón que había sido testigo de innumerables noches itinerantes— era de un verde aceitunado. Unas cortinas de mil colores adornaban las ventanillas. La carrocería del techo mostraba arrugas de óxido. Los parachoques, abollados a más no poder, parecían estar a punto de desprenderse, pero como si fueran soldados aguerridos, seguían aferrándose al vehículo con tenacidad.

El chico que conducía la furgoneta apretó el embrague a fondo para reducir de marcha. Unos minutos antes había tenido que desabrocharse los botones de la camisa porque el calor a media tarde era insoportable. El sudor hacía brillar su torso, desfigurado por un rosario de cicatrices con forma redondeada.

Un caserío asomó de pronto después de dar una curva cerrada.

—¿Estás segura de que ese es el lugar? —preguntó a la chica que estaba sentada a su lado. Ella tenía el pelo negrísimo, mientras que él, rubísimo. Uno, el yin; el otro, el yang. Uno, oscuro; el otro, luminoso.

Habían estado conduciendo cerca de dos horas por una carretera cada vez más tortuosa. Hasta habían atravesado un túnel que parecía sacado de una película de terror. Las ramas de los brezos caían hacia la carretera como si fueran mendigos pidiendo limosna.

La chica desplegó un mapa de la isla.

—Es imposible perderse —dijo—; nuestro destino es donde acaba esta carretera.

El chico observó el caserío con el ceño fruncido, paseó la mirada por las huertas escalonadas cubiertas de malas hierbas, por la plaza con dos decrépitas porterías de fútbol, por la diminuta ermita de paredes blancas.

—¿Cuál es el nombre del caserío?

—Chamorga.

—Chamorga —repitió el chico como si el nombre no terminara de convencerle—. ¿Crees que es el lugar apropiado para nosotros?

—Es el lugar perfecto —aseguró la chica.

El chico miró de reojo a su acompañante, que había echado el asiento hacia atrás para descansar los pies descalzos sobre el salpicadero. El vestido corto dejaba al descubierto sus piernas morenas. Coincidencia o no, los lunares amarillos del vestido hacían juego con las cortinas de la furgoneta.

—¿Cuántas veces he de decirte que no pongas los pies sobre el salpicadero?

Ella, juguetona, movió la pierna izquierda a un lado para rozar el brazo derecho del chico con el dedo gordo del pie.

—Me gusta cuando me regañas.

—Eres incorregible —dijo el chico sin poder ocultar una sonrisa.

La furgoneta, de pronto, renqueó un par de veces. Un humo blanco emergió por el capó.

—El motor ha vuelto a sobrecalentarse —resopló el chico antes de detener el vehículo unos metros más adelante. El apartadero era suficientemente ancho como para no obstaculizar la carretera. Un guardarraíl separaba el apartadero del barranco, de cien o más metros de profundidad.

«Habríamos llegado al caserío sin ningún problema —pensó el chico— si el motor hubiera aguantado un par de kilómetros más». Contó hasta cinco para tranquilizarse. Había aprendido que ese era un buen truco para no perder el control. Una vez calmado, descendió de la furgoneta. Esperó unos minutos hasta que desapareció el humo blanco antes de abrir el capó. Como no quería quemarse, usó el faldón de la camisa para desenroscar la tapa del radiador.

—Mientras el motor esté caliente, no podré añadir más refrigerante —explicó.

La chica asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Cuánto vamos a tener que esperar?

—Una media hora, quizás un poco más.

El chico miró su reloj de pulsera: eran casi las cuatro de la tarde.

Un coche pequeño de color rojo pasó a su lado sin ni siquiera desacelerar, tan cerca que casi arranca el espejo exterior de la furgoneta.

—Malditos turistas —gritó el conductor.

El chico siguió la estela del coche hasta que desapareció.

—¿Crees de veras que es el lugar apropiado para nosotros? —volvió a preguntar con una voz preñada de incertidumbre.

—Hazme caso, tengo un buen presentimiento.

—Miedo me dan tus presentimientos; permíteme recordarte que

dijiste eso mismo con tu última conquista, pero casi no salimos con vida de aquella maldita granja —recordó el chico.

—¿Cómo es el dicho? Que cuanto más riesgo, más recompensa, ¿verdad?

—¿Qué dicho ni qué narices?

—Es el último trabajito que haremos —prometió la chica—; después, viviremos la vida loca.

—Me conformo con vivir bien.

—Esta vez, nada va a salir mal. ¿Cuál es el primer objetivo?

—El primer objetivo es que conquistes al hombre más rico del pueblo —contestó el chico con resignación.

—¿El segundo?

—Exprimirle todo el dinero que podamos.

—¿El tercero?

—Mandarnos mudar con el dinero.

El chico contempló de nuevo el caserío que, con suerte, alcanzaría los cincuenta habitantes. Como no sabía qué hacer con las manos, colgó los pulgares de los bolsillos traseros de su desteñido pantalón vaquero.

La chica, por su parte, abrió la puerta de su lado de la furgoneta, aunque permaneció sentada, con los pies aún colocados sobre el salpicadero. Con el brazo derecho, extendió una grabadora de casete portátil hacia donde estaba el chico. El aparato de por sí pesaba casi un kilo. Con las cuatro pilas que usaba, pesaba incluso más.

Cuando la chica presionó una de las teclas negras, el casete comenzó a girar.

—Mi nombre es Cisne —dijo con el mismo tono que adoptaría un locutor de radio.

Con la cabeza indicó al chico que era su turno para presentarse.

—¿Cómo me llamo esta vez? —preguntó él.

—Orión, recuerda que tu nombre es Orión.

—¿Qué clase de nombre es Orión? —soltó el chico, pero claudicó cuando Cisne meneó la grabadora de izquierda a derecha, como si ese gesto revelara un código secreto que solo conocieran ellos dos—. Mi nombre es Orión —dijo por fin después de soltar un suspiro que sonó a rendición.

Orión miró las nubes sombrías, que parecían estar a punto de descargar.

—Es un gran nombre, ¿verdad? —dijo Cisne.

—Conozco la constelación de Orión, pero no a nadie con este nombre.

—¿Has conocido alguna vez a otra Cisne?

—Claro que no —replicó Orión al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Estos nombres son perfectos: solo existe un Orión, de la misma forma que solo existe una Cisne. Continúo, ¿vale? —dijo la chica. Con la mano derecha sujetaba la grabadora; con la otra, comenzó a jugar con un mechón de su melena. El calor húmedo había ondulado las puntas de su cabello—. Casi hemos llegado a Chamorga. Me he mareado más durante el viaje desde Santa Cruz hasta este lugar que durante la travesía desde Cádiz a Santa Cruz. Quien diga que el barco marea más que el coche no ha conducido nunca por una carretera con tantas curvas como esta.

—Que conste que avisé que leer marea.

—Estaba solo hojeando una de mis revistas de peluquería —replicó Cisne haciendo un mohín con la boca—. ¿Quieres decir algo más?

—¿Qué más quieres que diga? ¿Que deberíamos haber vendido esta furgoneta antes de partir de Cádiz? ¿Que con el dinero que nos hubieran dado por ella podríamos haber comprado un vehículo mejor, aunque fuera más pequeño? —explotó Orión sin poder ocultar su frustración.

Cisne dejó de jugar con su pelo para acariciar la palanca de cambios a su izquierda.

—Esta furgoneta nos ha acompañado desde el principio; es parte de la familia. ¿Me reemplazarás por otra mujer cuando me haga vieja?

Orión, que estaba punto de darle una patada al parachoques delantero del vehículo, desistió, quizás porque temía que de verdad acabase desprendiéndose.

Con un suspiro, Cisne pulsó una tecla para detener la grabación.

—Qué duro es hacerse viejo —musitó.

—Mira que eres tonta, tú nunca envejecerás —dijo Orión con la certidumbre que poseen aquellos que apenas superan los veinte años.

—Me aseguraré de recordarte esas palabras cuando me salga la primera cana —bromeó Cisne.

—¿Quién dice que las mujeres con canas no son atractivas?

Unas gotas golpearon el sucio parabrisas de la furgoneta.

—Está a punto de llover. ¿Cuánto más vamos a tener que esperar? —preguntó Cisne.

—El motor está casi frío, no seas impaciente.

Un coche blanco, aún más pequeño que el anterior de color rojo, pasó a su lado. El conductor, sin embargo, frenó antes de dar marcha atrás unos metros para posicionarse junto a la furgoneta.

—¿Han sufrido una avería? ¿Quieren que avisemos a una grúa? —preguntó el conductor, que resultó ser una adolescente que parecía haberse sacado el carné de conducir hacía solo unos días.

Orión caminó hacia el coche. Un golpe de viento abanicó su camisa desabrochada como si fuera una capa.

—Gracias por preguntar, pero no es necesario —aclaró—. El motor

tiende a sobrecalentarse, solo eso.

El asiento del acompañante, que era el que daba hacia la furgoneta, estaba ocupado por otra joven con unas gafas de pasta gruesas.

Orión hizo un gesto con la mano para que la joven bajara la ventanilla por completo.

Cuando la joven obedeció después de un instante de indecisión, Orión extendió un brazo hacia el interior del vehículo para quitarle las gafas.

—¿Qué haces? —gritó ella.

—Hacía mucho tiempo que no veía unos ojos tan bonitos —dijo Orión sin despegar la mirada de los enormes ojos azules de la joven.

—Mis gafas, devuélvemelas.

—Solo si me dices cuál es tu nombre —propuso Orión como un trueque de secretos.

—Gloria —respondió la joven al cabo de unos segundos.

—Gloria, campo de sonrisas, fúndeme la nieve que congela mi pecho —canturreó Orión, que había recordado la popular canción de Umberto Tozzi. Con cuidado, volvió a ponerle las gafas a la joven.

El coche blanco aceleró para continuar su camino.

Orión regresó a la furgoneta. Quizás por primera vez desde que salieron de Cádiz, sintió una pequeña dosis de optimismo.

—Es posible que este sea el lugar apropiado para nosotros —dijo mientras abría el portón trasero de la furgoneta para sacar la garrafa con el refrigerante.

—¿Es verdad que sus ojos son más bonitos que los míos? —preguntó Cisne, que había bajado los pies del salpicadero.

Orión agitó la garrafa para comprobar si estaba vacía o no. Menos mal que aún quedaba un poco de líquido.

—Cuando pasemos por una gasolinera, acuérdate de comprar una nueva garrafa.

—Contéstame: ¿son más bonitos que los míos? —insistió Cisne.

—Qué tonterías dices, claro que no.

—El consenso general es que los ojos azules son más bonitos que los marrones —replicó Cisne, que volvió a colocar los pies sobre el salpicadero.

—Habrá quien prefiera los ojos azules, pero a mí me gustan más tus ojos marrones —dijo Orión no sin cierta exasperación.

Un perro trotó de pronto hacia él, un podenco de color pardo, desnutrido, con las costillas marcadas. «Un perro de caza abandonado», pensó al mismo tiempo que alargaba un brazo con la intención de acariciar al animal. El perro retrocedió, alarmado, pero acercó de nuevo la cabeza para dejarse tocar.

—Eres un imán para todo tipo de animales —rio Cisne.

—Mira quién habla. Eres tú quien, cuando ve un perro abandonado, no es capaz de resistir la tentación de rescatarlo. ¿O acaso no me rescataste a mí?

Orión regresó a la furgoneta, rebuscó entre el desorden de la parte trasera hasta encontrar una lata de mortadela.

—Come —dijo al perro mientras volcaba el contenido de la lata a los pies del animal.

Cisne sacó el brazo por la ventanilla para ofrecer una botella de agua a Orión.

—El chucho también necesita beber.

Con una sonrisa burlona —porque era cierto que Cisne sentía debilidad por los perros abandonados—, Orión vertió el agua dentro de un plato de plástico que encontró entre unos trastos.

El perro empezó a devorar el cilindro de mortadela. Continuó devorándolo sin distraerse incluso cuando la furgoneta, después de arrancar, reanudó su camino hacia Chamorga.

7 CISNE, VERANO DE 1999

—¿Cómo luzco? —preguntó Cisne a Orión después de pintarse los labios del mismo color rojo que el pimentón picante.

El día anterior habían aparcado la furgoneta cerca de la ermita, a la sombra de una palmera con unos enormes racimos de dátiles anaranjados. Un buen lugar para pasar la noche siempre que no viniera un vecino a echarlos.

—Guapísima, vas a enamorarlos a todos —aseguró Orión.

—Con que enamore a uno es suficiente.

Orión extendió su mano para mostrarle unos pendientes dorados.

—Un regalo —dijo él mientras abanicaba los pendientes, cada uno adornado con cuatro estrellas también doradas.

—¿Un regalo para mí?

—Me escapé a la tienda del barco después de zarpar de Cádiz. Quería que fueran una sorpresa.

Cisne cogió los pendientes para ponérselos. El cierre a presión de uno de ellos no trababa bien, pero decidió no quejarse. Giró la cabeza varias veces para que las ocho estrellas bailaran.

Orión, de repente, colocó sus manos a ambos lados del rostro de Cisne.

—Quédate conmigo, no vayas a ese bar.

—¿Estás celoso?

—¿Qué ocurriría si contestase que sí?

—Qué bobo eres; sabes que esos hombres no significan nada para mí, son solo el medio para conseguir el dinero que necesitamos.

Con las ocho estrellas bailando con cada paso que daba, Cisne recorrió el trecho desde la furgoneta hasta el único bar del caserío.

El bar, que también servía comidas, olía a café barato, a vino azufrado, a refrito. El piso era de granito. Las mesas, de formica. Las paredes, pintadas de blanco, estaban decoradas con fotografías de los alrededores. Como eran solo las doce del mediodía, las mesas estaban vacías, pero no así la barra. Cuando Cisne entró con una camiseta corta que dejaba al descubierto su ombligo, los seis hombres sentados a la barra, sin excepción, giraron la cabeza hacia ella.

—Un cortado, por favor —pidió Cisne al camarero después de trepar al único taburete que estaba desocupado. Colocó las manos sobre la barra, pero tuvo que apartarlas de inmediato porque la superficie estaba pegajosa.

—¿Cómo quiere el cortado? ¿Con leche natural o condensada? —

preguntó el camarero, que tenía el delantal atado por debajo de su barrigón. El delantal estaba manchado de grasa.

—Con leche condensada; cuanto más dulce, mejor —respondió Cisne.

El camarero encendió la máquina que molía el café. El ruido del aparato era atronador.

El hombre de mediana edad sentado a la izquierda de Cisne, con unos brazos igual de gruesos que el tronco de un árbol, estaba comiendo un plato de carne acompañado por un vaso de vino.

El hombre que estaba sentado a su derecha, más viejo, con el pelo canoso, sujetaba un vaso de chupito casi vacío.

Cisne sonrió porque ambos estaban observándola por el rabillo del ojo.

El camarero puso un cortado humeante con dos dedos de leche condensada delante de ella.

—¿Cuánto es? —quiso saber Cisne.

—Cincuenta pesetas.

Cisne miró primero a su derecha, después, a su izquierda, consciente del loco bailoteo de sus pendientes.

—¿Quién me invita al café?

—El cortado de la señorita corre a mi cuenta —dijo de inmediato el hombre con los brazos gruesos.

—Muchísimas gracias. —Cisne indicó una de las mesas con un gesto de la cabeza—. ¿Me acompañas?

El hombre con los brazos gruesos sonrió como si hubiera ganado el primer premio de la lotería. Continuó sonriendo mientras seguía a Cisne hasta la mesa sin olvidarse, claro está, ni del plato de carne ni del vaso de vino.

Cisne hizo un mohín con la boca porque el hombre olía igual que el restaurante. «Cinco puntos menos por oler mal», pensó.

—¿Has comido alguna vez carne de cabra? ¿Quieres que pida otro plato? —sugirió el hombre. Cuando Cisne negó con la cabeza, el hombre frunció el ceño—. ¿Eres una de esas vegetarianas que no comen carne?

Cisne removió su cortado sin confirmar si era o no vegetariana. El hombre con el pelo canoso estaba observándola con cara de perdedor, como si estuviera arrepintiéndose de no haberla invitado primero.

—Eres peninsular, pero no consigo identificar tu acento; ¿dónde naciste? —inquirió el hombre con los brazos gruesos, que había pinchado un trozo de carne con el tenedor.

—¿Estás casado? —preguntó Cisne sin dignarse, una vez más, a responder. Cuanto menos averiguara de ella mejor, daba igual que quisiera saber si era vegetariana o dónde había nacido.

El hombre contestó después de llevarse el trozo de carne a la boca.

—Me temo que ninguna mujer ha aceptado casarse conmigo —confesó mientras un reguero de salsa escapaba por una de las comisuras de su boca, igual que si fuera un riachuelo de aguas sucias.

—¿Cómo es posible? Un galán como tú debería tener a decenas de mujeres rendidas a sus pies.

El hombre soltó una carcajada tras escuchar el piropo.

—Ojalá fuera cierto, pero que sepa, los verdaderos galanes no están solos como la una.

—Créeme, cualquier mujer estaría encantada de casarse contigo —aseguró Cisne después de beber un poco de su cortado. Con coquetería, enredó un mechón de su pelo alrededor de un dedo.

El hombre usó una servilleta de papel para limpiarse la boca manchada de salsa.

—¿Estás de turismo? —preguntó.

—Uno de mis sueños siempre había sido visitar esta isla, así que, como uno solo vive una vez, decidí tirar la casa por la ventana.

—Me sorprende que tu novio no esté contigo; porque tu compañero de viaje es tu novio o puede que incluso tu marido, ¿verdad? Un chaval con valor para atreverse a conducir esa tartana de furgoneta.

Cisne extendió un pie para rozar la espinilla del hombre.

—Qué va, no es mi novio ni mi marido, sino mi conductor.

El hombre deslizó una mano por debajo de la mesa para posarla sobre la rodilla de Cisne, como quien tantea a un felino salvaje para comprobar si va a morderle o no. Cisne podía sentir los callos de la mano del hombre a través de la tela de su pantalón vaquero.

—Es peligroso que una mujer viaje sola —continuó diciendo—; por eso pedí a un amigo que me acompañara.

—Conque ese chaval es solo un amigo…

Cisne regaló al hombre su sonrisa más seductora.

—Con tu aspecto, seguro que eres una persona próspera —sondeó.

El hombre volvió a soltar una carcajada sin apartar la mano de la rodilla de Cisne.

—Mi pobre madre estaría contenta si supiera que me han confundido con una persona de bien. Cobro el paro, pero como el dinero no es mucho, hago algún que otro trabajito para sobrevivir. Cuando alguien de por aquí quiere cambiar un grifo o arreglar una tubería, me llama a mí. Es menos agotador que trabajar la tierra de sol a sol.

Cisne alejó su rodilla de la mano del hombre.

—Gracias por el cortado —dijo antes de levantarse con brusquedad.

El hombre, atónito, siguió con la mirada a Cisne, que había regresado a la barra del bar.

—¿Qué demonios? —maldijo antes de apurar el vaso de vino.

Cisne volvió a trepar a uno de los taburetes de la barra. Como una niña juguetona, hizo girar el asiento de izquierda a derecha.

—¿Quién quiere invitarme a otro cortado? —desafió a los hombres que seguían sentados a la barra.

El hombre con el pelo canoso no estaba; debía de haberse marchado o, quizás, había ido al baño.

Quedaban cuatro hombres, pero bajaron la mirada, igual que haría un grupo de malos estudiantes cuando el maestro pregunta quién quiere salir a la pizarra a resolver el primer problema.

Cisne hizo un nuevo mohín con la boca cuando ninguno de ellos aceptó invitarla a otro cortado.

El hombre con los brazos gruesos continuaba observándola con cara de pasmado.

Cisne soltó un resoplido antes de saltar del taburete.

—Qué desilusión, pero vosotros os lo perdéis —masculló.

Cuando salió del bar, Orión estaba esperando fuera, con la espalda recostada contra el tronco bulboso de un drago. Cisne nunca había visto un árbol de ese tipo, con una copa que asemejaba un gigantesco paraguas verde.

Cisne rodeó la cintura de Orión con los brazos. Era casi igual de alta que él, así que pudo descansar la barbilla sobre el hombro izquierdo del chico.

—¿Cazaste a alguien? —preguntó Orión.

Cisne soltó un suspiro con sabor a derrota.

—Mañana volveré a intentarlo.

Orión deslizó una mano por la espalda de Cisne.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que este es el lugar apropiado para nosotros?

—Mis presentimientos nunca me han fallado —recordó Cisne.

El caserón contiguo al bar era un mamotreto de dos plantas que daba la impresión de estar a medio construir.

—Observa la planta alta, la ventana de la derecha —señaló Orión —. Hace diez minutos que me vigila.

Cuando Cisne siguió las indicaciones de Orión, descubrió a una joven con gafas gruesas, semioculta tras unas cortinas listadas. Enseguida reconoció quién era: una de las chicas del coche blanco que, el día anterior, habían preguntado si necesitaban una grúa.

—Odio verte flirtear con otros hombres, pero alguien como ella me serviría de distracción. ¿Me das permiso? —susurró Orión.

Cisne soltó un suspiro más prolongado que el anterior. ¿Quién era el bobo ahora? Habían acordado no sentir celos el uno del otro, pero ese tipo de pactos nunca funcionaba.

—Mientras no interfieras con mis planes, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo he interferido con tus planes?

Orión contempló la ventana, esta vez sin disimulo.

—Gloria —gritó—, ¿cuándo vas a fundir la nieve que congela mi pecho? Qué pena que desde tan lejos no alcance a ver tus preciosos ojos azules.

Quizás avergonzada por haber sido descubierta, la joven corrió la cortina para ocultarse.

—Gloria, cuéntanos —gritó Cisne a su vez—, ¿dónde va la gente de por aquí a divertirse?

8 ORIÓN, VERANO DE 1999

Orión apremió a Cisne, que no dejaba de quejarse, para que acelerase el paso.

—Me cuesta entender por qué tenemos que pasar la tarde con dos niñatas —dijo Cisne.

—Míralo por el lado positivo —intentó apaciguarla Orión—. Quizás nos den la información que necesitamos. Cuanto antes sepamos quién es nuestro objetivo, antes podremos marcharnos.

Gloria, acompañada de una amiga, estaba esperando por ellos unos metros antes del bar, justo donde comenzaba un sendero. Cargaban unas pequeñas mochilas a la espalda.

Orión saludó a cada una de las jóvenes con dos besos. Un rubor cohibido tiñó las mejillas de ambas.

—¿Cuál es el nombre de tu amiga? —preguntó a Gloria. Había reconocido de inmediato a la conductora del otro día.

—Marlene —respondió Gloria con una sonrisa tímida a juego con su rubor.

Marlene era bajita, con unos rizos rebeldes que había intentado amaestrar sin éxito con un cepillo.

Orión dio un codazo a Cisne.

—Mira qué bien preparadas han venido nuestras guías —señaló porque, a diferencia de las zapatillas deportivas de las jóvenes, tanto él como Cisne calzaban unas sandalias poco apropiadas para ir de excursión.

Orión, además, solo había traído una cantimplora redonda, mientras que Cisne, con una talega colgada del hombro con precariedad, estaba jugueteando con su grabadora portátil.

—Con que ellas vengan preparadas es suficiente. —Cisne presionó una de las teclas del aparato—. ¿Cuántos kilómetros son hasta la playa?

Cisne hizo un gesto de impaciencia a Gloria, que miraba la grabadora sin comprender qué debía hacer.

—Unos tres kilómetros, no es una caminata larga —respondió Marlene a su lado.

—¿Quién nos iba a decir que, entre tanto risco, iba a haber una playa? —dijo Cisne tras acercar la grabadora a su boca—, pero así es. Hemos conocido a dos amigas que nos van a servir de guías para que no nos perdamos.

Cisne apagó el aparato antes de guardarlo dentro de su talega que,

como bien sabía Orión, solo contenía un pequeño monedero.

Orión miró su reloj de pulsera. Eran poco más de las cinco de la tarde.

—Cuando queráis, partimos; tengo unas ganas enormes de darme un chapuzón.

—Gloria —gritó de pronto alguien con voz enfadada—, ¿a dónde crees que vas?

Una anciana con una bata de botones caminaba hacia ellos por el centro de la carretera.

—¿Quién es? —preguntó Orión.

—Mi abuela, que aún me trata como si fuera una niña —respondió Gloria—. Una vez que cumpla dieciocho años, mis padres no podrán obligarme a pasar los veranos con ella.

—Qué contrariedad, pensé que eras de la comarca, que conocerías esta zona como la palma de tu mano —comentó Cisne con el ceño fruncido antes de dirigirse a Marlene—. Querida, espero que tú sí que seas oriunda de Chamorga.

—He pasado casi todos mis veranos aquí. Conozco esta zona igual de bien que Marlene —intervino Gloria sin darle a su amiga ninguna oportunidad de hablar.

—¿Cuántas veces he de decirte que no quiero verte con malas compañías? —volvió a gritar la anciana, pero su nieta, que no tenía intención de darse la vuelta, empezó a subir por el sendero como si el mismísimo diablo estuviera persiguiéndola.

Marlene no tuvo más remedio que apresurarse para no perder de vista a su amiga.

Orión volvió a golpear el brazo de Cisne con el codo.

—Ojalá alguien me hubiera advertido antes de que eres una mala compañía.

Cisne esbozó una sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—Estás conmigo porque las malas compañías son mucho más divertidas que las buenas, ¿sí o no?

El sendero era arenoso, custodiado a ambos lados por matorrales, por pitas de hojas puntiagudas, por cactus erizados de púas, por bejeques con forma de roseta. El cielo estaba despejado, con excepción de unas pocas nubes pegadas a las cumbres más altas del macizo de Anaga.

Orión desenroscó la tapa de su cantimplora para beber un trago.

—¿Quieres un poco? —ofreció a Gloria—. Hace calor, es importante mantenerse hidratado.

Gloria aceptó la cantimplora, pero arrugó el rostro nada más probar su contenido.

—¿Qué es?

Orión soltó una carcajada.

—Un sorbo de ron es ideal para combatir el calor —aclaró antes de pasear la mirada por el paisaje escabroso a su alrededor. El gañido de un cernícalo reverberó de un risco a otro—. Con tantos barrancos inaccesibles, sería fácil hacer desaparecer a alguien —añadió mientras admiraba las imponentes montañas que rodeaban Chamorga, que parecían gigantes. Un manotazo por parte de cualquiera de esos gigantes bastaría para destruir el caserío.

—Existe una sima cerca de aquí.

—¿Una cima?

El desconcierto de Orión no era de extrañar dado el seseo característico del dialecto canario.

—Me refiero a una sima con ese, a un pozo volcánico —clarificó Gloria—. Que sepa, nadie sabe cuál es su profundidad.

Unos metros por detrás, Cisne resbaló por culpa de sus sandalias, pero consiguió agarrarse del brazo de Marlene.

—Estas sandalias no son adecuadas para este tipo de sendero —gruñó—. ¿Cuánto nos falta?

Marlene señaló unas casas de piedra semiderruidas, sin techo ni puertas ni ventanas. Habían estado caminando unos veinte minutos.

—Una vez que alcancemos esas casas, es una bajada de menos de una hora hasta la playa.

—Mi abuela me contó que esas casas pertenecieron a un importante terrateniente —agregó Gloria.

—¿Queda algún heredero de ese terrateniente? —preguntó Cisne.

—Es posible, pero hace muchos años de eso.

—Comprendo que no conozcáis a los herederos de ese terrateniente, pero seguro que sí sabéis quién es el vecino de esta comarca que posee más tierras.

Gloria miró a Marlene.

—Honorio Gutiérrez, ¿verdad?

Marlene asintió con la cabeza.

—¿Qué edad tiene ese Honorio Gutiérrez? —continuó indagando Cisne.

—Unos cuarenta años; creo que es de la misma quinta de mi padre.

—¿Casado o soltero?

—Casado no debe de estar porque aún vive con su madre.

Orión giró la cabeza hacia donde estaba Cisne para hacerle un guiño.

—¿Has visto cómo esta excursión no ha sido una pérdida de tiempo? —susurró.

Una vez que dejaron atrás las casas semiderruidas, iniciaron el descenso hacia un faro blanquiverde.

—Es el faro más antiguo de la isla —explicó Marlene.

El paisaje era cada vez más desolador, con arbustos petisecos a

ambas márgenes del sendero. Un viento caliente revolvió el pelo de Orión con dedos juguetones.

Continuaron por el serpenteante sendero hasta deslumbrar seis casas —que, sin lugar a duda, estaban habitadas— construidas junto a una playa con una arena negra que brillaba como si estuviera compuesta de gemas. Un roque majestuoso protegía la playa de las embestidas de un mar enrabietado.

—¿Cuál es el nombre de este lugar? —preguntó Orión.

—Caserío de Roque Bermejo —respondió Gloria.

El grupo descansó unos minutos junto a una diminuta ermita dedicada a cualquiera sabe qué virgen.

—Madre mía, a estas casas solo puede llegarse a pie o por mar —dijo Orión cuando continuaron el descenso hacia la playa.

El olor a mar era cada vez más acentuado.

Cisne, nada más llegar a la playa, no dudó ni un segundo antes de desvestirse. Con solo unas bragas de color fucsia, desnuda de cintura para arriba, corrió hacia el mar igual que una de esas mujeres ligeras de ropa de los almanaques.

—El agua está fría como el demonio —chilló antes de sumergirse con los brazos extendidos hacia delante.

Orión pisó el talón de su sandalia izquierda con el pie derecho para descalzarse; después, repitió el mismo gesto con la otra sandalia. Con los dedos, jugó un rato con los granos de color negro, que quemaban como si fueran los rescoldos de una hoguera recién extinguida.

Cisne emergió del agua.

—¿Qué esperas para bañarte?

Orión no necesitó más apremio que ese para quitarse la ropa. Con unos calzoncillos de color blanco, caminó de puntillas hacia la orilla para no quemarse las plantas de los pies.

—Maldita sea, sí que está fría —exclamó cuando una ola golpeó sus canillas.

Cisne nadó hacia él. Una cabeza rubia al lado de una cabeza morena. «El lugar donde crecí no tiene mar, solo embalses», pensó mientras flotaba bocarriba como un tronco a la deriva. Cuando era niño, solía ir con sus padres a un embalse que estaba cerca de su pueblo. Hasta que, un buen día, dejaron de ir.

Orión buscó a Gloria con la mirada.

—¿Qué haces que no vienes a bañarte con nosotros? —gritó—. ¿Cómo vas a fundir la nieve que congela mi pecho desde tan lejos?

Gloria negó con la cabeza antes de buscar una roca para sentarse. Marlene, que observaba a los dos bañistas con un gesto de desaprobación, tuvo que retroceder un par de pasos cuando una ola empapó sus zapatillas.

Orión regresó a la orilla para tumbarse sobre la arena al lado de

Gloria, con un brazo a modo de almohada. Canturreó la canción de Umberto Tozzi para captar la atención de la joven.

—Mirar es gratis —bromeó porque los ojos de Gloria estaban prendidos de sus calzoncillos mojados, tan transparentes que no ocultaban nada.

Gloria, avergonzada, apartó la mirada con rapidez.

—Con esos ojos tan bonitos, ¿por qué no usas lentillas? —preguntó Orión.

—Me irritan los ojos, no puedo usarlas —contestó Gloria.

—Quítate las gafas un momento.

—Gloria, no hagas ni caso —murmuró Marlene, de pie a su lado.

—Quítatelas un momento para que pueda verte bien los ojos —insistió Orión.

Gloria claudicó ante su persistencia.

—¿Estás satisfecho? —refunfuñó después de girar la cabeza hacia Orión para que pudiera verle los ojos.

—Estaría aún más satisfecho si me dieras un beso.

Gloria dio un respingo antes de volver a ponerse las gafas. Orión siguió la mirada de la joven, que resbaló desde su cara hasta su torso desnudo, hasta un enjambre de pequeñas cicatrices redondeadas que los años habían difuminado, pero no habían hecho desaparecer.

—Heridas de guerra —dijo sin ofrecer más explicaciones, aunque más bien debería haber dicho que eran heridas de un amor malsano.

Gloria desvió la mirada hacia el mar rabioso.

—¿Cisne no va a salir del agua? —preguntó sin ocultar su impaciencia.

—Cisne es más pez que persona —señaló Orión antes de sentarse con las piernas cruzadas, sin preocuparle que su espalda estuviera cubierta de arena. Hurgó dentro de la talega de Cisne para sacar la grabadora—. ¿Cuándo cumples dieciocho años? —preguntó después de presionar una de las teclas del aparato. El casete comenzó a girar.

—Mi cumpleaños coincidirá con mi primer día de universidad —respondió Gloria.

—¿Qué vas a estudiar?

—Quiero ser historiadora, aunque mis padres no paran de decirme que es una carrera sin futuro.

—Historiadora, ni más ni menos —alabó Orión—. Me encantaría que una futura historiadora me diera un beso, pero supongo que no será posible, ¿verdad?

Marlene puso una mano sobre el hombro de Gloria.

—¿Caminamos hasta el final de la playa? —sugirió.

—¿Qué hora es? —preguntó Gloria a su amiga después de levantarse de la roca donde estaba sentada—. Me gustaría regresar a Chamorga antes de que anochezca.

—Conmigo a tu lado, no tienes por qué temer a la oscuridad —aseguró Orión mientras volvía a tumbarse sobre la arena, aunque no estaba seguro de que Gloria hubiera oído su comentario.

Orión cerró los ojos sin acordarse de detener la grabadora, hasta que una voz sonó cerca de su oreja.

Cisne estaba de rodillas a su lado. Miles de gotas saladas caían de las puntas de su cabello para deslizarse por sus pechos desnudos.

—Me temo que tus dotes de seducción están un poco oxidadas si no eres capaz ni de conquistar a una mosquita muerta —dijo Cisne, que acarició la barbilla de Orión con un dedo.

Orión apartó el rostro para evitar el contacto.

—Mis dotes de seducción funcionaron contigo.

—¿Quién sedujo a quién? ¿O acaso pretendes reescribir cómo nos conocimos?

Orión giró la cabeza hacia el lado contrario a donde estaba Cisne. Gloria caminaba un paso por detrás de Marlene sin importarle que las olas mojaran sus zapatillas. Marlene agarró a su amiga por el codo para alejarla de la orilla.

—Cuando estemos juntos, no quiero que mires a otras mujeres —masculló Cisne antes de pellizcar a Orión, que soltó un gemido de dolor

9 CISNE, VERANO DE 1999

El bar, a las dos de la tarde, estaba concurrido pese a que no era fin de semana. El camarero servía platos de puchero, de carne, de chocos, de papas fritas o arrugadas, más pendiente del entretenimiento de fuera que de sus propios clientes. Cerca del drago que crecía junto al bar había dos periodistas. Uno estaba montando una cámara de vídeo sobre un trípode, mientras que el otro estaba haciendo pruebas de sonido con un micrófono.

Cisne ocupó uno de los taburetes de la barra, igual que había hecho dos días antes, durante su primera visita al bar.

El hombre sentado a su derecha, después de pedir una cuarta de vino, preguntó al camarero:

—Marcial, ¿sabes a qué han venido esos periodistas?

—He oído que están grabando un reportaje sobre los crímenes del Brujo —respondió el camarero, que estaba pasando un trapo húmedo por la barra.

—¿Qué tendrá que ver el Brujo con nosotros, si ese malnacido era del otro lado del macizo?

Cisne posó una mano sobre el brazo velludo del hombre que estaba hablando con el camarero.

—¿Conoces a Honorio Gutiérrez?

El hombre miró a Cisne de arriba abajo antes de señalar una mesa para cuatro que estaba frente a una ventana.

Honorio Gutiérrez estaba comiendo solo.

Cisne contempló a Honorio durante un rato, un hombre basto con una cabeza demasiado grande para su cuerpo, vestido con más formalidad que el resto: una camisa planchada con meticulosidad, unos pantalones de pinzas, unos zapatos lustrosos. Un hombre basto con unas manos también bastas, más apropiadas para cavar con una azada que para escribir cheques. Cisne no necesitaba acercarse para saber que Honorio olería igual que los otros hombres bastos que había conocido. Olería igual que los novios oportunistas que su madre había traído a casa. Olería igual que el chico torpe con el que perdió la virginidad.

Honorio sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón para secarse el sudor del rostro. El pañuelo, que era de cuadros, también estaba planchado con meticulosidad.

«¿Qué ocurriría si me marcho sin hablar con él, si pido a Orión que conduzca nuestra furgoneta sin parar hasta alcanzar el fin del

mundo?», pensó.

Cisne dudó unos segundos, solo unos segundos, antes de encaminarse hacia la mesa.

—¿Me puedo sentar contigo? —preguntó a Honorio, aunque no esperó a que el hombre respondiera para acomodarse a su lado.

Honorio volvió a guardar el pañuelo sin prestar atención a Cisne, como si el hecho de que una desconocida hubiera decidido sentarse con él fuera una ocurrencia habitual.

—Me imagino que estarás preguntándote cuáles son mis intenciones —dijo Cisne—, pero eres el único que está acicalado como para una boda. —Cisne estiró la falda de su vestido corto mientras observaba a los demás comensales: excursionistas con botas de caminar polvorientas, campesinos con pantalones manchados de tierra, hasta dos pintores de brocha gorda con monos pintarrajeados.

Una de las mesas contiguas estaba ocupada por una pareja con un niño de unos cuatro o cinco años.

—Quiero croquetas de jamón —vociferó el niño.

—Cómete la sopa de garbanzos, anda. Mañana prometo hacerte unas croquetas —intentó apaciguarlo su madre.

—Quiero croquetas de jamón ahora, no mañana —insistió el niño.

Cisne resopló.

—Cada vez que me negaba a comer, mi madre me daba un bofetón.

—Mi madre era igual —comentó Honorio sin levantar la mirada de su plato.

—Me haces caso por fin —dijo Cisne con una sonrisa que pretendía ser seductora.

Honorio cortó un pedazo de pan que, a continuación, empapó de mojo. Un mojo rojo que daba la impresión de ser bastante picante.

—Una chica guapa solo me haría compañía si necesita algo. ¿Qué quieres de mí?

—Charlar, nada más; me gusta charlar con gente de los lugares que visito.

—¿Has visitado muchos lugares?

—Unos cuantos, pero pocos como este caserío.

El niño de la mesa contigua empezó a llorar pese a la promesa de su madre. Croquetas de jamón frente a sopa de garbanzos, el ganador estaba claro.

Cisne desvió la mirada hacia la ventana. El camarógrafo estaba grabando unas panorámicas de las cumbres, del caserío, del barranco que descendía hasta el mar.

—¿Quién es el Brujo? —preguntó Cisne, más para dar pie a una conversación que porque sintiera interés.

—El asesino más famoso de la isla, un mal bicho. Hace unos ocho

años o así, después de escaparse de la cárcel, mató a dos turistas alemanes octogenarios cerca de aquí. Un montón de policías estuvieron buscándolo por todo el macizo. Cuentan que, al verse acorralado, prefirió suicidarse a entregarse, pero nadie sabe qué ocurrió realmente.

—¿Me salvarías si un loco como ese me atacara?

Honorio levantó, por primera vez, la mirada del plato.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquirió con el rostro teñido de confusión.

—Es una pregunta como otra cualquiera que, por supuesto, no estás obligado a contestar. Cuéntame al menos por qué vas vestido para una boda.

—Esta tarde tengo que ir a Santa Cruz.

—¿Qué vas a hacer a la ciudad que necesitas ir tan guapo?

—Uno de los pisos que poseo está desocupado desde hace un par de semanas porque tuve que echar a los inquilinos por morosos. He quedado esta tarde para enseñárselo a una pareja. Él es médico, así que espero que sea un buen pagador.

—¿Cuántos pisos posees?

—Unos cuantos —contestó Honorio con la misma ambigüedad que Cisne había usado antes para hablar de los lugares que había visitado.

—Casi todos los hombres de negocios que he conocido no suelen tener tiempo para ir de compras, así que me imagino que el mérito de que vistas tan bien debe de ser de tu mujer. —Cisne miró sin reservas la mano derecha de Honorio—. Aunque no sé si estás casado o no, porque no veo ninguna alianza.

Honorio, que había terminado de comer, soltó los cubiertos para volver a secarse el sudor del rostro con su pañuelo de cuadros.

—El mérito es de mi madre.

—Es evidente que tu madre es una mujer con un gusto impecable.

Cisne extendió un brazo por debajo de la mesa para acariciar la rodilla del hombre.

Honorio pegó un respingo antes de echar la silla hacia atrás para levantarse.

—Ha sido un placer charlar contigo —dijo de forma entrecortada antes de dirigirse a la barra para pagar la cuenta.

—El placer ha sido mío —declaró Cisne.

Un camarero —que debía de ser hermano del que atendía la barra porque eran como dos gotas de agua— recogió los platos sucios de la mesa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por estos lares? —preguntó a Cisne.

—Una temporada. Aún me queda mucho por ver de esta región de la isla.

Honorio estaba observándola desde la barra, así que envió un beso volado hacia su dirección antes de continuar charlando con el camarero.

Cuando salió del bar, sintió un escalofrío pese al intenso calor a esa hora del día. «Como me imaginaba, Honorio Gutiérrez huele igual que los otros hombres que he conocido, a pesar del exceso de colonia», pensó.

El camarógrafo, que seguía grabando panorámicas de los alrededores, apuntó de pronto el objetivo hacia la puerta del bar. Cisne giró la cabeza enseguida hacia el otro lado para ocultar su rostro.

Una vez que dejó atrás a los dos periodistas, golpeó sin querer algo con el pie, una muñeca flaca con el pelo deshilachado, con un ojo tuerto, sin ropa, que alguien había abandonado.

Cisne recogió la muñeca del suelo. Una muñeca rota como ella.

Miró a su alrededor. Un par de niñas de unos diez años estaban saltando a la comba unos metros más allá. Ofreció la muñeca a una de ellas.

—Está rota —dijo la niña, que había soltado uno de los extremos de su comba para agarrar la muñeca por una pierna.

—Cuídala bien o volveré para pedirte cuentas —amenazó Cisne, que no supo si llorar o echarse a reír al ver cómo las niñas retrocedían asustadas.

Con más prisa que calma, continuó por el arcén de la carretera hasta el rincón donde estaba aparcada la furgoneta. Cuando abrió el portón corredizo del vehículo, vio que Orión estaba acostado sobre el colchón. Estaba hojeando una de sus revistas de peluquería.

—¿Cuál es tu conclusión? —preguntó el chico.

—Es el candidato perfecto —respondió Cisne antes de acostarse a su lado. Unos segundos después, añadió con voz trémula—: Hazme un favor, abrázame fuerte —suplicó porque Orión era el único hombre de su vida que no olía mal.

10 ORIÓN, VERANO DE 1999

El croar de las ranas anunciaba que el sol estaba a punto de ponerse.

Orión, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón vaquero, dio unos pasos hacia atrás para abarcar con la mirada la fachada completa del caserón de dos plantas. El día posterior a su llegada a Chamorga, Gloria había estado acechándolo desde una de las ventanas superiores. Contó hasta cinco, aunque esta vez no estaba seguro de que este truco que usaba para calmarse fuera a funcionar. Cuando el día anterior había abrazado a Cisne después de que regresara del bar, después de estar coqueteando con otro hombre, apenas pudo reprimir el odio que, de repente, sintió por ella. Es fácil odiar a la persona que uno más quiere.

—Gloria —llamó a voces—, siento que mi pecho ha vuelto a congelarse. ¿Qué vas a hacer para fundirlo?

Gloria abrió la ventana de inmediato.

—Calla, mi abuela podría oírte.

—Me da igual que me oiga, pero si quieres que me calle, no vas a tener más remedio que bajar.

—Es tarde, pronto va a anochecer.

—El día no termina hasta que suenen las campanadas de medianoche. Como no bajes, me pondré a cantar la canción de Umberto Tozzi a todo volumen —amenazó Orión antes de tararear los primeros acordes.

Gloria cerró la ventana con un golpe que hizo temblar el cristal. Un par de minutos después, apareció por la puerta principal vestida con una camiseta holgada más apropiada para estar por casa que para salir. Con las prisas, no había tenido tiempo de cambiarse, solo de ponerse una rebeca.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me hagas compañía, nada más.

—Está a punto de anochecer —insistió Gloria.

Orión, sin atender las reticencias de Gloria, descendió por la rampa de cemento que conducía a la carretera.

—Una chica como tú no debería tener miedo a salir de casa cuando es de noche —dijo sin mirar atrás, seguro de que Gloria seguiría sus pasos.

Con cada minuto que transcurría, el croar de las ranas era más intenso, una cacofonía que martilleaba los oídos.

—Honorio nos ha prestado un terreno sin cultivar para aparcar la

furgoneta —contó Orión mientras señalaba hacia el vehículo de color verde aceitunado—. Ofrece más privacidad.

—¿Honorio? —preguntó Gloria.

—Honorio Gutiérrez.

Había sido una sorpresa cuando, la noche anterior, Honorio había aparcado su coche —un sedán de color gris metálico— detrás de la furgoneta.

—¿Conseguiste alquilar tu piso de Santa Cruz? —había preguntado Cisne con la misma sonrisa triunfal que mostraría un montero tras un día de caza fructífero. Cuando Honorio asintió con la cabeza, Cisne agregó con una sonrisa coqueta—: Habrá que celebrarlo.

Honorio volvió a asentir con la cabeza.

—Chamorga no es un sitio peligroso, pero me sentiría más tranquilo si tu furgoneta no estuviera aparcada aquí, justo al lado de la carretera, por donde pasa todo el mundo —ofreció a trompicones.

El croar de las ranas devolvió a Orión al presente.

El terreno que Honorio había brindado estaba a las afueras del caserío, un terreno baldío con hierbajos. Había que acceder a él por un camino de tierra con la anchura suficiente para un coche.

Cuando estaban bajando por el camino de tierra, Orión colocó el dedo índice sobre su boca para pedirle a Gloria que no hiciera ruido.

Unas voces escaparon del interior de la furgoneta. Orión, pese a que las cortinas estaban echadas, podía imaginarse a Cisne charlando con Honorio. Ella estaría jugando con un mechón de su pelo, un gesto que había aprendido de su madre, que solía hacer eso mismo para seducir a sus conquistas. Él estaría observándola con ojos lascivos sin ser consciente de que el cortejo estaba amañado.

Orión aplastó unos hierbajos con el pie antes de sentarse a solo unos metros del vehículo. Con una mano, pateó el suelo a su lado.

Gloria miró hacia el oeste, hacia el cielo pintado con los trazos anaranjados del anochecer, antes de sentarse con las rodillas pegadas al pecho.

—Escucha con atención —murmuró Orión.

La conversación del interior de la furgoneta no era del todo clara debido al croar de las ranas, pero aun así podía entenderse alguna que otra frase.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Cisne.

Orión no pudo oír la respuesta, pero poco después, Cisne volvió a hablar:

—Me resulta extraño que aún vivas con tu madre.

—Me mudaré el día que me case, pero hasta entonces, mi obligación es cuidar de ella —explicó Honorio.

El croar de las ranas volvió a silenciar las voces durante un rato.

—Un hombre como tú debe tener más de una novieta —estaba

diciendo Cisne cuando las ranas hicieron una pausa—. ¿Qué opina tu madre de las mujeres de tu vida? Quizás prefiera que estés soltero para que sigas cuidando de ella. Muchas madres son así de egoístas.

—¿Orión es tu novio? —preguntó Honorio sin aclarar cuál era la opinión de su madre.

—¿Mi novio? Claro que no es mi novio —respondió Cisne entre risas.

—¿Cuál es tu relación con él?

—Orión es mi hermano. ¿O es que acaso no nos parecemos?

Orión estuvo a punto de soltar una carcajada nada más oír esto. «¿Cómo nos vamos a parecer si no existe ningún parentesco entre nosotros?», pensó, pero Cisne siempre había sido capaz de mentir sin ningún escrúpulo. Él era igual de rubio que alguien de origen nórdico, mientras que Cisne era morena: moreno el pelo, morenos los ojos, morena la piel.

—Cuando nuestra madre me echó de casa porque odiaba mi juventud, porque no soportaba que fuera más guapa que ella, Orión decidió marcharse conmigo —continuó diciendo Cisne—. Hemos sido inseparables desde entonces. Mi hermano es la única familia que me queda porque no sabemos quién fue nuestro padre.

Orión miró de refilón a Gloria, que estaba mordiéndose las uñas.

—Comerse las uñas es malo —susurró cerca del oído de su acompañante—. ¿Estás nerviosa?

Gloria dio un respingo, pero guardó las manos entre los muslos, como si solo así pudiera resistir la tentación.

—¿Cisne es tu hermana? —preguntó con cierto titubeo.

Orión volvió a colocar el dedo índice sobre su boca para pedirle silencio.

—¿Cuáles son tus planes de futuro? —preguntó Honorio desde el interior de la furgoneta.

—Mi sueño es abrir una peluquería —contestó Cisne—, aunque aún no he reunido el dinero necesario para montar el negocio.

—¿Has elegido un lugar para abrir tu peluquería?

—Me gustaría hacer algo, pero no sé si pensarás mal de mí —cambió de tema Cisne.

Unos minutos antes, Honorio no había querido hablar de su madre; ahora era ella quien no deseaba dar más información acerca de su sueño de montar una peluquería.

—¿Qué quieres hacer? —inquirió Honorio con una voz aún más grave que antes.

—Me gustaría besarte.

Orión frunció el ceño. «Condenadas ranas», maldijo para sí de forma irracional porque, después de todo, los pobres batracios no eran culpables de que Cisne estuviera besuqueándose con otro hombre. Con

irritación, tiró una piedra hacia el lugar de donde provenía el croar. Las ranas, por supuesto, continuaron croando sin darse por aludidas.

El cielo, a esa hora, había empezado a oscurecerse. El mundo de las luces pronto daría paso al de las sombras.

—Me gustaría regresar a casa antes de que sea de noche —murmuró Gloria, que estaba incorporándose.

Orión agarró el brazo de la joven con la intención de retenerla.

—Quizás pienses que he besado a muchas chicas, pero no es así. ¿Quieres ser una de las pocas afortunadas? —sugirió, aunque no pudo satisfacer sus deseos porque Gloria consiguió zafarse de él.

Con la mirada siguió a la joven, que corría de vuelta al caserío.

—¿Qué ha sido ese ruido? —dijo Honorio mientras abría el portón corredizo de la furgoneta. Cuando vio a Orión, soltó un carraspeo—. Mi madre me está esperando para cenar, así que será mejor que me despida.

Honorio, igual que había hecho Gloria hacía unos minutos, trepó por el camino de tierra hasta alcanzar la carretera. Cuando pisó el asfalto, sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón para pasárselo por el rostro. Continuó hacia el caserío sin dejar de secarse el sudor.

Cisne emergió de la furgoneta con el carmín corrido.

—Haz algo rápido para quitarme el mal sabor de boca que me ha dejado ese hombre —pidió a Orión.

Gloria había rechazado darle un beso, pero él no iba a desaprovechar la oportunidad de besar a Cisne. Había dicho la verdad antes: no había besado a muchas otras chicas.

Con la punta de la lengua, obligó a Cisne a entreabrir los labios, como si, de esa manera, pudiera reclamar su boca. Una boca que, durante un rato, había pertenecido a otro.

—Conque somos hermanos —dijo Orión tras separarse de Cisne.

—Una mentirijilla como otra cualquiera —replicó ella con tono burlón.

11 HONORIO, VERANO DE 1999

El dormitorio de su madre estaba impregnado de un olor a putrefacción, igual que el monteverde después de varios días de lluvia, cuando el manto de hojas que cubre el suelo empieza a pudrirse. Ese mismo olor, con el paso del tiempo, había acabado adhiriéndose a la piel de su madre a pesar del jabón aromático que usaba cada noche para asearla. Honorio tenía la impresión, de hecho, de que toda la casa, que su abuelo había levantado con sus propias manos, ladrillo a ladrillo, olía de la misma manera.

Honorio humedeció la esponja con el agua de la palangana sin dejar de observar a su madre, que estaba recostada contra el cabecero de la cama, desnuda por completo. ¿Cómo era posible que ese cuerpo decrépito de carnes flácidas, de pechos caídos, igual de moteado que un plátano maduro, oliera cada vez peor? Un cuerpo, además, asimétrico, porque no había nada por debajo de la rodilla izquierda.

—Hace casi un año desde que me amputaron el pie, pero aún puedo sentirlo —dijo su madre, que cuando no maldecía la pérdida del pie, despotricaba por la artrosis que padecía o porque su visión estaba empeorando a pasos agigantados—. Una de mis tías también murió de diabetes.

—Usted va a vivir muchos años, así que no sea pájaro de mal agüero. —Honorio pasó la esponja por el muñón de su madre.

—Me repugna que estés aseándome con esas manos —clamó su madre sin ocultar el veneno de su voz.

—¿Con qué manos?

—Con esas manos que han manoseado a una furcia. —Honorio apretó la esponja con fuerza mientras su madre continuaba criticándolo—. Manuela vino a verme esta tarde para contarme que andas estos días con una peninsular de cascos ligeros. Mi temor era que apareciera una cubana o una venezolana con los bolsillos vacíos, pero al final es una goda con vete a saber qué malas intenciones quien está detrás de tu dinero.

—Cisne no es una furcia —murmuró Honorio entre dientes.

—¿Cisne? ¿Qué clase de nombre es ese? Una mujer con un nombre así no puede ser decente. Carmencita, por el contrario, sí que es una mujer digna, una mujer que hubiera cuidado de mí mucho mejor que tú, que eres un desmañado, que no sabes hacer nada bien.

—Carmen es agua pasada. Ella fue quien me dejó, quien no quiso casarse conmigo, como usted bien sabe.

Honorio pasó la esponja por el interior de uno de los brazos de su madre, desde la muñeca hasta el sobaco. Carmen —que, por cierto, odiaba el nombre de Carmencita— obligó a Honorio a escoger entre las dos: su madre o ella. Él, para bien o para mal, eligió a su madre. Había recibido ese ultimátum el mismo día que iban a celebrar el quinto aniversario de su noviazgo, para colmo. Estuvo a punto de revelar esto mismo, pero decidió callarse. Mejor no remover el pasado porque de hacerlo, de removerlo, quizás no podría seguir soportando más el olor a putrefacción.

—Cinco años de noviazgo para nada. Algo tuviste que haber hecho mal para que decidiera dejarte —continuó despotricando su madre.

—Hace cerca de seis meses desde que nos vimos por última vez. ¿Qué sentido tiene mencionarla ahora?

—Hazme caso —insistió su madre—, que las mujeres como Carmencita escasean. Cuando vuelvas a Santa Cruz, queda con ella para tomar un café, o mejor aún, invítala a comer a un restaurante caro. Carmencita no me enviaría a un asilo nada más casarse contigo, pero quién sabe cuáles son las intenciones de esa Cisne.

—Cisne es una amiga, nada más. ¿Cree que me casaría de improviso con una mujer que acabo de conocer? Hace solo una semana desde nuestra primera cita.

—Hombres con más cabeza que tú han sucumbido a la pasión de la carne. Como dicen, tiran más dos tetas que dos carretas —sentenció su madre con unos ojos que, pese a estar casi velados por las cataratas, irradiaban malicia—. Esa Cisne es una furcia que sabe cómo volver locos a los hombres.

Honorio tensó la mandíbula.

—¿Cuántas veces he de decirle que Cisne no es una furcia? —vociferó antes de tirar la esponja dentro de la palangana. Gotas de agua salpicaron su camisa.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —replicó su madre—. Manuela me dijo que esa mujer no es de fiar, que ha oído que, antes de conocerte, estuvo tonteando con otros hombres del caserío.

—¿Quién está propagando ese tipo de rumores?

—Marcial el del bar, que está enterado de todo, pero no son rumores, sino una verdad como una casa.

Honorio agarró a su madre por el brazo, por encima del codo. Con el rostro enrojecido, apretó con fuerza.

—Me estás haciendo daño —gimió su madre.

—Cisne no es una furcia —repitió Honorio antes de soltarle el brazo.

Con una sensación de victoria que no pudo ni quiso reprimir, observó las marcas que sus dedos habían dejado, que parecían estar hechas a fuego.

12 CISNE, VERANO DE 1999

El colchón ocupaba casi toda la parte trasera de la furgoneta. Cisne corrió las cortinas de mil colores para evitar que la noche entrara dentro del vehículo. El interior quedó iluminado solo por una linterna de pilas colgada del techo que, con cada balanceo, creaba un teatro de sombras.

Honorio extendió un brazo para detener el movimiento de la linterna.

—Hubiera preferido un lugar más cómodo —dijo Cisne con la mirada prendida del hombre o, más bien, del bolsillo de su camisa, abultado por la presencia de algo con forma rectangular—, pero mientras estemos juntos, hasta esta furgoneta vieja posee el mismo encanto que un hotel de cinco estrellas.

«¿Olería Honorio mejor si hubiéramos ido a un hotel?», pensó, pero enseguida borró esa pregunta de su mente.

—La próxima vez iremos al hotel más lujoso de la isla —prometió el hombre, que volvió a secarse el sudor del rostro con un pañuelo. Un pañuelo de cuadros similar al que había usado con anterioridad, aunque de un color diferente. Cisne había perdido la cuenta de las veces que, durante los últimos diez minutos o así, había visto a Honorio repetir esa misma acción.

—Me conformaría con que me invitases a tu casa —apuntó Cisne que, después de correr las cortinas, había sacado la grabadora portátil de su talega.

—Un día de estos —aseguró Honorio sin mucha convicción. Cuando vio que Cisne presionaba una de las teclas del aparato, preguntó con recelo—: ¿Qué haces?

Estaban sentados sobre el colchón. Honorio, con las piernas cruzadas. Cisne, con las piernas extendidas. El vestido largo que ella llevaba puesto, de igual o más colores que las cortinas, cubría sus piernas hasta casi los tobillos.

—Me gusta grabar las voces de la gente —explicó Cisne—. Otros prefieren sacar fotos, pero siempre he creído que la mejor manera de conocer a una persona, de conocerla realmente, es a través de su voz. —Cisne acercó la grabadora al hombre—. ¿Qué piensas de mí?

Honorio dudó unos segundos antes de responder, como si no estuviera seguro de querer que el aparato registrara sus palabras.

—Que eres la mujer más guapa que he conocido —dijo por fin.

—¿Qué más?

—¿Qué más quieres que diga? —replicó Honorio sin poder ocultar su incomodidad.

—¿Qué opinas de mis piernas?

Cisne subió el dobladillo de su vestido hasta las rodillas.

—Me gustan tus piernas —respondió el hombre mientras, con los ojos, lamía la piel morena que había quedado al descubierto.

Con una sonrisa coqueta, Cisne subió aún más el dobladillo de su vestido para mostrar sus piernas por completo.

—¿Qué opinas de mis muslos?

—Me gustan también tus muslos.

Honorio extendió una mano para acariciar su tobillo desnudo. Una mano basta, como ella había supuesto.

—¿Has visto alguna vez unas piernas más bonitas? —preguntó Cisne. Cuando Honorio negó con la cabeza, continuó hablando—. Muchas peluqueras sufren de varices por el hecho de trabajar de pie, pero, a pesar de eso, mi sueño es abrir una peluquería con clase. Quiero que sea igualita a esta. —Cisne señaló una de sus revistas, con una portada que mostraba el interior de una peluquería de lujo con una lámpara de araña colgada del techo.

Muchos hombres habían prometido proporcionarle el dinero necesario para montar su peluquería. Cisne había aprendido, sin embargo, que las promesas no valían mucho. El dinero que había recibido de estos hombres a cambio de su amor no había sido, hasta ahora, suficiente para cumplir su sueño. «Es la única forma que sé de ganar dinero», era su justificación cada vez que Orión cuestionaba su decisión de engatusar a un nuevo hombre. Orión siempre acababa cediendo. «Cuando abras tu peluquería —solía decir después de claudicar—, me encargaré de todas las tareas nimias: atender el teléfono, barrer el suelo, lavar las toallas… Hasta podría aprender a cortar el pelo, aunque no sea especialmente hábil con las tijeras».

Honorio deslizó su mano desde el tobillo hasta la rodilla de Cisne.

—Quiero que cumplas tu sueño de montar una peluquería, aunque no me gustaría ver estas piernas estropeadas por las varices.

—Me aseguraré de cuidarlas para que siempre luzcan igual de bonitas que ahora.

Honorio frunció el ceño porque Cisne aún no había apagado la grabadora.

—Guarda ese cacharro —pidió mientras su mano continuaba subiendo por la pierna de Cisne—. Me da vergüenza que grabes mi voz.

Cuando ella negó con la cabeza, Honorio intentó arrebatarle el aparato.

—Un hombretón como tú no tiene necesidad de ser tímido —dijo Cisne, pero aun así colocó la grabadora junto a la pila de revistas.

Honorio, a continuación, abandonó la pierna de la chica para sacar un sobre voluminoso, de color blanco, del bolsillo de su camisa.

—Como acabo de decirte, quiero que cumplas tu sueño.

Cisne extendió una mano para coger el sobre, pero Honorio volvió a meterlo dentro del bolsillo.

—¿Qué contiene? —preguntó Cisne, aunque suponía que era dinero, puesto que había vislumbrado un billete azulado de diez mil pesetas.

—Un préstamo, porque creo que serías una excelente peluquera.

Cisne retrajo las piernas para gatear hacia donde estaba el hombre.

—Un préstamo —repitió con su rostro a escasos centímetros del de Honorio—. Espero que los intereses no sean demasiado altos. ¿Cuándo quieres que empiece a pagar las cuotas mensuales?

Honorio empujó a la chica hacia atrás.

Cisne, acostada bocarriba, no apartó la mirada del bolsillo abultado por el sobre mientras Honorio arremangaba su vestido hasta la cintura, mientras unas manos bastas aferraban la cintura de sus bragas para bajárselas, mientras una barbilla rugosa raspaba la piel de su cuello. Continuó sin apartar la mirada del bolsillo cuando sintió la primera embestida. Continuó así, sin pestañear ni dejar de soltar gemidos de placer a pesar de que, después del dolor inicial, no sintió más que incomodidad. Gemidos de placer fingidos, claro, porque había aprendido que los hombres preferían que las mujeres soltaran grititos. Como si esos grititos validaran su hombría.

Honorio tembló unos segundos antes de caer sobre ella como un peso muerto, con los pantalones a medio bajar.

Cisne apartó a Honorio a un lado porque temía morir aplastada o asfixiada por el mal olor del hombre.

—¿Me enseñas qué contiene el sobre? —murmuró.

Cuando Honorio asintió con un gruñido, Cisne extrajo el sobre del bolsillo. Había un único billete de diez mil pesetas entre otros de color verde, de solo mil pesetas.

Cisne sintió como si estuviera desinflándose, igual que un globo que alguien hubiera pinchado con un alfiler. «Con este dinero —pensó— no podría ni comprar un mísero secador de pie».

—¿Qué significa esto? —preguntó con voz incrédula.

—Considéralo un anticipo. Más adelante podré darte más dinero —explicó Honorio.

—¿Un anticipo?

Cisne estrujó el sobre mientras el desagradable semen del hombre fluía por la cara interna de sus muslos como un río viscoso.

—Un anticipo, sí. —Honorio extendió un brazo para acariciarle el rostro con torpeza—. Conseguiré más dinero pronto, sé paciente.

Cisne echó la cabeza hacia atrás para evitar la mano basta del

hombre.

—¿Cuándo es pronto? Me dijiste que eras el propietario de varios pisos. ¿Cómo es posible que no puedas darme más dinero?

—Esos pisos, e incluso las cuentas bancarias, están a nombre de mi madre, pero conseguiré más dinero para que puedas abrir tu peluquería, es una promesa.

—Hace tiempo que aprendí a no fiarme de las promesas que me hacen.

—Quizás las promesas de otros no sean de fiar, pero puedes fiarte de las mías —declaró el hombre antes de incorporarse a medias para abrocharse los pantalones.

Honorio abrió el portón corredizo de la furgoneta para salir, aunque no sin antes secarse el rostro con su estúpido pañuelo.

—La próxima vez iremos a un hotel —volvió a decir.

—¿Otra promesa? —soltó Cisne con voz cortante, pero Honorio había partido sin cerrar el portón.

Cisne contó de nuevo el dinero. El hombre bigotudo que adornaba los billetes de mil pesetas parecía estar mofándose de ella.

Había asegurado a Orión que sus presentimientos nunca fallaban, pero no era cierto: no deberían haber venido a este caserío perdido. Con una furia que sabía a incompetencia, tiró el sobre al suelo, con tan mala suerte que los billetes acabaron desparramándose por el colchón. Más furia sintió aún cuando notó que sus mejillas estaban húmedas. ¿Había llorado?

Cerró los ojos un instante. Una vez que consiguió calmarse, rebobinó la grabadora, que había estado funcionando hasta ese momento. Cuando presionó una de las teclas del aparato, volvieron a sonar los falsos gemidos de placer que había soltado con cada una de las embestidas de Honorio. «Cada vez que me cortejan —había dicho una vez su madre—, me convenzo de que, por fin, he conocido a un hombre de verdad, pero después del primer polvo, siempre me despierto al lado de un hombrecillo».

—Un hombrecillo. Honorio no es nada más que un hombrecillo —susurró Cisne mientras recogía, uno a uno, los billetes desparramados.

Halló también uno de sus pendientes, el del cierre estropeado, que debía de habérsele caído mientras Honorio estaba aplastándola contra el colchón. Las cuatro estrellas que colgaban del pendiente tintinearon al chocar unas con otras como si estuvieran acusándola de no ser más que escoria nacida de escoria.

13 ORIÓN, VERANO DE 1999

Orión alzó la mirada hacia el cielo sin luna, pero a pesar de que eran más de las diez de la noche, solo avistó unas pocas estrellas. Habían subido por un sendero embarrado hasta alcanzar un promontorio desde el que podía verse el caserío de Chamorga, iluminado por unas farolas tenues. Más allá, pudo distinguir la furgoneta con las cortinas echadas.

—Hasta que no apagues esa luz no podremos ver las estrellas —dijo a Gloria tras elegir un tronco caído para sentarse.

Gloria estaba de pie. Con la linterna de pilas que había traído, igual de potente que un faro, iluminó uno a uno los arbustos que cercaban el claro.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me interesan las estrellas?

—Me enfadaré si no apagas esa luz —advirtió Orión una vez más, pero como Gloria seguía sin hacerle caso, no tuvo más remedio que apoderarse de la linterna.

Gloria soltó un grito nada más quedarse a oscuras. Cuando una lechuza contestó desde un árbol cercano, dio un paso tambaleante hacia atrás para sentarse al lado de Orión.

—¿Qué tienen de especial las estrellas? —volvió a quejarse.

Orión devolvió la linterna a Gloria.

—Estás conmigo, ¿de qué tienes miedo? —intentó tranquilizarla—. ¿O crees que el Brujo va a aparecer de repente para matarnos igual que a esos dos turistas alemanes octogenarios?

—El Brujo está muerto —susurró Gloria.

—Me pareció oír que mañana o pasado mañana transmitirán el reportaje que los periodistas grabaron el otro día.

Con los ojos acostumbrados por fin a la oscuridad, Orión alzó de nuevo la mirada hacia el cielo hasta ubicar una constelación con forma de cruz.

—Esas cinco estrellas cerca del cenit componen la constelación del Cisne. Esa estrella brillante —señaló con un dedo— es la cola del cisne, mientras que esa otra es el pico. El cisne vuela hacia el sur, pero solo durante el verano.

—Orión también es una constelación, ¿verdad?

—Orión es una constelación de invierno. Es la constelación del cazador, condenado a no compartir el mismo cielo que el cisne.

Gloria, que también estaba mirando hacia arriba, entrecerró los ojos, como si así pudiera enfocar mejor las estrellas.

—Me encantaría ver la constelación de Orión.

—Hasta el invierno, tendrás que conformarte conmigo.

—¿Me prometes que no vas a irte hasta que podamos ver juntos tu constelación?

—Quién sabe qué nos depara el futuro, pero una cosa es segura, esta noche estamos juntos. El presente es más importante que cualquier futuro, ¿no crees? —Orión sujetó a Gloria por la barbilla para girar su rostro hacia él—. Esta noche espero que me permitas besarte porque no conozco otra manera de fundir la nieve que congela mi pecho.

Orión besó a su acompañante, que esta vez no apartó el rostro. Un beso más casto que apasionado.

—Hubiera preferido que nuestro primer beso fuera más memorable, pero tus gafas son un incordio —confesó Orión, que había agarrado las gafas por las patillas con la intención de quitárselas.

—Me hacen falta —protestó Gloria mientras apretaba un dedo contra el puente de las gafas.

—Con que me veas a mí es suficiente —replicó Orión.

Con resignación, reanudó el beso.

Una voz lejana rompió, de pronto, la quietud de la noche estrellada.

—Orión, ¿dónde estás?

Orión intensificó el beso sin hacer caso del llamamiento.

—Orión, ven enseguida —volvió a gritar la misma voz.

Como si así pudiera vencer su frustración, Orión mordió el labio inferior de Gloria, que echó la cabeza hacia atrás para romper el beso.

—Me has hecho daño —gimió ella.

Orión chasqueó la lengua antes de mirar hacia el caserío, hacia la furgoneta con las cortinas echadas, porque quien estaba vociferando era, por supuesto, Cisne.

Cisne gritó su nombre una tercera vez.

—Es hora de irse —dijo Orión, pero no pudo levantarse porque Gloria estaba sujetándole la cabeza con las manos para darle otro beso.

—Más de una vez he pensado que no sé qué haría si una persona importante para mí me abandonara o dejara de quererme —susurró Gloria.

—Querer a una persona es aceptar el dolor de perderla —apuntó Orión.

—Quizás otros puedan aceptar ese tipo de dolor, pero no es mi caso. Haría cualquier cosa por no perder a esa persona.

—Cisne dice que eres una mosquita muerta, pero está equivocada. Más bien diría que eres una rosa con espinas.

Cuando Cisne volvió a gritar su nombre por cuarta vez, Orión soltó

un suspiro. Con resignación, descendió por el sendero de vuelta al caserío.

Gloria encendió la linterna antes de correr detrás de él. Con el potente haz, las estrellas volvieron a apagarse.

—Orión, no me dejes sola —suplicó Gloria.

Orión, sin embargo, no aminoró el paso.

Cisne estaba esperando fuera de la furgoneta con los brazos cruzados.

—Cuenta el dinero —apremió Cisne mientras entregaba a Orión un sobre voluminoso de color blanco.

Orión abrió el sobre para hacer un cálculo aproximado de la cantidad que contenía.

—¿Cuándo va a darte el resto? —preguntó a Cisne. Entre el croar de las ranas pudo oír, a su espalda, la respiración entrecortada de Gloria.

—Me dijo que tuviera paciencia, que pronto me daría más, pero quién sabe si estaba mintiéndome o no.

—Me cansé de decirte que este lugar me daba mala espina, pero como siempre, no me hiciste caso. —Orión devolvió el sobre a Cisne —. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué garantías tienes de que cumplirá su promesa?

Cisne miró por encima del hombro de Orión.

—¿Qué haces aquí? —reprochó a Gloria.

Gloria no respondió, pero sin querer, iluminó el rostro de Cisne con la linterna.

—Mecachis, me estás deslumbrando —bramó Cisne.

Con la reprimenda, Gloria estuvo a punto de dejar caer la linterna al suelo.

Orión giró la cabeza hacia atrás para mirar a Gloria.

—Es mejor que nos dejes solos —dijo.

Gloria dudó unos segundos antes de darse la vuelta para marcharse. Caminaba a trompicones, como si el haz de la linterna no fuera suficiente para iluminar sus pasos.

Cisne no volvió a hablar hasta que la linterna no fue más que un punto de luz lejano.

—Un día de estos tendrás que explicarme por qué estás perdiendo el tiempo con esa mosquita muerta.

¿Qué derecho tenía Cisne a sentir celos?

Uno de sus maestros, durante una clase, había contado un relato holandés, el de un niño que, mientras paseaba cerca del dique que protegía su pueblo de las inundaciones, descubrió un agujero por el que estaba entrando el agua del mar. Un agujero, por pequeño que sea, solía decir el padre del niño, es suficiente para que el empuje del mar agriete el dique por completo. El niño, tras recordar el aviso de su

padre, tapó el agujero con un dedo durante toda la noche hasta que, con las primeras luces del día, alguien escuchó sus gritos de auxilio.

—Gloria, al menos, huele mejor que Honorio —refutó Orión porque sintió que su cuerpo era un dique a punto de romperse.

14 HONORIO, VERANO DE 1999

El olor a putrefacción que exudaba su madre era cada día más intenso.

Honorio masajeó el muñón como había recomendado el médico. Convenía masajearlo para no solo facilitar la circulación, sino reducir la tirantez e, incluso, la sensación de picor.

—Me gustaría que me diera su autorización para sacar quinientas mil pesetas del banco —dijo mientras apretaba el muñón con movimientos circulares.

Comprobó su reloj de pulsera. Cisne vendría dentro de media hora, mientras su madre estuviese durmiendo la siesta. Él hubiera preferido mantener a ambas mujeres alejadas una de la otra, pero Cisne había insistido que quería conocer su casa, el hogar donde había crecido.

—Quinientas mil pesetas es muchísimo dinero —protestó su madre, que estaba acostada por encima de las sábanas con un camisón de volantes. El camisón, al igual que ella, también olía a putrefacción, sin importar el tipo de detergente que usara para lavarlo. El camisón, la cama, el dormitorio, todo estaba impregnado del mismo hedor. Honorio supuso que hasta él olería igual.

El televisor estaba encendido. Honorio había comprado el aparato poco después de la amputación para que su madre pudiera ver sus programas favoritos desde la cama. Un presentador repeinado dio paso a un nuevo reportaje.

—Mira —indicó su madre—, van a poner el reportaje acerca del Brujo que grabaron el otro día.

—Otras veces me ha permitido sacar cantidades más grandes —continuó diciendo Honorio sin prestar atención al televisor.

—Otras veces no estabas acostándote con una furcia. Esa es Manuela, ¿verdad? —interrumpió su madre, que estaba señalando el televisor con un dedo—. ¿Qué sabrá Manuela acerca del Brujo, si cuando ocurrieron los asesinatos ni siquiera estaba viviendo aquí? Cada vez está más arrugada, pobrecilla.

—Cisne no es una furcia —exclamó Honorio, harto de tener que repetir esa misma frase cada vez que su madre insultaba a Cisne.

—Mientras sigas viéndote con esa mujerzuela, no verás ni un duro mío.

Honorio continuó masajeando el muñón de su madre.

—Cumpliré cuarenta años dentro de un par de meses. ¿Cuándo va a dejar de tratarme como a un niño?

—Hasta el día que me demuestres que vales para algo, seguiré

tratándote como me dé la gana.

—¿Qué tengo que hacer para demostrarle mi valía? ¿O es que acaso no me he esforzado para ser un buen hijo?

—Un buen hijo haría caso a su madre.

—¿Qué quiere que haga para que me permita sacar el dinero?

—Quiero que rompas con esa furcia de inmediato —contestó su madre, que, por primera vez desde el inicio de la conversación, no miraba el televisor, sino a su hijo—. Hace un par de días hablé con Carmencita por teléfono. Me dio la impresión de que, si pusieras algo de tu parte, volvería contigo. Hijo, ¿qué estás esperando para casarte con ella? Mujeres como Carmencita escasean, pero por desgracia abundan las furcias como esa tal Cisne.

Honorio dejó de masajear el muñón para encaminarse hacia la cómoda donde estaba colocado el televisor.

—Cisne no es una furcia —volvió a exclamar mientras apagaba el aparato.

El silencio que de repente inundó el cuarto era pegajoso como el alquitrán. Honorio sacó un pañuelo para secarse el sudor del rostro, pero aun así, unas gotas saladas resbalaron por su barbilla hasta humedecer el cuello de su camisa. Una vez que guardó de nuevo el pañuelo dentro del bolsillo de su pantalón, agarró el cojín que su madre solía colocar debajo de la pierna amputada para estar más confortable.

—¿Qué piensas hacer con ese cojín? —balbució su madre.

—Creía que sería capaz de esperar —dijo Honorio—, pero usted, madre, no parece tener intenciones de morirse. Como me descuide, va a sobrevivirme, va a ser usted quien me entierre a mí.

Honorio apretó el cojín contra el rostro de su madre. Con ojos vacíos, continuó haciendo presión mientras la anciana arqueaba la espalda, golpeaba el colchón con la pierna sana, abanicaba los brazos para intentar sujetarlo por las muñecas.

Como si despertara de un trance, Honorio apartó el cojín para que su madre pudiera respirar.

—Cuando uno empieza algo, conviene no dejarlo a medias —dijo de pronto una voz a su espalda.

Honorio giró la cabeza para averiguar quién había hablado. Cisne, enmarcada por la puerta, con el rostro medio oculto por su larga cabellera negra, estaba observándolo con una expresión que parecía de pena. Honorio hubiera querido deslizar los dedos por su pelo, desde las raíces hasta las puntas.

—¿Qué carajos haces aquí tan pronto? —preguntó resistiendo apenas la tentación de acariciarla.

—Quería verte cuanto antes, darte una sorpresa.

Honorio no supo qué contestar. Cisne, por su parte, señaló la cama

con un gesto de la cabeza.

—Una madre que trata a su hijo con maldad merece morir —comentó.

—¿Cuánto has visto?

—He visto que quieres ser libre, que quieres vivir tu vida sin el control de tu madre.

Honorio volvió a mirar a su madre, que seguía luchando por respirar, como si el cuarto no contuviera suficiente aire.

—¿Quieres o no quieres ser libre para estar conmigo? —apremió Cisne, que había dado varios pasos hacia él, hacia el centro del dormitorio.

—Quiero ser libre —afirmó Honorio con contundencia.

—¿Qué tienes que hacer para serlo?

Honorio frunció el ceño como si estuviera buscando la respuesta correcta. Unos segundos después, relajó los músculos de su cara.

—Matar a mi madre —respondió por fin entre sollozos que casi ahogaron sus palabras.

Con los ojos humedecidos por las lágrimas, volvió a apretar el cojín contra el rostro de su madre hasta que la mujer dejó de moverse. Cuando apartó el cojín, los ojos extintos de su madre, por una vez, no parecían estar mirándolo con reprobación.

—Cuando vea a padre, salúdelo de mi parte —susurró Honorio mientras cerraba los ojos de su madre para siempre.

—¿Has matado a tu madre? —preguntó Cisne. Como solo recibió un gruñido como respuesta, insistió—: Contéstame.

—He matado a mi madre —confirmó Honorio, que tiró el cojín al suelo antes de dar varios pasos hacia Cisne. Cada paso era más vacilante que el anterior, como si su cuerpo pesara de repente el doble, el triple, incluso el cuádruple.

Cisne, sin embargo, retrocedió hasta la puerta.

Un chasquido quebró de pronto el silencio.

—¿Qué es ese ruido? —inquirió Honorio, porque el chasquido parecía provenir de la talega que Cisne había traído colgada del hombro.

Cisne apretó la talega contra el pecho.

—Mi grabadora —respondió—. El casete debe de haber llegado al final.

Honorio miró primero la talega, después el rostro de Cisne, sin entender nada.

—He grabado cómo confesabas haber matado a tu madre —aclaró ella.

Honorio dio otro paso vacilante hacia Cisne, que volvió a retroceder, como si quisiera mantener una distancia de seguridad entre los dos.

—O me das diez millones de pesetas, o envío esta grabación al cuartelillo o comisaría más cercano —amenazó Cisne con voz gélida. Había sustituido la expresión de pena de su rostro por una de repulsión.

—Maté a mi madre para estar contigo —farfulló Honorio, que seguía sin comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Quién querría estar con un hombrecillo como tú? —replicó Cisne igual que si escupiera cada una de las palabras.

—Creía que me amabas.

—Creer es de ilusos, no trae más que desdichas. —Cuando Honorio giró la cabeza a medias para observar el cuerpo inmóvil de su madre, Cisne añadió—: Mujeres como ella solo saben vivir a expensas de sus hijos. Más pronto que tarde, vas a alegrarte de que esté muerta.

—Conseguir diez millones de pesetas no es fácil —dijo Honorio con voz ronca sin desviar la mirada de la cama—. Me tienes que dar algo de tiempo para organizar los negocios de mi madre. ¿Cómo esperas que acceda a sus cuentas o venda sus pisos de un día para otro?

—Una semana —consintió Cisne—. Una semana debería ser más que suficiente para que reúnas el dinero.

Honorio cerró los ojos, pero cuando volvió a abrirlos, su madre seguía muerta.

—Mi madre tenía razón, eres una furcia —bramó antes de abalanzarse contra Cisne con la intención de arrebatarle la talega.

Cisne echó a correr por el pasillo hacia la puerta principal. Cuando Honorio salió al patio, quien estaba esperando por él era Orión, con el implacable sol del verano cubriéndole las espaldas.

—Orión, detenlo —gritó Cisne con urgencia.

El chico, sin pensárselo dos veces, estrelló un puño contra el estómago de Honorio, que no tuvo más remedio que doblar el cuerpo por la mitad para mitigar el dolor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Orión a Cisne una vez que estuvo seguro de que Honorio no era una amenaza.

—Ha ocurrido algo que vale mucho dinero.

Honorio no pudo oír el resto de la explicación por culpa del pitido de sus oídos, pero supuso que Cisne estaría contándole a Orión que había presenciado cómo un hijo mataba a su madre.

Orión dio un paso hacia él.

—Cisne ha accedido a darte una semana para que reúnas el dinero. Mi consejo es que no pierdas el tiempo con tonterías como querer vengarte de nosotros —avisó antes de marcharse con su cómplice, que seguía apretando la talega contra el pecho.

Honorio continuó con el cuerpo doblado por la mitad hasta que consiguió calmarse. Cinco, diez o veinte minutos después —no sabía

cuánto tiempo había transcurrido—, regresó al dormitorio de su madre con pasos tambaleantes.

—¿Madre? —susurró con voz temblorosa, pero, por supuesto, no recibió ninguna respuesta.

15 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria había oído decir más de una vez que golpear a una mujer era de cobardes. El hombre que acababa de abofetearla no debía de pensar igual.

—Mataste a mi hijo —había gritado el hombre antes de atacarla.

Gloria apenas había dormido esa noche porque, cada vez que cerraba los ojos, veía una furgoneta de color verde aceitunado. Quizás si hubiera dormido unas pocas horas, habría podido defenderse del ataque. Cuando a media mañana atravesó el jardín que conducía a la piscina municipal, había visto a un hombre a la sombra de uno de los flamboyanes. Había visto a un hombre, es verdad, pero la copa aparasolada del árbol oscurecía su rostro. Uno de los árboles cuyas flores teñían la ciudad de rojo cada verano, del mismo rojo que debía haber adquirido su mejilla izquierda con el bofetón.

—Mataste a mi hijo —repitió el hombre, que volvió a dar un paso hacia delante como si pretendiera abofetear de nuevo a Gloria. El sol, ahora sí, iluminaba su rostro, incluso el hoyuelo de su barbilla—. He venido solo, sin mi mujer, para que no me impida decir las cosas como son. Mi hijo, mi único hijo, está muerto, pero tú, su asesina, estás libre.

Gloria retrocedió para aumentar la distancia entre los dos. Había sido un milagro que sus gafas hubieran sobrevivido. Un punzante dolor había empezado a propagarse desde su mejilla enrojecida hacia el resto de su cara. Curioso, sin embargo, que la principal fuente de dolor no fuera su mejilla, sino su mano izquierda. El corte que había hecho con el cúter de precisión seguía palpitando, como si su corazón hubiera decidido mudarse a su mano.

Como ocurrió el día anterior cuando fue al cementerio para visitar el nicho de sus padres, sintió ira. Habría preferido cortarse cien veces con el cúter a enfrentarse de nuevo a esta situación. ¿Qué derecho tenía ese hombre a culparla de la muerte de su hijo? Los fantasmas que atormentaban sus noches conducían una furgoneta de color verde aceitunado; cargaban una grabadora de casete portátil a todas partes; apestaban igual que la refinería, o eran tan sumisos que, cuando su marido volvía a casa, corrían a arrodillarse delante de él para ponerle las pantuflas. Gloria no quería —ni podía— hacerse responsable de más fantasmas.

—Cristóbal, su hijo, no hizo nada para esquivar el coche —dijo mientras enderezaba sus gafas—. Me miró a los ojos, ¿sabe? Esos

segundos antes de que el frontal del coche impactara con él, me miró a los ojos sin ninguna intención de apartarse.

Un detalle que omitió, sin embargo, fue que aún podía oír el ruido que hizo la cabeza de Cristóbal al chocar con el parabrisas, igual que cuando uno golpea un huevo contra el borde de un plato para romperlo. Como tampoco mencionó el acelerador pisado hasta el fondo, los gritos aterrados de sus padres o el muro con pintadas contra el que colisionó el coche.

—Eres una asesina mentirosa —replicó el hombre con una violencia a duras penas contenida—. ¿Creías que visitar la tumba de mi hijo iba a ser suficiente para exculparte?

Gloria dio otro paso hacia atrás. Cuanta más distancia hubiera entre los dos, mejor. Miró a su alrededor. Estaban solos, con excepción de una mujer con una coleta que estaba subiendo por la rampa para minusválidos. Cuando la mujer advirtió el altercado, apresuró el paso como si no quisiera saber nada de ellos.

—¿Cómo supo dónde encontrarme? —preguntó Gloria.

—Cuando me golpeaste con la mochila, perdiste el bono de la piscina. —El hombre sacó una cartulina rectangular del bolsillo de su camisa. Gloria reconoció el último bono de veinte usos que había comprado—. Mi plan era vigilar el acceso a la piscina cada día, desde su apertura a las ocho de la mañana hasta su cierre.

—El recinto está abierto hasta las diez de la noche —exclamó Gloria sin ocultar su perplejidad, pero comprendió que el hombre hubiera esperado cuantas horas fueran necesarias, cuantos días fueran necesarios, hasta que ella apareciera.

—He tenido suerte porque aquí estás.

Gloria no solía venir a la piscina dos días seguidos, pero después de una noche sin pegar ojo, necesitaba silenciar las voces atormentadas de sus fantasmas. Mientras nadaba, sus fantasmas permanecían callados, aunque no sabía el porqué.

—¿Qué quiere de mí? ¿Quiere abofetearme de nuevo? —preguntó porque había recordado las palabras de su padre, que decía que siempre había que poner la otra mejilla.

Un desafío de esas características exigía una acción por su parte, así que dio un paso hacia el hombre, pese a temer que no solo fuera a pegarle un segundo bofetón, sino que continuara golpeándola hasta que, una de dos: que ella perdiese el sentido o que él perdiese las fuerzas.

—Quiero justicia —reclamó el hombre con voz quebrada—. Quiero justicia para mí, para mi mujer, para mi hijo. ¿Un suicidio, dices? La muerte de mi hijo no fue ni un suicido ni un accidente, fue un homicidio.

Gloria puso el cuerpo rígido porque estaba convencida de que, de

un momento a otro, el hombre iba a abofetearla de nuevo. Había también tensado el cuerpo unos segundos antes de que el coche colisionara con el muro pintarrajeado.

—Golpear a una mujer es de cobardes —intervino de pronto alguien que, a diferencia del padre de Cristóbal, sí había oído esa expresión.

Gloria reconoció de inmediato a Cefeo, con el pelo teñido del mismo rojo que las flores de los flamboyanes. Cefeo vestía un chándal de marca. Una toalla sobresalía de la mochila que cargaba de un hombro. Gloria, ahora que podía examinarlo con las gafas puestas, descubrió que el rostro del hombre estaba definido por ángulos al igual que su cuerpo. Un pintor solo hubiera necesitado líneas rectas para dibujarlo.

—Ese bono pertenece a la señorita —dijo Cefeo a continuación.

El padre de Cristóbal estaba respirando de forma entrecortada, igual que si hubiera corrido un esprint. Como no parecía que fuera a devolver el bono, Cefeo avanzó hacia él con la intención de arrebatárselo, pero antes de que pudiera hacerlo, el padre de Cristóbal tiró el bono al suelo.

Cefeo chasqueó la lengua.

—Márchese o paro el primer coche de policía que vea.

Esta vez sí, la amenaza de Cefeo fue suficiente para espantar al padre de Cristóbal.

Cefeo esperó unos segundos, hasta que el hombre abandonó el jardín, para recoger el bono del suelo.

—Me he ganado otra medalla de héroe, ¿qué opinas? —dijo mientras devolvía el bono a Gloria.

Gloria, que sin darse cuenta había estado conteniendo la respiración hasta ese momento, exhaló hasta vaciar por completo sus pulmones.

—Gracias, aunque no necesitaba que nadie me defendiera.

—Claro que no, pero de esta manera me aseguro de que me des una recompensa —argumentó Cefeo.

—Creía que los héroes actuaban de forma altruista sin esperar ninguna compensación.

Cefeo regaló a Gloria su sonrisa más contagiosa.

—Me has desenmascarado. Más que un héroe, quizás sea el peor de los villanos, porque no pienso irme sin mi recompensa.

Gloria sintió —por primera vez desde el día anterior, o si debía ser sincera, por primera vez desde hacía mucho tiempo— que comenzaba a relajarse. Como si su cuerpo hubiera sido hasta ahora un muelle estirado al máximo a punto de romperse. Quién sabe, quizás el culpable de esa transformación había sido la sonrisa de Cefeo.

—¿Qué recompensa quieres? —preguntó con una falsa resignación.

Cefeo hizo un mohín con la boca, como si estuviera decidiendo entre varias posibilidades.

—Quiero que me invites a cenar. —Gloria negó con la cabeza porque, por supuesto, no iba a quedar con nadie una vez que anocheciera—. ¿Qué me dices entonces de un café después de nadar? —propuso Cefeo a continuación—. Me merezco al menos un café, sea el héroe más intrépido o el villano más canalla, ¿sí o no? —Cefeo, de pronto, rozó la mejilla izquierda de Gloria con un dedo, enrojecida por el bofetón—. Espero que no duela mucho.

—Me duele más el orgullo —confesó Gloria.

—Conozco una buena cafetería cerca de aquí. —Cefeo comprobó su reloj de pulsera—. ¿Quedamos dentro de una hora frente a los vestuarios?

Cefeo, sin esperar la respuesta de Gloria, continuó hacia el recinto mientras canturreaba la canción de Umberto Tozzi.

16 GLORIA, VERANO DE 2019

El intenso aroma del café recién molido saturó el olfato de Gloria nada más empujar la puerta de cristal de la cafetería. El local estaba concurrido, pero había dos mesas libres: una al fondo, con más sombras que claros, contra una pared adornada con cuadros que, Gloria supuso, serían de un artista local; otra al lado de la puerta que, sin duda, nadie había querido ocupar porque estaba bañada por el sol del mediodía. El murmullo de las conversaciones estaba acompañado por el incesante tintineo de las tazas.

Cefeo señaló la mesa del fondo, pero Gloria, por supuesto, prefería la mesa al lado de la puerta aunque tuviera que engruñar los ojos por culpa del sol.

Un camarero con un delantal negro vino de inmediato.

—Un cortado natural —pidió Gloria.

Cefeo echó un vistazo a una vitrina con una amplia selección de dulces.

—Hacer deporte me abre el apetito. ¿Quieres un dulce? —preguntó a Gloria.

Gloria negó con la cabeza.

Cefeo apuntó con el dedo índice hacia una de las bandejas.

—Uno de esos dulces de hojaldre para mí.

—¿Quiere algo de beber? —inquirió el camarero.

—Un café solo.

—El hojaldre es mi perdición —explicó Cefeo después de que el camarero partiera hacia la barra. El sol, que asomaba por encima del edificio de enfrente, hacía que su pelo brillara como si estuviera al rojo vivo.

Una de las mesas estaba ocupada por dos mujeres de veintipocos años que, cada dos por tres, miraban de refilón a Cefeo. Una dijo algo que hizo reír a su amiga. «Cefeo es un hombre atractivo —pensó Gloria—, es natural que atraiga la atención de las mujeres». Quizás esas dos mujeres estuvieran preguntándose qué carajos hacía un hombre como Cefeo con alguien como ella. Gloria devolvió un gesto desafiante a las dos mujeres. Una dio un respingo, mientras que la otra dejó de reír.

Gloria volvió a contemplar a Cefeo, observó las marcas que las gafas de natación habían dejado alrededor de sus ojos. Unas marcas que acentuaban aún más los ángulos de un rostro extrañamente familiar. ¿Había visto a ese hombre antes? Como cuando uno no

puede recordar una palabra pese a ser casi capaz de combinar los primeros sonidos; esa era la sensación que albergaba.

Cefeo, de pronto, agarró la mano izquierda de Gloria.

—Este tipo de cortes son malos de curar —dijo mientras recorría la herida vendada con un dedo—, aunque veo que no es el primero —añadió porque había descubierto una cicatriz antigua, pálida, que recorría su muñeca de un extremo a otro.

Gloria retrajo la mano para esconderla entre los muslos.

—Una herida de guerra —contestó haciéndose eco del pasado—. ¿Qué piensas del amor? —preguntó a continuación, más que nada para desviar la atención del hombre.

Cefeo regaló de nuevo a Gloria su sonrisa más contagiosa. Cuánto daría por ser ella el único recipiente de esa sonrisa.

—¿Qué pregunta es esa? —Cefeo hizo una pausa. Gloria, que estaba segura de que no respondería, no pudo ocultar su sorpresa cuando el hombre continuó hablando—. Creo que el amor debe ser voraz. El único amor que merece la pena es aquel que devora por completo tanto a la persona que ama como a la persona amada. —Cefeo observó a Gloria con atención—. ¿Qué piensas tú del amor?

El camarero, por suerte, dio una excusa a Gloria para no contestar.

—Un cortado natural para la señora, un café solo para el señor. —El camarero colocó también un plato con dos tenedores sobre la mesa, uno para Cefeo, otro para Gloria—. Quizás la señora quiera probar el dulce de hojaldre —añadió antes de dirigirse a la mesa ocupada por las dos mujeres de veintipocos años, que habían pedido la cuenta.

Gloria vertió casi todo un paquete de azúcar dentro de su cortado.

—¿Cuál es el origen de tu nombre? —preguntó a Cefeo mientras revolvía el cortado con una cuchara.

Cefeo cortó el dulce con uno de los tenedores.

—Con anterioridad no había entendido cuáles eran las reglas del juego, pero ahora, al menos, conozco una de ellas.

—¿Qué reglas del juego son esas?

Cefeo hizo un gesto de satisfacción después de saborear el dulce.

—El hojaldre está buenísimo, deberías probarlo.

—¿Qué reglas? —insistió Gloria.

—Una de las reglas de este juego que estamos practicando es que solo tú puedes hacer preguntas. —Cefeo cortó otro pedazo del dulce—. Quieres saber cuál es el origen de mi nombre, ¿no es eso?

Gloria bebió un poco del cortado, pero no dijo nada.

Una mujer con una melena negra casi hasta la cintura pasó a su lado hacia una de las mesas del fondo. Gloria agarró su taza con fuerza mientras observaba cómo esa mujer, que por supuesto no era Cisne, daba dos besos a una adolescente. Madre e hija, dedujo, porque el parecido entre ambas era asombroso. ¿Cuándo dejaría de

sobresaltarse nada más ver a una mujer con una melena negra?

—Cefeo no es el nombre que me pusieron mis padres cuando nací —estaba explicando el hombre sentado frente a ella—, sino el que me dio otra persona mucho más adelante. Cuando eligió este nombre para mí, cuando me dijo que me llamaría Cefeo a partir de entonces, sentí como si hubiera renacido después de morir.

—¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Mi nombre verdadero es Cefeo, como he dicho. He olvidado el que me dieron mis padres.

—¿Un nombre nuevo vino acompañado por una apariencia nueva?

Gloria atrapó un mechón de su propio cabello para indicar que estaba refiriéndose al pelo rojo del hombre.

—¿Quieres saber por qué me tiño? —Cefeo peinó su flequillo hacia atrás con una mano—. ¿Me sienta bien?

Cuando Gloria asintió con la cabeza, Cefeo dibujó de nuevo su sonrisa más contagiosa.

—Eres una persona peculiar —afirmó Gloria—, pero no sé por qué, tu rostro me resulta familiar, como si nos conociéramos de antes.

Cefeo sonrió de nuevo.

—Gloria, Gloria, Gloria —musitó como si fuera una cantinela—. Ojalá hubiera sido así porque no me habría pasado tantos años buscándote.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que he dedicado una gran parte de mi vida a tratar de encontrar a alguien como tú.

El corazón de Gloria empezó a latir más deprisa. ¿Cuándo fue la última vez que había palpitado a ese ritmo, como si estuviese a punto de salir despedido de su pecho igual que un cohete? Una cosa era cierta: Omar nunca había provocado esa reacción. Cefeo era una fotografía de vivos colores, mientras que Omar no era más que una fotocopia borrosa de colores apagados.

Gloria bebió un poco más del cortado antes de levantarse.

—Mi consejo es que sigas buscando —dijo porque debía proteger su pobre corazón desbocado a toda costa.

Cefeo sacó un bolígrafo de uno de los bolsillos de su mochila. Con la mirada, buscó a su alrededor antes de decidirse por una servilleta.

—Este es mi teléfono por si necesitas que vuelva a salvarte —dijo al mismo tiempo que garabateaba una serie de números.

Gloria dudó unos segundos antes de coger la servilleta.

—¿Me puede dar la cuenta, por favor? —pidió al camarero, que estaba detrás de la barra cortando unas naranjas para hacer zumo.

—Cuando vuelvas a casa, ponte un poco de hielo para reducir la hinchazón —fueron las últimas palabras de Cefeo.

Hasta ahora no había sentido dolor, como si su mejilla hubiera

estado adormecida. El consejo de Cefeo, sin embargo, había sido suficiente para reactivarlo.

Una vez que pagó, Gloria abandonó la cafetería sin mirar atrás ni una sola vez. Cuando salió a la calle, el hedor que desprendían las chimeneas de la refinería golpeó su rostro con la misma virulencia que el padre de Cristóbal.

Mientras esperaba para cruzar un paso de peatón, contempló la servilleta con el número de teléfono de Cefeo.

Una corriente de aire inesperada estuvo a punto de hacer volar la servilleta, pero Gloria consiguió atraparla a tiempo.

17 GLORIA, VERANO DE 2019

El reloj de pared del salón estaba a punto de marcar las once de la noche cuando alguien intentó de nuevo abrir la puerta de su casa. Como había ocurrido un par de días antes, durante el apagón, daba la impresión de que estaban tratando de meter una llave dentro de la cerradura.

Casi todas las luces estaban encendidas igual que si su piso fuera una feria de atracciones. Con la excepción, claro está, del plafón del cuarto de sus padres.

Gloria caminó hasta la puerta, que estaba cerrada, como siempre, con dos vueltas de llave. Había dejado su propia llave puesta, así que era imposible que esa persona pudiera desbloquear la cerradura.

Echó un vistazo por la mirilla, pero, por supuesto, no vio nada más que oscuridad.

—¿Quién es? —preguntó porque quería averiguar de una vez por todas quién estaba intentando abrir su puerta a esa hora—. Omar, ¿eres tú? Comportándote así no vas a conseguir que vuelva a salir contigo.

Quienquiera que estuviera al otro lado, pese a no contestar, dejó de forzar la cerradura.

Gloria suspiró de alivio, pero de repente empezaron a golpear la puerta con fuerza. Como si hubieran decidido tirar la puerta abajo visto que no podían abrirla con una llave. Gloria corrió hacia el salón, hacia la mesa de centro donde había dejado el teléfono móvil. Con un dedo tembloroso, tecleó el número de emergencias, pero, cuando estaba a punto de pulsar el icono de llamada, cesaron los golpes.

Gloria desanduvo sus pasos hacia la puerta. Con el dedo acariciando aún el icono de llamada, pegó la oreja a la puerta de madera. El único sonido era el del ascensor, que subía o bajaba. Continuó con la oreja pegada a la puerta hasta convencerse de que el peligro había pasado.

Cinco, diez o quince minutos después —Gloria no estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido—, marcó el número de teléfono que había memorizado esa misma mañana. Esta vez sí que pulsó el icono de llamada sin dudarlo. Una voz masculina contestó después de que el tono de espera sonara varias veces.

Gloria descansó la frente contra la puerta sin decir nada.

—Gloria, ¿eres tú? —inquirió el hombre al otro lado del teléfono.

—¿Cómo me reconociste? —dijo por fin Gloria con voz quebrada.

—¿Qué clase de héroe sería si no tuviera poderes?

Gloria supuso que el hombre estaría sonriendo.

—Cefeo, ¿sabes cómo cambiar una cerradura?

—Me alegro de oír tu voz, pero nunca me imaginé que me llamarías a estas horas de la noche para hacerme una pregunta de bricolaje. —Gloria volvió a permanecer callada sin decir nada, con la frente aún pegada a la puerta. Cefeo, por su parte, soltó un suspiro resignado antes de continuar hablando—. ¿Qué cerradura quieres cambiar?

—Quiero cambiar la cerradura de mi casa.

—¿Cuándo quieres cambiarla?

—Cuanto antes.

—¿Mañana?

—Mañana a primera hora, si es posible.

—Conozco una ferretería que abre pronto, a las ocho. ¿Cuál es tu dirección?

—Gracias —dijo Gloria después de explicarle dónde vivía.

Esta vez fue Cefeo quien permaneció callado, quien sincronizó su respiración con los latidos aún acelerados de Gloria.

Gloria separó la frente de la puerta sin atreverse a romper el silencio. Un silencio que, por una vez, no resultaba embarazoso. Un silencio cálido como una manta de franela. Un silencio que amansaba su miedo.

—Mañana nos vemos —dijo Cefeo al cabo de unos segundos.

—Mañana nos vemos —repitió Gloria antes de cortar la llamada.

Cefeo había actuado como un bálsamo, pero aun así, Gloria arrastró el sillón favorito de su padre hasta el recibidor. El sillón era tan pesado que, para cuando consiguió orientarlo con el respaldo contra la puerta, estaba empapada de sudor.

Gloria estaba convencida de que esa noche no dormiría. Las orejas del sillón eran demasiado altas para que pudiera descansar la cabeza. El asiento estaba hundido porque hacía años que el relleno había perdido su firmeza. El respaldo era tan duro que ni colocando un cojín adicional pudo mitigar el dolor de espalda. Cada vez que entreabría los ojos, distinguía las figuras de santos que su madre coleccionaba. Unos con togas romanas, otros con hábitos de monje, hasta varios semidesnudos con heridas sangrantes. Gloria tuvo la impresión de que estaban observándola.

El cansancio, sin embargo, pudo al final más que la incomodidad del sillón. Hacía veinte años, también había caído rendida incluso con el recuerdo aún reciente de sus manos pringadas de sangre.

El teléfono móvil despertó a Gloria, que extendió el brazo hacia el mueble del recibidor. El dispositivo estaba al lado del cenicero que usaba para las llaves.

—¿Hablo con Gloria Martínez? —preguntó un hombre que, por desgracia, poseía una voz mucho más altisonante que Cefeo. Una ola de desilusión empapó su cuerpo de arriba abajo.

¿Qué hora era? Gloria apartó el teléfono de su oreja para mirar el reloj. Eran poco después de las ocho de la mañana. Una de las grietas de la pantalla parecía estar atravesando el número ocho como si fuera un puñal.

—¿Quién es? —preguntó con una voz igual de entumecida que su cuerpo.

Gloria no entendió el nombre —quizás porque aún estaba adormilada—, pero sí que quien había llamado era alguien del servicio de empleo.

—Hemos recibido una oferta de trabajo que podría interesarle: una empresa busca un dependiente con experiencia para una de sus tiendas deportivas —dijo el hombre, que procedió a explicar los detalles del puesto de trabajo—. El gerente necesita cubrir esta plaza cuanto antes, así que quiere entrevistar a los candidatos el próximo viernes. Una posible hora para la entrevista es a las siete de la tarde.

Gloria carraspeó para aclararse la voz.

—¿Habría un hueco antes? —preguntó porque, si la entrevista era a esa hora, significaría regresar a casa de noche. Ella siempre procuraba estar de vuelta antes de que anocheciera.

El hombre debía de estar comprobando algo con su ordenador porque Gloria reconoció el ruido de teclas.

—¿Qué tal a las cinco?

—Es perfecto.

—Enviaré toda la información pertinente a su dirección de correo electrónico.

Cuando Gloria cortó la llamada, vio que había recibido un mensaje de texto:

«Me has ofrecido otra oportunidad para actuar como un héroe, no pienso desaprovecharla».

Cefeo había enviado el mensaje a las dos de la mañana, como si él también hubiera tenido dificultades para dormir.

Gloria sonrió. Un mensaje escrito por Cefeo había sido suficiente para aplacar la desilusión que había sentido hacía solo unos minutos.

El teléfono, de pronto, sonó de nuevo, pero quien estaba llamando no era Cefeo ni nadie del servicio de empleo, sino Marlene. Gloria permaneció quieta. Cuando el teléfono dejó de sonar, recibió una notificación del buzón de voz. Marlene había dejado un mensaje.

Gloria accedió al buzón para reproducirlo.

«—Hubiera preferido que me cogieras el teléfono, pero ¿qué vamos a hacer? Una pareja de guardias civiles ha estado interrogando a varios vecinos de Chamorga. Creo que el cuerpo que esos espeleólogos

descubrieron está relacionado con los dos turistas que conocimos el verano de hace veinte años. ¿Qué ocurrirá si deciden hacerme preguntas? Me acuerdo muchas veces de esa noche, cuando viniste a casa con el vestido manchado de sangre. Era tu vestido favorito, de color blanco. Me aseguraste que no habías hecho nada malo. ¿O acaso me mentiste? Cuando puedas, llámame, por favor».

Gloria volvió a reproducir el mensaje porque no estaba segura de haberlo comprendido.

Cuando intentó levantarse del sillón, tuvo que volver a sentarse porque sus piernas no respondían.

18 GLORIA, VERANO DE 2019

Cefeo tocó a su timbre poco después, alrededor de las nueve de la mañana.

—Me imaginé que querrías cambiar la cerradura con urgencia —anunció cuando Gloria abrió la puerta.

Gloria dudó si invitarlo a entrar o no, pero por suerte, Cefeo solo echó un vistazo rápido al interior del piso antes de ponerse manos a la obra.

—Qué sorpresa, la decoración de tu casa es bastante peculiar —dijo porque, por supuesto, había visto la colección de santos de su madre.

Cambiar una cerradura no era complicado. Cefeo solo necesitó un destornillador para sustituir el bombín antiguo por uno nuevo.

Mientras Cefeo cambiaba la cerradura, Gloria mantuvo una mano cerca del interruptor. Un temporizador apagaba las luces de las escaleras cada pocos minutos. Cuando esto ocurría, pulsaba el interruptor para volver a encenderlas.

—Comerse las uñas es malo —advirtió Cefeo porque Gloria, sin despegar la mano izquierda del interruptor, había estado mordiéndose las uñas de la mano derecha.

Gloria resolló nada más oír la reprimenda, que daba la impresión de provenir del pasado. Hubiera sido fácil imaginar que quien estaba cambiando la cerradura era Orión.

Unas voces descendieron desde la planta de arriba como canicas rebotando de un escalón a otro.

—Mamá, ¿dónde crees que vas sin haberte quitado el camisón? —gritó una mujer.

—Mira qué hora es —contestó otra mujer con voz temblorosa—. Como no me dé prisa, me perderé el principio de la misa.

—Entre semana, la misa es por la tarde. Anda, regresa a casa, que va a empezar el programa de cocina.

Con las voces, también descendió un olor a pescado. Un vecino, pese a que era temprano, debía de estar guisando un caldo o vete a saber qué.

Gloria volvió a pulsar el interruptor para mantener las luces de las escaleras encendidas.

Cefeo, que estaba apretando un tornillo, hizo un gesto con la cabeza hacia una de las puertas del rellano.

—Me apuesto que tu vecino nos está observando por la mirilla.

Gloria conocía a la familia de ese piso. Él, albañil. Ella, ama de casa. Con una única hija adolescente. Una familia demasiado parecida a la suya. Quizás uno de ellos estuviera observándolos de la misma manera que ella había estado observando a Cefeo. ¿Cómo era posible que un rostro estuviera definido por tantos ángulos? Con un transportador hubiera podido medir el ángulo de sus cejas, de su nariz, de su barbilla.

—¿Eres uno de esos manitas que saben hacer de todo, desde cambiar una cerradura a arreglar un enchufe? —preguntó.

—Cuando monte mi peluquería, saber hacer este tipo de chapuzas me va a permitir ahorrar un montón de dinero.

—¿Eres peluquero? —preguntó Gloria sin poder ocultar su sorpresa.

—Quien es peluquera es una amiga mía.

Gloria sintió un arrebato de celos. Hacía tiempo, mucho tiempo, que no sentía celos, menos aún de una completa desconocida.

—Esa mujer debe ser especial si has decidido montarle una peluquería.

Cefeo terminó de apretar el tornillo.

—Hecho —dijo antes de meter una llave dentro de la cerradura nueva. Giró la llave hacia la izquierda para extender el pestillo; después, hacia la derecha para retraerlo. Cuando comprobó que el mecanismo funcionaba, dio dos llaves a Gloria—. Estas son las llaves que vinieron con la nueva cerradura —explicó—. Haz copias si necesitas más de dos.

—¿Cómo podré pagarte este favor?

Cefeo olisqueó el aire.

—Hiciste café antes de que viniera, ¿verdad? Me conformo con que me invites a uno bien cargado.

Gloria cerró el puño alrededor de las llaves.

—Espero que no me consideres una desagradecida, pero no quiero invitarte a entrar.

—¿Estás enfadada porque dije que la decoración de tu casa es peculiar? Como dicen, para gustos, los colores.

Gloria negó con la cabeza porque no estaba enfadada —aunque eso sí, los celos seguían quemándola por dentro—, pero no quería que Cefeo viera el resto de su piso. Con los crucifijos, con las vírgenes, con los santos, con los cristos de brazos abiertos.

Mientras ponderaba cuál era la mejor excusa que podía darle, las luces de las escaleras volvieron a apagarse. Cuando Gloria pulsó de nuevo el interruptor, Cefeo estaba aprisionándola contra la pared, tan cerca el uno del otro que hubiera podido contar, una a una, las pestañas del hombre.

Cefeo sujetó las patillas de sus gafas.

—¿Me permites?

Gloria sintió que había vivido ese preciso momento antes. Una vez más, volvió a rememorar el pasado.

—Me hacen falta, sin ellas no veo nada —susurró—, pero con verte es suficiente, ¿no es cierto?

—Cierto —aseguró Cefeo antes de quitarle las gafas—. El azul de tus ojos me recuerda a un mar rabioso.

—Cuidado, porque los mares rabiosos hunden barcos.

—¿Me permites? —volvió a preguntar Cefeo, que había aprovechado la ausencia de las gafas para acercar aún más su rostro al de Gloria.

Como respuesta, Gloria pasó la lengua por los labios del hombre, como hacía cuando comía tostadas por la mañana, que lamía la mermelada que sobresalía por los bordes.

Cefeo devolvió la invitación con un beso, primero vacilante, como quien tantea el agua con los pies antes de zambullirse; después decidido, con la confianza que da saber que el agua no está tan fría como uno pensaba.

—Quizás deberíamos cobrar entrada a tu vecino, si es verdad que nos está observando por la mirilla de su puerta.

El temporizador apagó de nuevo las luces de las escaleras. Gloria quiso extender el brazo para pulsar el interruptor. Cefeo, sin embargo, atrapó su muñeca para volver a besarla.

Gloria intentó soltarse, pero sin éxito.

—Quiero pulsar el interruptor, solo eso —murmuró, pero no hubiera hecho falta porque las luces volvieron a encenderse sin que ella tuviera que hacer nada. El alivio que sintió, no obstante, duró más bien poco.

Gloria giró la cabeza hacia el ascensor porque tuvo la impresión de que no estaban solos. El ruido que había oído era el de la puerta del ascensor abriéndose, ¿verdad? Cefeo, que también debía de haberse percatado de la presencia de otra persona, reculó para separarse de ella.

—Está claro que el que no corre, vuela —dijo Omar con una mano aún sobre el interruptor más cercano al ascensor.

Omar avanzó hacia donde estaba Gloria. Cara redonda, carrilludo, con el pelo cortado al ras. Qué distinto era de Cefeo.

—Como me pediste, aquí están tus llaves. —Omar ofreció a Gloria dos llaves que reconoció de inmediato. Una era de su piso; la otra, más pequeña, del portal—. Me gustaría hablar con mi novia con un poco de privacidad, así que, ¿podrías dejarnos solos? —pidió mientras miraba de refilón a Cefeo.

Gloria cogió las dos llaves.

—Hace un mes que dejé de ser tu novia —dijo sin ocultar su

indignación—. El que debería marcharse eres tú, no él.

—¿Es por culpa de este pelirrojo que rompiste conmigo? ¿Me estás poniendo los cuernos con él?

Gloria separó la llave más pequeña, aunque, a decir verdad, el portal estaba siempre o casi siempre abierto, por más que el presidente de la comunidad de vecinos repitiera que había que mantenerlo cerrado.

—Quédate si quieres con la llave del piso; a mí no me hace falta porque acabo de cambiar la cerradura —dijo mientras devolvía la llave más grande a su exnovio.

Omar no hizo ningún gesto para coger la llave.

—¿Quieres que mantengamos esta conversación delante de otra persona?

Gloria sintió cómo Cefeo colocaba una mano protectora sobre su hombro.

—¿Quieres hablar con él?

Cuando Gloria negó con la cabeza, Cefeo avanzó hacia Omar. Cada paso hacia delante que daba obligaba a Omar a dar un paso hacia atrás, hacia el ascensor.

—Gloria no quiere hablar contigo, así que deberías marcharte. —Cefeo pulsó el botón para abrir la puerta del ascensor.

Omar no tuvo más remedio que retroceder hasta el fondo de la cabina.

—Un día de estos hablaremos —avisó antes de golpear, más que apretar, el botón marcado con un cero.

Un segundo después de que el ascensor empezara a descender, las luces volvieron a apagarse. Esta vez fue Cefeo quien pulsó el interruptor para encenderlas de nuevo.

—Me has vuelto a salvar —musitó Gloria.

—Un héroe está para eso, pero pese a haberte salvado, sé que no vas a invitarme a un café.

Cefeo guardó las herramientas que había traído dentro de su mochila.

—Otro día —mintió Gloria.

—Otro día —repitió Cefeo antes de pulsar el botón para llamar al ascensor.

Gloria regresó a su piso mientras Cefeo esperaba a que el ascensor regresara de la planta baja. Como siempre, cerró la puerta con dos vueltas de llave antes de proceder a encender, una a una, todas las luces a pesar de que la claridad del día entraba a raudales por las ventanas: los candelabros de techo del salón, el tubo circular fluorescente de la cocina, los plafones del pasillo, el flexo de su dormitorio. Qué ironía que esa casa que tanto odiaba fuera, al mismo tiempo, su refugio.

Humedeció sus labios con la lengua, como si así pudiera recrear el beso de Cefeo. Quizás, después de mucho esperar, había conocido a alguien con quien compartir su oscuridad.

19 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria había gastado cerca de una hora decidiendo qué ponerse para la entrevista de trabajo, que era ese mismo día a las cinco de la tarde. Había optado al final por su vestimenta más clásica: una blusa de color crema, una falda marrón hasta las rodillas, unas bailarinas cómodas. Con una única excepción, porque, como un desafío, el color de su ropa interior era de un rosa chicle.

Cuando cruzó el vestíbulo de su edificio —que debían de haber fregado hacía poco porque el olor a desinfectante era intensísimo—, una mujer estaba comprobando los nombres de los buzones, como si buscara a alguien. Una mujer con la nariz aguileña que Gloria reconoció de inmediato.

Gloria supuso que estaría buscándola a ella —¿a quién si no?—, así que aceleró el paso hacia la puerta porque, por nada del mundo, quería hablar con la madre del peatón que había atropellado.

Ese día, sin embargo, la suerte no estaba de su lado, aunque, a decir verdad, nunca solía estarlo.

Una voz sonó a su espalda cuando estaba a punto de escapar por la puerta que, por supuesto, no estaba cerrada. Un vecino, por cualquiera sabe qué motivo, había colocado una cuña de madera para mantenerla abierta.

—He venido a disculparme por el comportamiento de mi marido —dijo la mujer con la nariz aguileña.

Gloria giró la cabeza para mirar a la mujer por encima del hombro.

—¿Cómo averiguó dónde vivo?

—Mi marido esperó el otro día a que salieras de la piscina municipal para seguirte hasta tu casa.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Gloria desde la cabeza hasta los pies: su atacante había estado vigilándola cuando abandonó la piscina, cuando tomó un café con Cefeo, cuando regresó a casa.

—¿Ha venido también a abofetearme? —replicó sin poder evitar el temblor de su voz—. Que sepa que me he cansado de poner la otra mejilla.

—¿Eso fue lo que hizo mi marido, abofetearte? Me temo que no sabía nada de ningún bofetón. Una vez más, permíteme que me disculpe. El comportamiento de mi marido fue inexcusable. El día del atropello, nosotros perdimos a nuestro hijo, es cierto, pero tú perdiste a tus padres. Habrá quien diga que perder a un hijo es contra natura, que es mucho más trágico que perder a un padre, pero no sé si eso es

verdad o no. ¿Quién es más desdichado, un padre sin hijo o un hijo sin padres?

Gloria volvió a mirar hacia delante, hacia el parque infantil situado frente a su edificio. Unos niños de unos seis o siete años —no estaba segura porque nunca había sido buena adivinando edades— hacían cola para deslizarse por el tobogán. Con solo atravesar la puerta, podría salir al parque, huir de la mujer con la nariz aguileña, de esa pregunta que no sabía cómo responder. Gloria, sin embargo, permaneció quieta.

—¿Me podría explicar por qué su marido está convencido de que no fue un accidente?

—Uno de los policías que investigó el atropello sugirió que las huellas de los neumáticos indicaban un cambio súbito de velocidad —explicó la mujer—. Huellas de ese tipo, según él, son más propias de un coche acelerando que de uno desacelerando, pero ¿por qué acelerarías? Cualquier persona frenaría para evitar arrollar a alguien.

Gloria casi no pudo oír sus palabras por culpa de los chillidos de los niños.

—Eres un tramposo, no puedes saltarte la cola —exclamó una niña con coletas mientras agarraba por la camiseta a un crío que estaba trepando por la escalera del tobogán.

El crío dio una patada a la niña con coletas antes de sacarle la lengua.

—Cuando me percaté de la presencia de su hijo, intenté frenar —aclaró Gloria mientras seguía con la mirada a la niña con coletas, que corría hacia el coro de mujeres que estaban supervisando el parque.

—Mamá, me pegaron una patada —sollozó la niña con coletas antes de caer de bruces al suelo.

Una mujer rubia agarró a la niña con coletas por las axilas para levantarla del suelo. Gloria pudo oír a la mujer —su madre, supuso— cantando «sana, sana, colita de rana» mientras masajeaba las rodillas sucias de su hija.

Cuando ella era pequeña, ¿había intentado su propia madre consolarla alguna vez de esa manera, con una canción infantil? Que recordara, nunca, no después de arañarse las rodillas, no después de quemarse los dedos con un cazo caliente, no después de cortarse con los restos de un espejo roto. Gloria había pasado cerca de cuarenta años buscando un amor incondicional como el que esa madre debía sentir por su hija. El recuerdo de un hombre con el pelo rojo calentó su cuerpo por dentro. Quizás no tendría que buscar más.

—Me temo que no puedo quedarme a charlar con usted, tengo prisa —señaló—. Que pase un buen día.

Gloria dio varias zancadas hacia la puerta, pero unos brazos, de pronto, rodearon su cuerpo por detrás.

—Unos segundos —murmuró la mujer con la nariz aguileña, que había descansado la frente contra la nuca de Gloria—, solo unos segundos. Cómo echo de menos abrazar a mi hijo. Me imagino que tú también echas de menos los abrazos de tus padres.

Gloria contuvo la respiración.

La niña con coletas estaba trepando por la escalera del tobogán. Con una sonrisa de lado a lado, pese a que unos segundos antes había estado llorando. Qué fácil era confortar a un niño; los adultos, sin embargo, eran inconsolables. Gloria sabía que ni un millón de abrazos ni una canción infantil podrían consolar a la mujer con la nariz aguileña. ¿Qué pasaría, sin embargo, si devolviera el abrazo? Estuvo tentada de girarse para abrazar a la mujer de la misma manera que la mujer estaba abrazándola a ella, pero desechó la idea.

—Gracias —musitó la mujer antes de soltarla—. Me gustaría darte mi número de teléfono por si necesitas charlar conmigo.

—¿Charlar de qué?

—Me llamo Claudia, por cierto —aclaró la mujer sin necesidad porque Gloria sabía su nombre: ella, Claudia Gómez; su marido, Marcos Muñoz.

Gloria abrió la agenda de su teléfono móvil para apuntar el número de Claudia.

Esta vez sí, salió del portal sin mirar atrás. Echó un último vistazo al parque infantil: la niña con coletas estaba descendiendo por el tobogán.

20 GLORIA, VERANO DE 2019

Una de las paredes de su dormitorio estaba repleta de cuadros religiosos: tres o cuatro versiones de la última cena con los doce apóstoles, varios cristos crucificados, una decena de vírgenes con sonrisas piadosas.

Gloria estaba sentada frente a su escritorio, de espaldas a los cuadros que habían dormido con ella desde que tenía uso de razón. Había abierto un bote de cola blanca. Con la misma brocha que traía el bote, untó un cartón rectangular con un poco de cola. Ese cartón iba a ser el lomo del álbum de recortes que estaba haciendo.

El olor a cola escapó por la ventana entreabierta. Había que reconocer que las vistas desde la planta undécima eran espectaculares. El sol, que estaba a punto de ponerse, hacía brillar los tanques de la refinería. Más allá, las torres gemelas de ciento veinte metros de altura —que, desde su construcción, eran los edificios más reconocibles de la ciudad— eran dos colosos con los brazos extendidos hacia arriba, quizás con la intención de tocar el cielo anaranjado. Entre las dos torres, podía ver el auditorio. Gloria siempre había pensado que el auditorio parecía un gigantesco pájaro blanco con las alas semidesplegadas, a punto de alzar el vuelo.

Quedaba aún una media hora de luz, pero Gloria había encendido todas las luces de su casa. Más valía asegurarse que lamentarse. El televisor del salón también estaba encendido. El sonido de aplausos rebotó de una pared a otra hasta colarse por la puerta de su dormitorio. Gloria supuso que los espectadores de algún concurso estarían animando a uno de los participantes o, quizás, celebrando que había dado con la respuesta correcta.

Gloria pegó el cartón rectangular a un trozo de papel un poco más grande. El papel era de un azul petróleo.

Hacía una hora que había regresado de su desastrosa entrevista de trabajo. El negocio que necesitaba un dependiente había resultado ser una tienda deportiva que vendía artículos de pesca. «¿Has pescado alguna vez?», había sido la primera pregunta del gerente. «¿Conoces los diferentes tipos de anzuelos que existen?», había sido su segunda pregunta. Claro que nunca había pescado. Claro que no sabía nada de anzuelos. Ella era historiadora, después de todo. «Gracias por acudir a la entrevista, pero me temo que buscamos a un dependiente que sepa asesorar a nuestros clientes».

Gloria apretó el cartón hacia abajo para asegurarse de que quedaba

bien pegado al papel. ¿Quién querría pasarse cuarenta horas semanales vendiendo unos estúpidos anzuelos? Ella, al menos, no.

El cielo empezaba a oscurecerse cuando, de pronto, sonó el timbre de su puerta. Como si no hubiera oído el timbre, deslizó la mano por el cartón para asegurarse de que no quedaban burbujas.

El timbre volvió a sonar tres veces más.

Gloria, molesta, cogió uno de los cúteres antes de encaminarse hacia la puerta. Echó un vistazo por la mirilla, pero no pudo distinguir nada.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir la puerta. Había, una vez más, dejado la llave puesta. El tener una nueva cerradura no había hecho disminuir su cautela.

—Cariño, abre la puerta.

—Omar —dijo Gloria porque había reconocido a quién pertenecía esa voz demasiado empalagosa—, ¿qué quieres?

El presidente de la comunidad de vecinos tenía razón cuando afirmaba que dejar el portal abierto era peligroso, que cualquier maleante podría acceder al edificio.

—He pasado las pruebas físicas —contó Omar—. Gracias a las lecciones de natación que me diste pude nadar los cincuenta metros por debajo del tiempo de corte. Quiero agradecértelo, así que abre la puerta —volvió a pedir.

Gloria apretó el cúter con más fuerza.

—¿Has venido solo para darme las gracias? —inquirió con sarcasmo.

—Quiero hablar contigo de otro asunto.

—Habla a través de la puerta.

—¿Me estás diciendo que no vas a dejarme entrar? El pelirrojo del otro día está contigo, ¿verdad?

—Con quien esté no es de tu incumbencia.

—Ese tío me da mala espina, no es de fiar.

—¿Cómo sabes que no es de fiar si solo has hablado con él unos segundos?

—Hazme caso, no es de fiar —insistió Omar—. Mis amigos siempre me han dicho que tengo un sexto sentido para estas cosas.

—¿Quieres convencerme de que no vuelva a ver a Cefeo sin más argumento que tu sexto sentido?

—¿Qué clase de nombre es Cefeo?

—Espero que el asunto del que quieres hablar conmigo no esté relacionado con Cefeo, porque me da igual cuál sea tu opinión.

—Cariño, abre la puerta —rogó Omar una vez más con el mismo empalago que había usado al principio.

Gloria entrecerró los ojos, como si, de esa manera, pudiera ver a su exnovio a través de la puerta.

—¿Me quieres? —preguntó.

—Claro que sí —respondió Omar, pero no con la convicción absoluta que Gloria hubiera deseado.

—¿Cuánto me quieres? ¿Me quieres más que a tus padres? ¿Más que a tus hermanos? ¿Más que a tu propia vida? ¿Me quieres tanto que abandonarías tu sueño de ser policía por mí?

—¿Qué preguntas son esas?

—Omar, abriré la puerta si me dices que me quieres más que a tus padres, más que a tus hermanos, más que a tu propia vida; si me dices que tus sueños no son importantes comparados conmigo. O mejor aún, si me dices que no quieres a nadie más, que solo me quieres a mí —demandó Gloria.

Cómo deseaba oír una confesión de esas características. Mientras esperaba la respuesta de su exnovio, consideró la posibilidad de abrir la puerta. Hasta cambió el cúter de mano para girar la llave una vuelta.

—El amor no funciona de esa manera —dijo Omar cuando Gloria estaba a punto de girar la llave una segunda vuelta.

—El amor funciona como a mí me dé la gana. —Gloria soltó la llave sin completar el giro—. Que esta sea la última vez que vienes a molestarme.

Omar aporreó la puerta.

—Ese amor del que hablas no existe —gritó.

Gloria regresó a su dormitorio. Omar continuó golpeando la puerta unos minutos más antes de cansarse.

Había anochecido. Gloria cerró la ventana porque podía imaginarse a la oscuridad de fuera como una bestia agazapada, a punto de invadir su dormitorio con el único propósito de devorarla.

21 GLORIA, VERANO DE 2019

Una vez al año, Gloria acudía al oftalmólogo, aunque el diagnóstico no cambiaba mucho de una cita a otra: miopía; caso leve de nistagmo o movimiento involuntario de los ojos; su ojo derecho seguía igual, pero su ojo izquierdo había empeorado un poco.

Eran más de las ocho de la tarde cuando regresó a casa después de su cita con el oftalmólogo. Menos mal que, durante el verano, anochecía tarde.

—¿Eres tú, Gloria? —resonó una voz que parecía provenir de las entrañas de su piso.

Gloria intentó moverse, pero su cuerpo estaba paralizado. Como si alguien que controlara sus movimientos con un mando a distancia hubiera pulsado el botón de pausa. Con la mano izquierda sujetaba el picaporte de la puerta; con la mano derecha, la llave, que aún no había sacado de la cerradura.

Cada vez que regresaba a casa, su madre hacía, sin falta, esa misma pregunta. «¿Quién va a ser si no?», respondía Gloria, siempre con brusquedad. Cuando era su padre quien volvía después de trabajar, su madre corría a traerle las pantuflas. Cuando era ella, su madre actuaba como si la presencia de su hija fuera un estorbo. «El suelo está recién fregado, así que no entres todavía o dejarás huellas». ¿Cuántas veces había deseado que su madre interrumpiera sus quehaceres, fuera limpiar el polvo o doblar la ropa, para darle un beso de bienvenida?

—¿Eres tú, Gloria? —repitió la misma voz de antes.

Cefeo surgió del pasillo que conducía a los dormitorios.

—Me has pillado —dijo como si fuera un niño travieso que han descubierto comiendo golosinas después de decirle que son malas para los dientes. Había ocultado su pelo rojo con un ridículo gorro de lana.

—¿Cómo has entrado? —balbució Gloria porque, de la misma forma que era incapaz de mover su cuerpo, también parecía haber perdido la facultad de hablar.

—Con mi propia llave, ¿cómo si no? El otro día, cuando cambié tu cerradura por una nueva, me aseguré de quedarme con una copia —explicó Cefeo mientras avanzaba hacia ella con una sonrisa que, a diferencia de otras veces, parecía falsa, impostada, una mera mueca.

Cefeo continuó acercándose igual que haría un depredador, sin hacer movimientos bruscos para no espantar a su presa.

Gloria dio un paso hacia el mueble del recibidor para dejar caer la

llave —que, por fin, había sacado de la cerradura— dentro del cenicero. Con las manos agarró el asa del bolso que llevaba cruzado sobre el pecho, como si estuviera preparándose para salir despedida. Había conseguido desentumecer parte de su cuerpo, pero ¿cuál era su mejor opción para escapar? ¿Correr hacia las escaleras? ¿Golpear la puerta de uno de sus vecinos? ¿Gritar socorro?

Una desesperanza gélida inundó su cuerpo, como si el frío que siempre amenazaba por helarla de dentro afuera hubiera adquirido la forma de un glaciar. Qué estúpida había sido. Había creído que Cefeo era la persona que había estado esperando toda su vida, la persona que iba a ofrecerle el amor verdadero que todo el mundo aseguraba que no existía. ¿Cómo no había caído antes? ¿Cómo no había reconocido que las mentiras más peligrosas son aquellas que uno más desea que sean verdad?

—Me besaste —recalcó de la misma manera que un juez acusaría a alguien de un crimen.

—Gloria, Gloria, Gloria —dijo Cefeo—. ¿Cómo no iba a besarte si estabas prácticamente suplicándomelo?

Gloria retrocedió hacia el rellano, pero las siguientes palabras del hombre echaron a perder sus planes de escapatoria.

—Gloria, Gloria, Gloria —dijo de nuevo Cefeo—. ¿Estás planeando huir sin fundir antes la nieve que congela mi pecho? El verano de hace veinte años, ¿recuerdas? Con Orión fuiste mucho menos timorata. Mi consejo es que me dediques un poco de tu tiempo, a no ser que quieras que haga público tu secreto. O, quizás debería decir, uno de tus secretos, porque apostaría a que escondes varios, a cuál más inconfesable.

Cefeo rodeó los hombros de Gloria con un brazo.

Gloria, esta vez, no ofreció ninguna resistencia. Como si la posibilidad de que Cefeo estuviera informado de los sucesos acontecidos hacía veinte años hubiera desintegrado cualquier oposición por su parte. Había sido una estúpida, volvió a recriminarse. «Me pides que funda la nieve que congela tu pecho, pero ¿qué ocurre con el glaciar que siento avanzar dentro de mí, con mi deseo de encontrar a alguien que comparta mi oscuridad?», hubiera querido gritar.

—Gloria, Gloria, Gloria —dijo Cefeo una tercera vez—. Quiero hacerte unas preguntas, solo eso, así que no estés tan tensa.

Con estas palabras, el hombre cerró la puerta antes de conducir a Gloria hacia la cocina con sus viejos electrodomésticos. El gemido de la nevera era lastimero, el mismo que emitiría una plañidera durante un entierro.

—Creo que a los dos nos sentaría bien un café. ¿O prefieres un té o una infusión? —preguntó Cefeo como si fuera el anfitrión perfecto,

como si no estuviera invadiendo el hogar de otra persona. Mientras hablaba, señaló los cuadros que cubrían las paredes—. He de confesar que el arte religioso siempre me ha generado intranquilidad, pero vamos, cada uno con su gusto.

Cefeo arrastró hacia atrás una de las sillas de la cocina.

Gloria siguió sin ofrecer ninguna resistencia cuando Cefeo empujó sus hombros hacia abajo para obligarla a sentarse. ¿Conocía esta persona a Orión? Observó su rostro con interés. Una vez más, tuvo la impresión de haber conocido a Cefeo con anterioridad, pero ¿dónde?

—Ha cicatrizado bien.

—¿El qué?

Cefeo señaló la herida de su palma izquierda, que Gloria no había necesitado vendar desde hacía varios días.

—Evita arrancarte la costra —aconsejó.

Gloria cerró el puño para ocultar la herida.

Cefeo, a continuación, abrió las alacenas una a una hasta que encontró el bote de café. Olió su contenido.

—El café no es de buena calidad, pero un café malo es mejor que nada —comentó mientras preparaba la cafetera italiana, con la base de aluminio ennegrecida, que la madre de Gloria había usado desde cualquiera sabe cuándo.

Una vez que puso la cafetera al fuego, examinó a Gloria con el mismo detenimiento con el que ella estaba observándolo a él.

—Me imagino que estarás preguntándote cómo sé de tu relación con Orión —indicó Cefeo con los brazos cruzados, como si estuviera esperando a que Gloria dijera algo.

Gloria continuó callada, incapaz de articular ninguna palabra.

—Una de tus mejores cualidades es que hablas poco, pero el momento para superar tu falta de locuacidad es ahora —añadió Cefeo —. ¿Qué dice el cura antes de casar a una pareja? Quien tenga algo que decir, que hable ahora o calle para siempre, ¿cierto?

El silbido de la cafetera salvó a Gloria, que seguía sin poder hablar.

Cefeo abrió de nuevo las alacenas hasta encontrar unas tazas de porcelana decoradas con flores azules. El juego original incluía seis tazas con sus respectivos platillos, pero solo quedaban cuatro.

—El café conviene beberlo solo. Es más rico que con leche o con azúcar —aseguró Cefeo mientras vertía el líquido humeante dentro de dos de las tazas.

—¿Qué quieres de mí? —consiguió por fin decir Gloria.

Cefeo puso una de las tazas delante de ella. Continuó de pie, como si así pudiera aterrorizarla con más efectividad.

—Mucho mejor —celebró después de beber un sorbo de café—. Quiero el casete.

—¿Qué casete?

—El casete que grabó Cisne, claro. ¿Qué otro casete va a ser si no?

Cefeo conocía a Orión, conocía a Cisne, conocía —o pretendía conocer— uno o varios de los secretos que Gloria había mantenido ocultos durante dos décadas.

—¿Cisne es tu cómplice? —preguntó Gloria con voz trémula.

—Hace años que perdí el contacto con ella.

Gloria volvió a examinar el rostro de Cefeo. Un rostro definido, si cabe, por aún más ángulos, hasta el punto de que daba la impresión de que si pasaba la mano por los pómulos o por la barbilla del hombre acabaría cortándose igual que con un cúter. Estaba cada vez más convencida de que su encuentro el otro día —cuando tropezó con él nada más salir de la piscina municipal— no había sido el primero, que había coincidido con él antes.

—Me temo que los casetes han pasado de moda, que hace tiempo que dejaron de venderse.

Gloria no sabía de dónde había sacado el valor para soltar esa réplica.

Cefeo, por fortuna o por desgracia, ignoró sus palabras.

—El café va a enfriarse, ¿a qué esperas? Hazme caso, la mejor forma de beberlo es sin azúcar ni leche.

Gloria cogió la taza por el asa, pero su mano temblaba tanto que derramó parte del café.

—Cisne mencionó que Orión había pedido a la mosquita muerta que escondiera el casete, pero ¿de quién estaba hablando? —continuó diciendo Cefeo—. Menos mal que al final caí. Una vez que averigüé tu identidad, pensé que no perdía nada por preguntarte, que quizás conservabas aún el casete, aunque debo confesar que no me animé a venir hasta hace poco, cuando me enteré de que unos espeleólogos planeaban explorar una sima cercana a Chamorga. Hasta ahora, he estado viajando de un extremo a otro del continente, más que nada para olvidar, pero cuando oí de nuevo el nombre de Chamorga, fue como si algo me llamara a actuar.

El glaciar que continuaba avanzando dentro de Gloria había enmudecido este discurso con sus crujidos.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Cefeo antes de chasquear los dedos de una mano delante del rostro de Gloria. Un gesto para llamar su atención. Con la otra mano seguía sujetando su taza aún humeante.

Gloria desvió la mirada hacia la única ventana de la cocina. Uno podía contemplar el mar de azoteas de la ciudad a través de ella mientras lavaba los platos.

—Está anocheciendo —dijo porque el cielo había empezado a oscurecerse. Hizo el gesto de levantarse de la silla, pero Cefeo negó con la cabeza.

—Quietecita —avisó.

—Está anocheciendo —repitió Gloria sin dejar de observar el cielo —. Es hora de encender las luces.

—Encenderé todas las luces que quieras si me dices dónde has guardado el casete.

—¿Qué casete es ese del que hablas? —preguntó Gloria como si no hubiera oído nada de la conversación anterior.

Con un suspiro de frustración, Cefeo colocó la taza sobre la mesa antes de chasquear de nuevo los dedos delante del rostro de Gloria.

Gloria, sin embargo, continuó observando el cielo cada vez más oscuro. El sol iba a ponerse pronto. El atardecer daría paso a la noche, a las sombras que, dentro de unos pocos minutos, empezarían a deambular por la cocina igual que una bestia hambrienta buscando qué comer.

—Me da la impresión de que necesitas más motivación para colaborar —advirtió Cefeo.

Un sonido proveniente de la puerta principal, sin embargo, impidió al hombre formular su amenaza. Un sonido que Gloria conocía bien, de metal contra metal, el de alguien tratando de meter una llave dentro de la cerradura.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Cefeo.

22 CISNE, VERANO DE 1999

Cisne, rodeada por un grupo de diez o más curiosos —incluidos varios senderistas con mochilas—, siguió con la mirada a los dos técnicos corpulentos que transportaban una camilla hasta una ambulancia aparcada cerca de la ermita. El cuerpo estaba cubierto por una manta plateada.

—He oído que murió mientras dormía, que no sufrió —dijo una mujer.

—Hacía meses que la pobrecita estaba más para allá que para acá, desde que perdió la pierna —comentó un hombre.

Honorio iba unos pasos por detrás de los técnicos. Caminaba con la cabeza gacha, sin parar de secarse el rostro con un pañuelo. El frescor mañanero, al parecer, no era suficiente para evitar que sudara. Entretanto esperaba a que metieran la camilla dentro de la ambulancia, el hombre recorrió los rostros de los curiosos hasta dar con el de ella. Cisne, sobresaltada, agarró la mano de Orión, como un barco que lanza el ancla para no dejarse arrastrar por la corriente. Cuando la noche anterior vomitó después de huir de la casa de Honorio, había sido también Orión quien había acudido a su rescate, quien había apartado su pelo a un lado, quien había acariciado su espalda. Cisne no había dejado de apretar la talega contra el pecho, la misma talega donde había guardado la grabadora portátil.

Orión tiró de ella para alejarla de la multitud, hasta detenerse bajo una de las porterías decrépitas de la plaza.

—¿Estás contenta? —mascculló.

—Estaré contenta cuando nos marchemos de este lugar con diez millones de pesetas.

Orión pegó una patada a uno de los postes de la portería.

—Ese hombre es un asesino, ha matado a su madre para estar contigo. ¿Quién nos dice que tú no serás su siguiente víctima ahora que sabe que solo quieres su dinero?

—Una cosa es matar a una vieja enferma. Otra bien distinta, matar a alguien capaz de defenderse.

—Esta maldita situación nos viene grande —reiteró Orión—. Creo que deberíamos largarnos cuanto antes, irnos a cualquier otra parte del mundo. ¿Qué opinas de Francia? Una vez me dijiste que querías subir a la torre Eiffel.

—¿Marcharnos sin el dinero cuando la oportunidad que hemos estado esperando desde hace tiempo está a nuestro alcance? —Cisne

negó con la cabeza—. Con diez millones de pesetas podremos empezar de cero, subir a todas las torres Eiffel del mundo.

—¿Estás segura de que nos dará el dinero?

—Una de dos: o nos da el dinero, o va a la cárcel.

—Una semana es mucho tiempo. Honorio necesitará varios días para reunir diez millones de pesetas, pero pueden ocurrir muchas cosas durante una semana.

Cisne volvió a agarrar la mano de Orión, aunque esta vez no porque precisara su sostén.

—Una semana debería bastarte para conquistar a esa mosquita muerta —dijo con una voz que pretendía cortar igual que un cuchillo afilado.

—¿Qué más da Gloria cuando los únicos que importamos somos nosotros? —replicó Orión—. Con diez millones de pesetas podríamos empezar de cero, es cierto, pero solo si estamos vivos. Marchémonos cuanto antes, cojamos el primer barco que salga, da igual cuál sea su puerto de destino —propuso.

Cisne apretó la mano de Orión con fuerza.

—Una semana, solo debemos esperar una semana para volver a ser los dos solos contra el resto del mundo.

Una vez dicho esto, desvió la mirada hacia el lugar donde estaba aparcada la ambulancia.

Honorio estaba de pie a unos metros del vehículo, con la cabeza girada hacia donde estaban, hacia la portería. Continuó sin moverse incluso cuando la ambulancia partió, sin apartar la mirada de ellos o, más bien, de ella, porque Cisne estaba convencida de que era a ella a quien estaba observando.

Unos segundos antes había estado persuadiendo a Orión de que nada iba a salir mal, pero aun así sintió un estremecimiento que recorrió su cuerpo de arriba abajo. «Corre —sonó una voz urgente dentro de su cabeza—. Corre mientras puedas, antes de que sea demasiado tarde».

—¿Cuándo me he equivocado? —murmuró para sí, como si de esa manera pudiera acallar esa voz de inmediato.

Un balón de fútbol, de pronto, golpeó su espinilla.

—Mecachis. —Cisne pegó una patada al balón para devolvérselo a unos críos que acababan de llegar a la plaza.

Uno de los críos detuvo el balón con un pie antes de enviarlo de nuevo contra la portería.

—Mejor nos vamos de aquí o nos pegarán otro balonazo —sugirió Cisne, que decidió guiar a Orión hacia la diminuta ermita de paredes blancas.

Entraron por la puerta de madera, con forma de ojiva, que estaba abierta.

Cisne caminó por el pasillo central hasta el altar. Las sandalias que llevaba puestas chirriaron sobre el suelo de baldosas oscuras.

El altar estaba presidido por una talla que parecía ser bastante antigua, una virgen con las manos juntas delante del pecho, como si estuviera orando. Cisne contempló su rostro de mejillas sonrosadas. Había huido de la mirada de Honorio, pero ahora debía enfrentarse al escrutinio de esa virgen con manto azul.

—Marchémonos cuanto antes de este lugar —insistió Orión.

—¿Qué es una semana comparada con el resto de nuestras vidas?

Orión soltó un suspiro que rebotó contra las paredes de la ermita.

—El hombre que conquistaste antes que Honorio estuvo a punto de pegarte un tiro con una escopeta. Escapaste con vida de milagro. ¿Has pensado que es posible que la suerte no nos sonría esta vez?

Cisne rodeó el altar para situarse delante de la virgen, que estaba colocada sobre una repisa, entre dos jarrones con lirios blancos.

—Me gustaría que estar juntos fuera suficiente para ti, que no necesitaras nada más —dijo Orión.

—Claro que estar contigo es suficiente para mí, pero eso no quiere decir que no nos haga falta dinero para sobrevivir, para abrir nuestra peluquería. —Cisne sacó algo de su talega: el pañuelo grande de color rojo que usaba para protegerse la cabeza del sol. Miró hacia la puerta para asegurarse de que estaban solos—. Esta virgen me recuerda demasiado a mi madre —añadió mientras cubría la talla con el pañuelo.

«Me costó asumirlo, pero nacer con una cara bonita me arruinó —había confesado su madre mientras apuraba un vaso de ron barato—. Habría podido ser cualquier cosa si hubiera nacido fea, abogada, arquitecta o médica, pero no, nací con una de esas caras que enloquecen a los hombres». Una cara bonita que, sin embargo, había comenzado a marchitarse, hasta el punto de que sus novios preferirían hacerle ojitos a su hija. «Esa cara bonita que has heredado de mí no va a servirte para otra cosa que para calentar braguetas», había vaticinado su madre el mismo día que Cisne decidió marcharse de casa para siempre.

23 ORIÓN, VERANO DE 1999

Orión inclinó el cuerpo hacia delante para intentar discernir el fondo de la sima, pero la negrura era absoluta. «Oscuro como la boca del lobo», pensó. Con un pie, golpeó un guijarro. El guijarro rodó hacia el borde, resbaló unos dos metros por la pared casi vertical hasta alcanzar una repisa con un ligero desnivel, continuó rodando por esa repisa hasta ser tragado por un pozo natural que nadie sabía cuán profundo era.

—Es una chimenea volcánica —explicó Gloria—. Cuentan que los franquistas usaron esta sima para arrojar los cadáveres de algún que otro fusilado durante la guerra civil, pero quién sabe si es verdad o no. Que sepa, nadie ha descendido hasta el fondo.

Orión dio un paso hacia atrás porque por nada del mundo deseaba compartir el destino ni de esos fusilados ni del guijarro que acababa de golpear con el pie.

Habían conducido unos quince kilómetros desde Chamorga por una carretera tortuosa.

—Haznos una vez más de guía —había pedido Orión a Gloria esa misma mañana; quería olvidarse, al menos durante un rato, del maldito plan para chantajear a Honorio—. ¿Qué otra atracción turística de los alrededores nos puedes enseñar?

Gloria respondió que conocía un sitio que podría gustarles, pero que tendrían que conducir una media hora o así.

—Crucemos los dedos para que la furgoneta arranque —soltó Cisne nada más oír el plan, aunque Orión intuía que hubiera preferido no pasar el día con Gloria.

La furgoneta, por una vez, arrancó sin ningún problema. Orión, al volante. Cisne, a su lado. Gloria, pegada a la puerta para no hincarle el codo a Cisne.

—El nombre de tu amiga es Marlene, ¿verdad? —dijo Orión—. Hubiera pensado que erais inseparables. ¿Cómo es que no ha venido contigo?

—Esta vez preferí no invitarla —confesó Gloria sin explicar el motivo.

—Ojalá que el motivo para no invitarla sea que no quieres compartirme con nadie —bromeó Orión.

La sima, por suerte, estaba cerca del apartadero donde habían dejado la furgoneta. El monteverde era tan espeso que apenas podía discernirse el sendero. Orión no sabía el nombre de ningún árbol ni de

ninguna planta, aunque hubiera jurado que algunos de los arbustos, más altos que él, eran brezos.

Con las manos dentro de los bolsillos de sus bermudas, siguió a Gloria por el sendero. Cisne iba detrás de él, con una cara de aburrimiento que no borró hasta que alcanzaron el pozo volcánico, que no debía tener más de diez metros de diámetro. Como una repetición del día que fueron a la playa, Gloria calzaba unas zapatillas deportivas; ellos, unas sandalias poco apropiadas para ese tipo de senderos.

—Grandioso —exclamó Cisne nada más ver la cavidad, con una expresión que había cambiado a una de asombro—. Está tan oscuro que da la impresión de no tener fondo.

Orión caminó hacia la sima sin sacar las manos de los bolsillos.

—Cuidado —avisó Gloria porque Orión estaba demasiado cerca del borde, con el cuerpo inclinado hacia delante.

—Me apartaré si me das un beso —susurró Orión—, a menos que consideres que un agujero como este es suficiente para fundir la nieve que congela mi pecho.

Gloria miró a Cisne, que seguía contemplando el fondo de la sima. Convencida de que Cisne no estaba prestándoles ninguna atención, dio un beso fugaz al chico. Orión, sin embargo, agarró a Gloria por la nuca para mantener sus bocas juntas.

—¿Quién dijo que es peligroso mirar al abismo durante mucho tiempo porque el abismo podría devolverte la mirada? —preguntó de pronto Cisne.

Gloria dio un paso hacia atrás para apartarse de Orión. Con el rostro ruborizado, como si darle un beso fuera un acto ilícito. El chico no sabía si sentirse adulado o no.

—Gloria trajo una cámara, así que, ¿por qué no nos sacamos una foto? —propuso después de hacerle un guiño cómplice a Gloria.

—¿Creéis que el abismo nos está mirando ahora mismo? —añadió Cisne sin hacer caso a Orión.

—Cisne, deja de filosofar, que Gloria nos va a sacar una foto.

Cisne desvió la mirada hacia donde estaba Orión.

—¿Una foto? —repitió mientras parpadeaba, como si hubiera salido de un trance.

Orión rodeó los hombros de Cisne con un brazo.

—Gloria, haznos primero una foto a los dos.

Gloria sacó una cámara de su mochila. Era una cámara automática que había disfrutado de mejores años.

—Colóquense más juntos —dijo con un ojo pegado al visor. Cuando encuadró por fin a la pareja, pulsó el disparador.

Gloria ofreció la cámara a Cisne.

—¿Me sacas una foto con Orión? —pidió sin atreverse a mirar a la

otra chica a los ojos.

Cisne, sin embargo, no respondió porque estaba contemplando de nuevo el fondo de la sima.

—Me gustaría grabar la voz del abismo —dijo más para sí que para sus dos acompañantes.

—Olvídate de Cisne —sugirió Orión a Gloria—. Cuando reveles el carrete, asegúrate de hacernos una copia de la foto.

—Me temo que, de momento, no podré revelarlo, al menos no hasta que pueda ir a Santa Cruz, pero el cumpleaños de mi madre es a principios del mes que viene. Mi padre nos quiere invitar a comer a un restaurante, así que no me va a quedar más remedio que darme un salto a la ciudad. —Gloria frunció el ceño—. Estarán todavía por aquí el próximo mes, ¿a que sí?

—Claro que no nos vamos a ir —mintió Orión porque no era ni el momento ni el lugar para contarle la verdad, que dentro de unos días estaría observando la silueta cada vez más lejana de la isla desde la cubierta de un barco.

El ruido de unas piedras sueltas interrumpió su conversación.

—¿Qué haces? —gritó Orión nada más ver que Cisne estaba descolgándose por el borde de la sima.

Orión corrió hacia el lugar por el que Cisne estaba descendiendo.

—Quiero grabar la voz del abismo —respondió Cisne una vez que puso los pies sobre la repisa inclinada que estaba unos dos metros más abajo.

Cisne avanzó hacia el extremo de la repisa, hacia el pozo sin fondo aparente.

Unas palomas, de repente, escaparon volando del interior de la sima.

—Malditos pájaros —exclamó Cisne, que del susto había dado un paso hacia atrás hasta golpearse la espalda con la pared rocosa.

Las palomas sobrevolaron el monteverde hasta desaparecer.

Cisne metió una mano dentro de su talega para sacar la grabadora portátil.

—Es peligroso, regresa de inmediato —exigió Orión.

—Cállate o no podré grabar nada —ordenó Cisne, que había extendido la grabadora hacia el pozo. Mantuvo el aparato sobre el abismo un par de minutos antes de volver a guardarlo dentro de su talega.

—Mucho cuidado cuando subas, mira bien dónde pones los pies —avisó Orión.

Cisne empezó a trepar por la pared rocosa hacia el borde de la sima. Cuando puso el pie izquierdo sobre un saliente que resultó estar suelto, casi pierde el equilibrio, pero por suerte consiguió encontrar otro saliente más seguro.

Orión no sabía si sentirse furioso o aliviado. Había apretado la mandíbula. Había cerrado los puños. Hasta había cerrado los ojos durante un instante cuando Cisne estuvo a punto de caerse. Una vez que Cisne alcanzó el borde de la sima, contó hasta cinco para calmar sus nervios.

—Como una cabra, estás como una auténtica cabra —masculló con enfado porque el tobillo izquierdo de Cisne estaba sangrando—. Hasta que no regresemos a la furgoneta no va a ser posible curarte esa herida.

Una voz sonó de pronto detrás de él.

—El fondo de la sima, ¿puede verse o no?

Un senderista que parecía sacado de una revista de ocio al aire libre —gorro de ala ancha, camisa remangada hasta los codos, pantalones con bolsillos laterales, botas sin apenas polvo, bastones para caminar— estaba observándolos con una media sonrisa.

—He estado buscándoos como loco desde hace más de un año —añadió el senderista—. Qué suerte haberos encontrado, aunque nunca hubiera soñado con un escenario como este para nuestra reunión. Me imagino que la furgoneta que está aparcada cerca del comienzo del camino es vuestra. ¿Me podrías alcanzar a Chamorga? —El senderista golpeó sus botas con la punta de uno de sus bastones—. Caminar con botas nuevas nunca es una buena idea. Me temo que me han destrozado los pies.

24 CISNE, VERANO DE 1999

Orión estaba conduciendo demasiado deprisa, por encima de la velocidad máxima que indicaban las señales de tráfico.

—Conduce más despacio, por favor —suplicó Gloria, que estaba sentada a su lado.

Cisne, que había optado por repantigarse sobre el colchón que cubría la parte trasera de la furgoneta, buscó algo de donde sujetarse porque no paraba de dar tumbos de un lado a otro.

—¿Quieres agarrarte de mí? —propuso el senderista, que pese a estar sentado como ella sobre el colchón, no parecía verse afectado por las curvas. Había sido él quien había curado la herida de su tobillo izquierdo. «Es un mero rasguño, menos mal», había dicho sin poder ocultar su alivio.

Cisne contempló el rostro del senderista marcado por el acné, un rostro cachetudo que aún no había conseguido desprenderse del candor propio de la adolescencia. El gorro de ala ancha ocultaba un pelo castaño oscuro igual de tieso que las púas de un puercoespín. Había intentado, sin éxito, acordarse de su nombre. ¿Miguel? ¿Moisés? ¿Mateo? Estaba casi segura de que empezaba por eme.

—Me llamo Mario, igual que mi padre —apuntó el senderista como si pudiera leerle el pensamiento.

Cisne dio otro tumbo cuando Orión tomó una curva a una velocidad excesiva.

—Conduce más despacio, esta carretera es demasiado peligrosa —volvió a implorar Gloria.

Orión cambió de marcha sin desacelerar ni un ápice.

Cisne, por su parte, agarró el antebrazo derecho de Mario para mantener el equilibrio.

—Cállate de una vez —gritó a Gloria porque estaba cansada de sus continuas quejas.

—Es una suerte que no me maree con facilidad —intervino Mario a su lado.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Cisne a Mario.

Mario miró de reojo a los otros dos ocupantes del vehículo.

—Ciertas conversaciones precisan privacidad.

—Orión, pon música —ordenó Cisne, pero Orión continuó conduciendo sin hacerle caso.

Cisne hizo un gesto de contrariedad antes de pedirle a Gloria que encendiera la radio de una maldita vez.

—Más alto —exigió.

Mario comenzó su relato envuelto por una canción de salsa.

—Hace unos días estaba viendo el telediario mientras cenaba cuando, de repente, mostraron un reportaje acerca de un asesino tinerfeño, el Brujo o algo así. Me costó reconocerte porque ahora tienes el pelo más largo, pero ahí estabas, saliendo por la puerta de un bar —contó mientras observaba, con una expresión de deleite, la mano que Cisne había envuelto alrededor de su antebrazo derecho—. Esa noche no pude pegar ojo. Cuando me levanté por la mañana, fui de inmediato a una agencia de viajes para comprar un billete de avión. Me costó un riñón, pero mereció la pena porque aquí estás, por fin junto a mí.

Cisne deslizó su mano por el antebrazo de Mario, desde el codo hasta la muñeca. El día que conoció a Honorio, dos periodistas habían estado grabando con una cámara delante del bar. ¿Cómo había sido tan descuidada?

—¿Me echabas tanto de menos que no pudiste resistir la tentación de venir corriendo nada más saber dónde estaba?

Mario cubrió los dedos juguetones de Cisne con su mano izquierda.

—¿Cómo es que todavía no me has preguntado por mi padre? ¿O acaso no sientes curiosidad?

—El pasado es el pasado, a mí solo me importa el futuro —respondió Cisne, que giró hacia arriba la mano que había deslizado hasta la muñeca de Mario para entrelazar sus dedos con los del chico. Un juego que conocía bien era cómo seducir a un hombre. Había aprendido las reglas de su madre.

—Mi padre está muerto —reveló Mario.

—Mi más sentido pésame. ¿Cómo murió?

—Un par de semanas después de tu marcha, decidió ahogar sus penas volándose la tapa de los sesos con una escopeta. Murió endeudado hasta las cejas, no me dejó ni un duro.

Cisne sintió un pinchazo de culpabilidad que, de inmediato, extinguió.

—¿Has venido para vengarte o para pedirme que devuelva el dinero que tu padre me prestó?

—Cualquier dinero prestado debería devolverse, es cierto, pero descuida, he venido porque no quería pasar un día más sin estar contigo. Me da igual el dinero.

—Qué romántico eres, mucho más que tu padre.

—Mi madre me confesó que decidió divorciarse de mi padre porque no era un hombre romántico, pero ¿existe acaso un gesto más romántico que pegarse un tiro por una mujer? Mi padre fue un romántico al final de su vida, aunque también un perdedor por haberte dejado marchar. Hubiera merecido morir solo por eso, por no

saber cómo mantenerte a su lado.

Mario apretó la mano de Cisne.

Cisne apenas pudo reprimir el asco que sintió. «Huele igual que su padre», pensó. Mario —el padre, no el hijo— había sido un hombre divorciado fácil de enamorar, su última conquista antes de coger el barco para venir a esta isla. «Uno de los dos va a morir si me dejas, o quizás muramos juntos», había amenazado ese hombre mientras apuntaba a Cisne con una escopeta. ¿Había empleado esa misma arma para matarse? Un patán, eso era, pese a ser el propietario de gran parte de las tierras de su pueblo, incluida una granja de ganadería. Como patán era su hijo de mofletes colorados, con el rostro marcado por el acné. Cada vez que iba a casa del padre, descubría al hijo espiándolos. «Cubre la cerradura con una toalla», pedía siempre al hombre cada vez que follaban porque sospechaba que su hijo estaba de rodillas al otro lado de la puerta, observándolos por el ojo de la cerradura. El hombre, al final, no había apretado el gatillo para matarla. Cisne no volvió a verlo porque, apenas una hora después, escapó del pueblo con Orión. Compraron la furgoneta con parte del dinero que consiguieron sacarle.

Cisne intentó soltarse, pero Mario apretó su mano con aún más fuerza.

—¿Me culpas por la muerte de tu padre? —preguntó Cisne.

—Claro que sí, aunque no he venido ni para vengarme ni para pedirte el dinero que debes a mi padre.

—Mientras estuve saliendo con tu padre, recuerdo que me seguías a todas partes como un perro faldero.

—Como un perro faldero enamorado —aclaró Mario—. Conseguí que me dieras un beso, mi primer beso de verdad, así que mi estrategia funcionó.

—Un beso robado no es un beso de verdad.

Un golpe asustó a Cisne.

Orión, que estaba acechándolos por el espejo retrovisor, más pendiente de ellos que de la carretera, había golpeado el volante con una mano. Cisne observó cómo, a continuación, esa misma mano buscó a Gloria, cómo trepó por el muslo de la joven para acomodarse cerca de su entrepierna. Gloria no hizo nada para apartar la mano de Orión. «Caramba con la mosquita muerta», pensó Cisne antes de mirar de nuevo a Mario.

—¿Has venido por amor, no para vengarte ni para recuperar el dinero de tu padre? —preguntó con retintín.

Mario continuó apretando la mano de Cisne.

—¿Cuesta tanto creer que mis motivos sean puros?

Orión, de repente, frenó de sopetón.

Con la inercia, el cuerpo de Cisne osciló primero hacia delante,

después hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber, pero solo necesitó mirar por la ventanilla para averiguarlo.

El exceso de velocidad había obligado a Orión a invadir el carril contrario justo cuando un coche venía de frente. Menos mal que ambos vehículos habían frenado a tiempo, aunque habían estado a punto de estamparse uno contra el otro.

Cisne no comprendía a Orión: ¿acaso no sabía que estaba coqueteando con Mario para evitar males peores?

Mario, del susto, había soltado su mano, pero volvió a agarrarla de inmediato.

—Me ha costado demasiado encontrarte, así que no pienso cometer el mismo error que mi padre. Me aseguraré de que nada ni nadie me aparte de tu lado —dijo con un guiño.

25 ORIÓN, VERANO DE 1999

Orión estaba convencido de que, si ese fuera su dormitorio, padecería insomnio sin lugar a duda: muebles pasados de moda, repisas con figuritas de santos, un crucifijo colgado sobre la cabecera de la cama.

—Mi abuela es una mujer religiosa, igual que mis padres —aclaró Gloria, aunque su explicación no era necesaria. Cualquier visitante, nada más ver el interior del caserón, con cuadros de mártires, de vírgenes, de cristos con o sin corona de espinas, hubiera deducido eso mismo.

Entre dos cuadros —uno de un ángel con las alas desplegadas; otro de un santo rodeado de animales— había un póster de un actor que Orión reconoció pese a que alguien, supuso que Gloria, había pintarrajeado su rostro con un rotulador negro.

Orión caminó hacia el escritorio, cubierto de pedazos de cartulina de varios colores. Un cúter sobresalía debajo de uno de los pedazos. Hizo girar el cúter con un dedo como si fuera una ruleta. El cúter dio varias vueltas hasta quedar con la punta orientada hacia él.

—¿Haces manualidades? —quiso saber.

—Me gusta crear cosas con las manos —respondió Gloria.

Orión corrió las cortinas para evitar que entrara la luz de la sobremesa. «Ciertos actos necesitan un poco de oscuridad», pensó, aunque, si era sincero consigo mismo, el principal motivo era que no quería seguir viendo los adornos religiosos del cuarto.

Gloria, sin embargo, volvió a abrir las cortinas de inmediato.

—Me gusta que entre la luz del sol.

—Como prefieras —aceptó Orión antes de dar varios pasos hasta casi pegar su pecho con el de Gloria—. Me has invitado a tu dormitorio porque estás sola —afirmó más que preguntó.

—Mi abuela juega al bingo con sus amigas cada miércoles. Hasta esta noche no volverá.

—Cualquiera supondría que tus intenciones no son nada honorables.

—¿Habría algún problema porque no fueran honorables?

Como respuesta, Orión levantó los brazos para que la joven pudiera quitarle la camiseta. Gloria recorrió las cicatrices redondeadas de su torso con un dedo, igual que si estuviera dibujando una constelación.

—El otro día dijiste que eran heridas de guerra.

Orión no quería hablar de su madre, no quería recordarla sentada

delante del televisor, con un cigarrillo entre los labios. «Hijo, ven», acostumbraba a decir cuando terminaba de fumar. Él obedecía, siempre obedecía, pese a saber qué iba a ocurrir a continuación. Como un cordero que va de forma voluntaria al matadero. «Eres el culpable de que tu padre me abandonara —decía su madre mientras apagaba la colilla contra su piel, siempre la misma cantinela—. Estaríamos aún juntos si no hubieras existido, si no hubieras nacido». Orión había crecido convencido de que él era el culpable de la marcha de su padre. Con cada colilla apagada contra su piel, con cada nueva quemadura, más aumentaba su convicción. Hasta que conoció a Cisne, aunque por aquel entonces, su nombre era otro. «¿Cuándo vas a convencerte de que no eres el cenicero de nadie, menos aún de una mujer despechada?», dijo Cisne la primera vez que vio sus quemaduras.

Gloria continuó acariciando su torso.

—Hace tiempo que las heridas han cicatrizado, que no me duelen —aseguró Orión.

—Hazme el amor —pidió ella sin mirarlo a los ojos.

Orión señaló el crucifijo.

—¿Quieres que hagamos el amor delante de él?

—¿Qué más da? Hasta ahora no ha dicho ni mu pese a que no eres el primer chico que traigo a esta habitación.

Orión comenzó a desabrochar los botones de la blusa de Gloria; uno por uno, sin prisa.

—¿Cuántos chicos has traído a espaldas de tu abuela? Cisne afirma que eres una mosquita muerta, pero creo que está equivocada.

Gloria echó los hombros hacia atrás para dejar caer la blusa al suelo. El sujetador que llevaba puesto era de encaje blanco. Orión buscó el broche a tientas.

—He traído a unos cuantos —confesó ella.

—¿Unos cuantos son dos, cinco, diez?

Gloria dio un paso hacia atrás antes de que Orión pudiera abrir el broche del sujetador.

—¿Me quieres? —inquirió.

—¿Hiciste esa misma pregunta a esos otros chicos? —Cuando Gloria negó con la cabeza, Orión añadió—: Cualquiera que sea mi respuesta, no va a gustarte porque, si respondo que no, me echarás de inmediato de tu casa, pero si respondo que sí, pensarás que miento para poder acostarme contigo.

—¿Me quieres? —inquirió de nuevo Gloria. «Con la misma insistencia que, me imagino, mi madre usó para retener a mi padre», no pudo más que pensar Orión, quizás porque no podía sacarse a su madre de la cabeza.

Con el pensamiento inundado de imágenes de su madre, sintió, durante un instante, la necesidad urgente de ponerse la camiseta, de

marcharse de ese cuarto, de regresar a su furgoneta, de abrazar a Cisne como si no hubiera mañana. Una imagen, sin embargo, cobró fuerza: Cisne besando a un hombre que no era él. «Orión, el único amor de mi vida eres tú —murmuró esa Cisne imaginada—. Él es solo un medio para cumplir nuestros sueños». Orión hubiera querido replicarle que había precios demasiado altos para pagarlos. Cisne, sin embargo, nunca aprendería, como tampoco había aprendido su madre.

Orión volvió a acortar la distancia con Gloria.

—Mi respuesta es sí, me creas o no —contestó sin sinceridad alguna.

Con manos seguras, abrió el broche del sujetador de Gloria. Con solo una minifalda puesta, con los pechos al descubierto, parecía haberse escapado de una revista pornográfica.

—¿Me prometes que vas a quererme siempre? —susurró Gloria. Cuando Orión asintió, la joven hizo una nueva pregunta—: ¿Me prometes que nunca vas a abandonarme?

Orión asintió de nuevo. Hubiera prometido cualquier cosa, a decir verdad.

Gloria sujetó las patillas de sus gafas para quitárselas, pero Orión negó con la cabeza.

—Me gusta verte con las gafas puestas.

—Como prefieras —respondió Gloria con las mismas palabras que él había usado antes con el asunto de las cortinas.

Gloria movió las manos de sus gafas a la cremallera de su minifalda.

—Eres una mentirosilla —dijo Orión mientras observaba cómo la minifalda caía al suelo—. Quieres hacerme creer que has traído a otros chicos a tu cuarto, pero sé que no es cierto, igual que también sé que el del otro día fue tu primer beso.

26 HONORIO, VERANO DE 1999

El bar estaba casi vacío a esa hora —demasiado tarde para almorzar, pero demasiado temprano para cenar—, excepto por los tres hombres sentados a la barra. Uno de ellos, con el pelo canoso, levantó su vaso de vino para hacer un brindis.

—Mi más sentido pésame por la muerte de tu madre —dijo antes de beber un trago.

—Gracias —aceptó Honorio mientras apuraba su vaso hasta la última gota. Él estaba bebiendo aguardiente, pero no el de hierbas, sino el blanco, con más graduación.

El tercer hombre, casi calvo, que estaba bebiendo cerveza, pidió al camarero que volviera a servirles otra ronda.

Honorio —que había perdido la cuenta de las rondas que había bebido— estaba sentado entre los otros dos hombres. El hombre canoso a su derecha; el hombre casi calvo, a su izquierda. Con un gesto repetido hasta la saciedad, Honorio hurgó dentro del bolsillo de su pantalón, pero no encontró el habitual pañuelo.

—Hasta arriba, no seas tacaño —exigió Honorio al camarero porque solo había llenado su vaso hasta la mitad.

—Estás borracho, es mejor que no sigas bebiendo —recomendó el camarero.

—Hasta arriba, he dicho —volvió a exigir Honorio.

—El cliente siempre tiene razón —claudicó el camarero.

Una vez que el vaso estuvo lleno, Honorio volvió a vaciarlo de la misma manera que antes, de un solo trago.

—Mi madre era la única que me quería —dijo alargando el final de las palabras como solo saben hacer los borrachos. Mientras hablaba, sujetaba el vaso con fuerza para atenuar el temblor de su mano. El cuarto de su madre seguía igual que el día que murió, no había cambiado nada de lugar. Cada vez que intentaba entrar, veía el maldito cojín, enredado entre sábanas que aún olían a putrefacción.

—¿Cómo va a ser verdad eso? —replicó el hombre casi calvo.

—Carmen nunca me quiso, porque si me hubiera querido aunque solo fuera un poco, no me habría dejado después de cinco años de noviazgo.

—Carmen aún está soltera, así que no pierdas la esperanza de volver con ella —apuntó el hombre canoso.

—Esa turista con quien estás tonteando es mucho más guapa que Carmen —añadió el hombre casi calvo.

—¿Hablas de Cisne? Cisne me mintió, me dijo que me quería, pero está detrás solo de mi dinero.

El hombre canoso golpeó la barra con el vaso. Unas gotas de vino salpicaron su mano.

—Quiso seducirme a mí también —contó—, pero me di cuenta enseguida de que era de esas mujeres que disfrutan dejando a uno seco como una pasa. Cualquiera con ojos hubiera visto que buscaba solo una cosa: dinero. Gonzalo, que estuvo charlando con ella un rato, me dijo que una vez que averiguó que era un pobretón sin cuartos, no quiso saber nada más de él.

—¿Gonzalo?

—Gonzalo, sí, el chapuzas.

Honorio giró la cabeza hacia el hombre canoso.

—¿Me estás llamando imbécil por no haberme dado cuenta a tiempo de que es una buscavidas, por haberme dejado engañar?

—Claro que no eres un imbécil, pero es verdad que un poco ingenuo, sí.

Honorio pidió más aguardiente al camarero.

—Habría que castigar a las mujeres como ella —argumentó el hombre casi calvo.

—Habría que castigarlas, sí, señor —aprobó Honorio después de beberse el nuevo vaso de aguardiente que acababa de servirle el camarero. ¿Cuántos chupitos había bebido? Quién sabe, pero su cabeza había empezado a dar vueltas igual que una peonza.

Honorio descendió como pudo del taburete donde estaba sentado. Cuando puso los pies sobre el suelo, estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber el hombre casi calvo.

—Castigar a Cisne, ¿qué otra cosa si no? —respondió Honorio.

—Estaba hablando por hablar. ¿Cómo vas a castigar a nadie?

—Que sí, que es necesario castigar a ese tipo de mujeres para que no vuelvan a engañar a más hombres buenos —reiteró Honorio—. ¿Quién vine conmigo? —gritó mientras salía del bar con pasos tambaleantes.

—Uno de ustedes debería acompañarlo antes de que cometa una tontería.

Honorio no reconoció quién había hablado, quizás el camarero, que estaría preocupado porque su cliente fuera a liarla parda, sobre todo después de haberse bebido una botella casi entera de aguardiente.

Una mano sujetó su hombro con fuerza, pero Honorio consiguió zafarse sin ningún problema.

—El alcohol es mal consejero —dijo el propietario de esa mano—. Hazme caso, vete a casa a dormir la mona.

Esta vez, Honorio sí que reconoció de quién era esa voz, del hombre casi calvo que había estado bebiendo cerveza a su lado. Cirilo, a quien conocía desde que eran niños.

—Cirilo, no me vengas con tonterías, ¿o eres uno de esos perros que ladran, pero no muerden?

Honorio bajó la rampa de cemento hacia la carretera, encaminó sus pasos aún inestables hacia el lugar donde sabía que estaba aparcada la furgoneta de color verde aceitunado. ¿Cómo no iba a saberlo si el terreno era de su propiedad? El calor bochornoso acentuó la sensación de mareo que sentía desde que salió del bar.

Cuando alcanzó el vehículo, aporreó la carrocería verdosa con el puño.

—Cisne, sal de una vez.

Cisne corrió la cortina coloreada que cubría una de las ventanillas.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me des el casete que grabaste el otro día —exigió Honorio, envalentonado sin duda por el alcohol.

—Cuando me des el dinero que me debes, no antes.

Honorio volvió a aporrear la carrocería.

—¿Qué dinero debo a una furcia como tú? —gritó.

Cirilo, que al final había venido con él, intentó calmarlo una vez más.

—Con esos berridos que estás dando, el caserío al completo va a enterarse de tus trapos sucios —dijo.

Honorio, sin prestar atención a las palabras de su amigo, continuó aporreando la carrocería hasta que, por fin, Cisne abrió el portón corredizo de la furgoneta.

Cisne, con un cuerpo concebido para pecar. Cisne, con una preciosa cabellera negra que no era más que un señuelo para atrapar a hombres incautos como él. Cisne, con una boca roja que solo sabía mentir.

Honorio apartó a Cisne a un lado para entrar. Con premura, miró debajo del colchón, rebuscó entre la ropa amontonada, detrás de la pila de revistas, pero sin éxito.

—El casete está bien escondido, nunca vas a encontrarlo —aseguró Cisne.

Honorio agarró a Cisne por el cuello. Comenzó a apretar con fuerza con unas manos que no habían dejado de temblarle ni un solo momento desde que salió del bar. Cisne golpeó sus brazos, pateó sus canillas, pero no consiguió liberarse.

—¿Qué coño haces, Honorio? ¿Quieres arruinar tu vida por culpa de una cualquiera? —vociferó Cirilo que, con la cabeza gacha para no tropezarse con el techo de la furgoneta, estaba intentando separarlos.

El aviso de su amigo fue una ducha fría. Hubiera jurado que

percibió cómo los últimos vestigios de alcohol emanaban por los poros de su piel.

Honorio soltó a Cisne de inmediato.

Cisne salió de la furgoneta a trompicones sin dejar de emitir estertores, como si no hubiera suficiente aire a su alrededor para colmar sus pulmones.

—O me das el dinero que me debes mañana mismo, o me aseguraré de que no quede nadie sin saber que eres un asesino —amenazó con voz ronca sin dejar de frotarse el cuello enrojecido.

—Quedan tres días para que acabe el plazo que me diste —balbució Honorio sin dejar de mirarse las manos, que parecían pertenecer a otra persona.

—Quiero mi dinero mañana mismo porque un hombre como tú no merece mi generosidad.

27 CISNE, VERANO DE 1999

Cisne abrió la puerta de la furgoneta. El casete que demostraba que Honorio había matado a su madre estaba guardado dentro de una caja de zapatos, junto con el resto de los casetes que había ido coleccionando desde que compró la grabadora portátil con sus primeros ahorros. Grabaciones de sonidos, de silencios, de conversaciones con gente conocida, pero también con extraños. La caja de zapatos estaba escondida debajo del asiento del copiloto; sin embargo, Cisne pensó que, dadas las circunstancias, quizás debería buscar un sitio más seguro. «Orión sabrá cuál es el mejor escondite», pensó.

Colocó la caja de zapatos de nuevo debajo del asiento porque Honorio no regresaría, al menos no hasta que durmiera la borrachera.

—¿Qué estás escondiendo? —preguntó de pronto alguien. Quien había aparecido era Mario, vestido aún con su ropa de senderista.

—Mi ajuar —contestó Cisne con descortesía después de cerrar la puerta para que Mario no viera la caja de zapatos.

—¿El ajuar para tu boda?

—Claro que para mi boda, para qué si no.

Mario alargó un brazo hacia ella para acariciar su cuello aún enrojecido. Cisne arrugó el rostro, aunque ni siquiera ella sabía si por el dolor o por el recuerdo de las manos bastas de Honorio, que habían estado a punto de estrangularla.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Mario sin ocultar su preocupación.

—Gajes del oficio.

Otra respuesta cortante, pero Cisne no quería dar ninguna explicación, menos aún a Mario.

—Cuando mi padre estuvo a un paso de pegarte un tiro, ¿fueron también gajes del oficio? —Mario continuó acariciando el cuello de Cisne, como si sus dedos pudieran borrar las marcas rojas—. ¿Quién fue?

—¿Quién fue quién?

—¿Quién fue el maldito que ha osado ponerte la mano encima?

—Quién fue no es importante.

—Quién fue es importante, por supuesto que es importante.

Cisne dio un paso hacia atrás para esquivar las caricias de Mario.

—Quién fue no es importante —reiteró.

Mario continuó observando el cuello de Cisne, como si su rojez

fuera una ofensa que solo él pudiera vengar.

—Cuando nos conocimos, tu nombre era otro —dijo por fin el chico al cabo de unos segundos interminables.

—He tenido muchos nombres. El que me puso mi madre nunca me gustó.

—El mío tampoco me gusta porque me recuerda a mi padre. Me gustaría que me dieras uno nuevo —propuso Mario.

—¿Un nombre nuevo?

—Uno acorde con los vuestros. Quiero que elijas para mí el nombre de una constelación.

Cisne alzó la mirada al cielo, aunque aún faltaban varias horas para que anocheciera, para que pudieran verse las estrellas.

—Cefeo —murmuró.

—Cefeo suena igual que el nombre de un villano.

—Cefeo fue el marido de la vanidosa reina Casiopea, pero más importante aún, es uno de los conjuntos de estrellas más cercanos a la constelación del Cisne.

—Cefeo —repitió Mario como si estuviera saboreando el nombre, como si cada una de sus letras supiera a chocolate.

Cisne, de pronto, desvió la mirada hacia un punto por encima del hombro de Mario.

—El hijo pródigo regresa a casa —dijo con sorna.

—Cada vez que ves un perro abandonado, no puedes resistir la tentación de rescatarlo —prorrumpió Orión cuando estuvo suficientemente cerca como para que pudieran oírle.

—¿Quieres que me ponga a ladrar? —dijo Mario sin dar la impresión de sentirse ofendido.

Cisne intuía dónde había estado Orión hasta ahora, podía oler el perfume de niña bien de Gloria, que había quedado adherido a su cuerpo como una segunda piel.

—¿Has pasado un buen rato con la mosquita muerta? —preguntó antes de dirigirse a Mario—. Cefeo, ¿puedes dejarnos a solas un momento?

—Un perro fiel siempre obedece a su amo —dijo Mario con un guiño antes de marcharse.

—¿Qué Cefeo ni qué narices? —soltó Orión sin dejar de observar a Mario, que parecía estar encaminándose al bar—. Es el hijo del hombre que estuvo a punto de matarte. ¿Cómo puedes fiarte de él?

—Mírame —exigió Cisne.

Orión acató la orden, aunque no sin cierta reluctancia. Cisne alargó el cuello, movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Mírame —volvió a exigir.

—Eso hago, mirarte —objetó Orión con cara de no entender nada.

Cisne nunca había perdido la paciencia con Orión, pero, por

primera vez, sintió la tentación de pegarle un bofetón para borrar su cara de engreído.

—Me miras, pero no me ves —acusó a Orión—. Mientras estabas revolcándote con esa mosquita muerta, Honorio me atacó. —Cisne señaló su cuello—. El desgraciado casi me estrangula.

Cuando, esta vez sí, Orión vio las marcas de su cuello, su expresión cambió por completo.

Orión dio un paso hacia ella, quizás con la intención de abrazarla. Cisne, sin embargo, retrocedió porque no estaba segura de poder soportar el perfume de Gloria.

—Estamos jugando con fuego —declaró Orión—. Marchémonos ahora mismo, sin dilación.

—El fuego está controlado, ¿qué temes?

—¿Crees de veras que está controlado, que no nos abrasará, que no nos calcinará hasta que solo queden nuestros huesos?

—Honorio me dará el dinero mañana mismo.

—¿Mañana?

—El maldito intentó estrangularme, así que, como castigo, adelanté el plazo. Un día, solo tenemos que esperar un día. ¿Qué puede ocurrir durante las pocas horas que quedan?

—Muchas cosas —dijo Orión sin dejarse convencer.

—Cuando nos marchemos con más dinero del que nunca hemos soñado, volveremos a ser los dos solos contra el resto del mundo.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa. —Cisne sonrió mientras hacía un gesto con el dedo índice, una invitación para salvar la distancia entre los dos—. ¿Me das un beso? —pidió.

Orión aceptó la invitación. Con un brazo, rodeó la cintura de Cisne antes de darle un beso impetuoso de lenguas enredadas.

—Odio que huelas a otra mujer —susurró ella.

—Mira quién habla. Hace tiempo que he tenido que acostumbrarme a que seas tú quien huela a otros hombres.

Cisne introdujo una mano por debajo de la camiseta de Orión para acariciarle el pecho surcado de cicatrices. Una vez intentó contarlas, pero enseguida perdió la cuenta. Orión siempre había sentido vergüenza de ese mapa de quemaduras con forma redondeada. «Muéstralas con orgullo, son la prueba de que eres un superviviente», había aconsejado ella cuando vio al chico desnudo por primera vez.

Orión volvió a besarla con la misma vehemencia de antes.

—Los dos solos contra el resto del mundo —dijo ella.

—Los dos solos contra el resto del mundo —repitió él.

28 ORIÓN, VERANO DE 1999

Hacía tiempo que Orión no dormía la siesta. Cuando era niño, dormir la siesta era peligroso porque su madre solía llegar a casa alrededor de las tres de la tarde, después de ocho horas envasando huevos. La fábrica donde trabajaba, según los panfletos promocionales, envasaba doscientos mil huevos cada hora. Más de una vez, cuando entreabría los ojos porque había oído un ruido, su madre estaba observándolo de pie al lado de la cama, con un cigarrillo entre los labios. Con las cortinas echadas, el cigarrillo encendido era el único punto de luz. «Grita si duele», mascullaba su madre mientras apagaba el pitillo contra la piel de su pecho. Orión había aprendido que gritar solo empeoraba las cosas, que era preferible callar, incluso morderse el labio inferior hasta hacerse sangre.

Hacía tiempo, por tanto, que no dormía la siesta, es verdad, pero ese día no pudo resistir la tentación de echarse un rato pese a que el interior de la furgoneta era un horno. Como cuando era niño, abrió los ojos, sobresaltado, sin saber si había estado durmiendo un minuto o una hora. Como cuando era niño, descubrió que alguien estaba observándolo, aunque no de pie, sino de rodillas junto al colchón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Gloria, que estaba contemplándolo casi sin parpadear. Con el vestido blanco que tenía puesto, parecía una novia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez —dijo ella.

Orión suspiró antes de sentarse con las piernas cruzadas.

—Ha sido menos de un día —enfatizó con voz impaciente porque otros asuntos más urgentes ocupaban su cabeza, como el hecho de que el plazo que Cisne había dado a Honorio expirara esa misma noche.

Miró a su alrededor. Cisne, que hacía un rato estaba hojeando una revista de peluquería con los pies puestos sobre el salpicadero, había desaparecido. Quizás no soportase el calor agobiante que hacía dentro de la furgoneta. O, quizás, había ido a leer a otro sitio más fresco.

—Un día sin verte es una tortura —afirmó Gloria.

—Márchate antes de que Cisne regrese —rogó Orión.

—Cisne acaba de irse acompañada por el senderista que conocimos el otro día.

—¿Estabas vigilándonos?

—Quería asegurarme de hablar contigo cuando estuvieras solo.

Gloria inclinó el cuerpo hacia delante para besar a Orión, pero el

chico apartó la cabeza de inmediato.

—Márchate —volvió a pedir él—, aunque hazme un favor, ¿vale? —Orión sacó un casete de debajo del colchón, el mismo que estaban usando para chantajear a Honorio—. Guarda este casete, por ejemplo, con las herramientas que empleas para tus manualidades, pero prométeme que no escucharás su contenido. Esta noche o mañana a más tardar iré a tu casa a recogerlo.

Orión había concluido que el escondite más seguro era uno fuera del alcance de Honorio, como el dormitorio de Gloria.

—Cisne no es tu hermana, ¿verdad? —dijo Gloria después de guardar el casete dentro de su mochila—. Un hermano nunca besaría a su hermana con lengua.

—Entonces sí que has estado vigilándonos.

Orión sintió un estremecimiento: el día anterior, cuando besó a Cisne, Gloria había estado acechándolos.

Gloria intentó darle un beso de nuevo, pero una vez más, sin éxito. Orión retrocedió hasta casi el borde del colchón.

—Me dijiste que me querrías siempre —susurró Gloria, que estaba parpadeando para evitar llorar—. ¿O acaso me mentiste para acostarte conmigo? Mis padres tampoco me quieren, sé que preferirían a una hija que no fuera defectuosa.

—Conozco más padres malos que buenos.

—¿Me quieres? —preguntó Gloria.

—Claro que sí —contestó Orión con la misma deshonestidad del día anterior, más que nada para calmar a la joven.

—¿Me querrás también mañana, el mes que viene, dentro de diez años?

—Quién sabe qué ocurrirá mañana, el mes que viene o dentro de diez años. —Orión cerró el puño para abrirlo a continuación, como si estuviera imitando un cohete cuando explota—. El amor, igual que aparece, desaparece.

—¿Me quieres más o menos que a Cisne? —insistió Gloria.

—Mi amor por Cisne es diferente. Me cuesta imaginar que pueda querer a alguien más que a ella o que algún día deje de quererla.

Gloria sacó un cúter de la mochila donde había guardado el casete.

—¿Qué vas a hacer con eso? —quiso saber Orión, que reconoció el cúter, el mismo que la joven usaba para sus manualidades.

Gloria, sin responder, hizo un corte de un extremo a otro de su muñeca, como si su piel fuera una cartulina.

—Me merezco que me quieran mañana, el mes que viene, dentro de diez años. Me merezco que me quieran siempre —murmuró mientras empezaba a brotar sangre de la herida.

Orión intentó arrebatarle el cúter. Cuando no pudo, cubrió la muñeca de Gloria con una mano para impedir, de alguna manera, que

brotara más sangre. Gotas rojas habían comenzado a empapar el colchón.

—Me merezco que me quieran siempre —repitió Gloria que, ahora sí, estaba llorando a moco tendido—, pero tú no me quieres.

Hilillos de sangre caliente, espesa, viscosa, escapaban entre los dedos de Orión.

—Mi madre no me quiere, mi padre no me quiere, mi abuela no me quiere, tú no me quieres, nadie me quiere —continuó diciendo Gloria—. Mi único consuelo hasta el momento ha sido inventarme un novio con el rostro de mi actor favorito, pero ¿cuál es el valor de una fantasía?

Orión recordó el cuarto de Gloria, el póster de aquel actor famoso con el rostro pintarrajeado.

Gloria continuó llorando sin prestar atención a nada más. Entretanto, Orión buscó con la mirada algo, cualquier cosa, que pudiera usar para vendar el corte.

—Un día alguien va a darte el amor que mereces —procuró consolar a Gloria sin soltar su muñeca.

—Me hubiera gustado que tú fueras ese alguien, pero no va a poder ser, ¿verdad?

Orión miró a Gloria mientras un silencio igual de pegajoso que la sangre caía sobre los dos. ¿Qué más podía decir que no sonara falso?

Gloria, de pronto, cortó una taja de un lado a otro del cuello de Orión con el cúter, como si dibujara una sonrisa con un rotulador. Un chorro de sangre salpicó su vestido blanco.

Orión, de primeras, no sintió nada, quizás por la sorpresa, quizás porque aún estaba buscando las palabras correctas para confortar a Gloria; no sintió nada al principio, pero enseguida un dolor atroz empezó a propagarse desde su cuello hasta otras partes de su organismo, un dolor que ofuscó su mente, que nubló su vista, que paralizó sus cuerdas vocales hasta el punto de que no pudo emitir más que unos quejidos lastimeros.

Como había hecho con la muñeca de Gloria, intentó cubrir la herida de su cuello con las manos. Cuando no tuvo ni fuerzas para eso, dejó caer los brazos a los lados, hasta descansó su cabeza sobre el pecho de la joven.

Cada vez más sangre empapaba el colchón, sangre de Gloria pero, sobre todo, de él. Orión cerró los ojos porque el color encarnado era tan intenso que deslumbraba. ¿Cómo era posible que sintiera frío cuando, hasta hace poco, el interior de la furgoneta había sido un auténtico horno? Colocó las manos sobre los hombros de Gloria para ponerse de pie, pero tuvo que volver a sentarse.

Gloria, que no había parado de llorar, balbució algo que Orión no consiguió entender.

Continuaron así durante unos segundos, unos minutos o, incluso, unas horas, porque Orión había perdido la noción del tiempo.

Él sentado; ella de rodillas.

Él con la cabeza recostada contra el pecho de ella; ella acariciándole la espalda.

Contó hasta cinco. Cuando acabó, contó de nuevo, pero era incapaz de concentrarse. ¿Qué número iba después del tres?

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba acostado bocarriba sobre el colchón, con una manta de flecos que cubría su cuerpo entero, desde los pies hasta casi la nariz. Cerró de nuevo los ojos porque era incapaz de reunir las energías necesarias para mantenerlos abiertos.

¿Quién estaba a su lado cantándole una nana? «Ojalá que quien está cantando sea mi madre», pensó, aunque era un deseo imposible porque no podía imaginarse a su madre cantándole una nana, solo apagando cigarrillos contra su torso.

—Cisne —susurró, convencido de que si no era su madre quien estaba cantando, debía de ser Cisne—, no pares de cantar —pidió con urgencia porque, igual que no podía abrir los ojos para ver, temía que, pronto, tampoco pudiera ser capaz de oír. Una cosa que sabía era que los muertos ni veían ni oían.

29 GLORIA, VERANO DE 2019

Quienquiera que estuviese intentando abrir la puerta no parecía haberse dado cuenta de que su llave no funcionaba.

—Habrá que averiguar quién es —dijo Cefeo.

—¿Quieres que abra? —preguntó Gloria sin poder ocultar su sorpresa.

—Claro, me muero por saber qué está pasando.

Gloria empujó la silla hacia atrás para levantarse.

—¿Quién es? —preguntó cuando alcanzó la puerta.

Había encendido todas las luces a su paso: los candelabros de techo del salón, la lámpara de pie junto al sillón de orejas, el plafón del recibidor.

—¿Quién es? —volvió a preguntar, pero la persona al otro lado continuó intentando girar la llave sin dignarse a responder.

—¿Qué esperas para abrir? —apremió Cefeo que, como no podía ser de otra manera, había seguido sus pasos.

Gloria abrió la puerta con manos sudorosas, pero soltó un suspiro de alivio cuando el plafón del recibidor iluminó un rostro avejentado.

—Mamá —gritó una voz proveniente del hueco de las escaleras.

—Hija —exclamó la anciana que había intentado abrir la puerta—, mi llave no funciona.

Gloria, por supuesto, reconoció a la anciana que solía regalarle caramelos cuando era niña.

Una mujer descendió el último tramo de escaleras con un albornoz atado a la cintura. Gloria hizo memoria, pero no consiguió acordarse del nombre de ninguna de las dos, como si la presencia de Cefeo a su espalda hubiera electrocutado su cerebro.

—¿Cómo va a funcionar si esa no es nuestra puerta? —exclamó la mujer del albornoz antes de agarrar a su madre por el codo. El pelo de la mujer estaba goteando, como si acabara de salir de la ducha—. Mi madre, a veces, no recuerda ni dónde vive —explicó a Gloria—. Cuando me despisto, aprovecha para escaparse, pero después no sabe cómo regresar a casa. Me temo que no es la primera vez que intenta abrir la puerta de un vecino pensando que es la nuestra. Hace una semana estuvo deambulando por el edificio hasta las tantas. Cualquiera sabe cuántas puertas probó a abrir. Una de las vecinas de la novena planta llamó al 112 porque creía que un ladrón estaba forzando su puerta.

Gloria calculó cuántos días habían transcurrido desde la noche que

arrastró el sillón favorito de su padre hasta la puerta. Un sillón que, como había podido comprobar, no estaba diseñado para dormir. Hacía una semana de ello, ¿verdad? ¿Había sido su vecina quien, esa noche, había estado hurgando su cerradura?

Quizás porque Gloria continuaba sin decir nada, la mujer del albornoz frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó mientras miraba por encima del hombro de Gloria, hacia el interior del piso. Cuando descubrió la presencia de Cefeo, dio un respingo—. Qué vergüenza aparecer con estas pintas delante de un extraño —añadió antes de recolocarse el albornoz—. Mamá, abróchate bien la bata —amonestó a continuación a su madre porque, entre los botones mal abrochados podía verse el puente de su sujetador, de color carne.

Cefeo dio un par de pasos hacia la puerta, hasta colocarse al lado de Gloria.

—Mi amigo estaba a punto de irse —murmuró Gloria.

—Me quedaré un rato más porque no hemos acabado de hablar de nuestros asuntos —intervino Cefeo con esa sonrisa que Gloria había empezado a temer—. Ha sido un placer conoceros —dijo a las dos vecinas para indicarles que era hora de que regresasen a su casa.

—Gloria, ¿estás bien? —volvió a preguntar la mujer del albornoz, que no parecía estar dispuesta a irse sin obtener una respuesta.

Cefeo giró la cabeza para acercar su boca a la oreja de Gloria.

—Me imagino que no querrás desempolvar tus trapos sucios delante de tus vecinas —susurró.

Gloria sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo de arriba abajo. Cualquier brizna de esperanza que hubiera podido germinar dentro de ella había sido pisoteada por las palabras de Cefeo.

—Me encuentro perfectamente —aseguró a la mujer del albornoz.

Cefeo cerró la puerta, pese a que daba la impresión de que la mujer del albornoz estaba a punto de decir algo.

—Qué visita más inoportuna. —Cefeo rodeó los hombros de Gloria para obligarla a regresar a la cocina—. ¿Quieres que ponga otra cafetera al fuego?

Gloria, sin embargo, no permitió que sus piernas dieran ni un paso.

—¿Qué garantía tengo de que no me harás daño después de decirte dónde está ese casete que buscas?

—Gloria, Gloria, Gloria —canturreó Cefeo—, pese a las ilusiones que puedas haberte creado, no eres ni nunca serás el amor de mi vida. Una vez que me des el casete, me olvidaré incluso de que existes. ¿Qué motivo tendría para hacer daño a alguien que ni siquiera recordaré una vez que me marche de esta isla?

—El casete no está aquí —mintió Gloria.

Cefeo sacó un objeto de uno de los bolsillos traseros de su pantalón

vaquero. Gloria reconoció de inmediato el cúter de precisión que usaba para sus manualidades.

—¿Me estás mintiendo o diciendo la verdad? —Cefeo sacó la funda de plástico que cubría el cúter—. Con una cuchilla como esta no sería difícil cortarle el cuello a alguien. —El hombre hizo el gesto de cercenarse su propia garganta con el afilado instrumento.

Gloria no podía apartar la mirada del cúter. Como si fuera un péndulo que un hipnotizador estuviera haciendo oscilar delante de sus ojos.

Cefeo acercó el cúter a Gloria.

—¿Me vas a decir dónde has escondido el casete? —insistió.

Gloria negó con la cabeza, pese a que el cúter estaba a pocos centímetros de su propio cuello. Había sido testigo de cuán peligroso podía ser un instrumento como ese, con el que uno podía cercenar una garganta de lado a lado como si fuera mantequilla. ¿Cómo olvidarse del torrente de sangre que había brotado del cuello de Orión para discurrir, a continuación, por el mango del cúter, entre sus dedos, hasta manchar su vestido de color blanco, su vestido favorito? Habían transcurrido veinte años desde entonces, pero aún podía saborear la sangre, igual que si tuviera la boca llena de monedas calientes.

—Eres una chica lista: crees que estarás a salvo mientras conserves el casete, mientras seas la única que sabe dónde está escondido. ¿Hacemos un trato? —Cefeo rozó el cuello de Gloria con la punta del cúter sin ejercer presión.

Cuando Gloria no respondió, el hombre apretó un poco más el cúter contra su cuello. Esta vez, Gloria emitió un sí humedecido por las lágrimas que habían empezado a brotar de sus ojos.

—El trato que quiero hacer contigo es el casete a cambio de tu vida. Chica lista, ¿aceptas o no el trato?

Gloria emitió un sí aún más lacrimoso que el anterior.

—¿Cuál es el motivo por el que quieres ese casete? —consiguió preguntar cuando Cefeo apartó el cúter de su cuello.

—Me hace falta para chantajear a alguien. El próximo domingo regresaré más o menos a esta hora para que me des el casete. Compra también otra marca de café para que podamos cerrar nuestro trato de manera satisfactoria. Como señal de mi sinceridad, aquí tienes la llave que usé para entrar. —Cefeo dejó su copia sobre el mueble del recibidor, al lado del cenicero con el resto de las llaves—. La cerradura es nueva, así que sería una pena que tuvieras que volver a cambiarla. Me quedo, eso sí, con el cúter —añadió mientras cubría el instrumento con su funda de plástico—. He estado indagando acerca de tu vida. Mi más sincero pésame por el trágico fallecimiento de tus padres, pero permíteme hacerte una pregunta: su muerte, ¿fue de veras un accidente?



Cefeo abrió la puerta para marcharse sin esperar a oír la respuesta de Gloria.

30 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria, después de cerrar la puerta con dos vueltas de llave, corrió hacia su dormitorio, aunque a medio camino tuvo que parar porque, de pronto, sintió náuseas. El hilo de vómito que trepó por su garganta sabía a café. ¿Qué importaba que fuera bueno o malo? Café era café, ¿sí o no? Miró a su alrededor, a los cristos que estaban observándola con condescendencia, a las vírgenes que sentían vergüenza de ella, a los santos que estaban riéndose a carcajadas de sus penurias.

El cuarto de sus padres estaba cerrado, como había estado desde el accidente. Gloria agarró el picaporte de la puerta, indecisa. Hasta que no inspiró dos veces no reunió el coraje suficiente para entrar. ¿Esperaba acaso que hubiera cambiado algo? Una cama de matrimonio vestida con una colcha de ganchillo; dos mesillas de noche que Gloria no sabía si eran de caoba o de teca, cada una con un crucifijo de bronce; un tocador con un espejo; un armario de cuatro hojas a juego con el resto de los muebles. El cuarto olía a polvo acumulado durante meses.

Gloria volvió a cerrar la puerta antes de continuar hacia su dormitorio. Encendió el plafón del techo, el flexo de su escritorio, hasta enchufó las luces navideñas que su madre solía usar para adornar el árbol, pero que ahora ella había colgado de una de sus repisas.

Con las luces encendidas, sintió que las náuseas que había sentido comenzaban a remitir. Quizás no supiera qué hacer a continuación, pero el primer paso era, sin duda, ganarle la batalla a la oscuridad, expulsar a las sombras de su dormitorio.

El cuarto estaba revuelto: el contenido del armario estaba esparcido por el suelo, los cajones estaban abiertos, el colchón estaba vuelto del revés, la silla de su escritorio estaba echada hacia atrás. El escritorio estaba igual de desordenado que siempre, pero entre las herramientas que empleaba para sus manualidades había un hueco donde antes estaba su cúter de precisión.

Con trepidación, descolgó el cuadro colgado sobre el cabecero de la cama, con un cristo crucificado. El alivio que sintió nada más ver el casete, que estaba aún pegado a la parte de atrás con cinta aislante, fue demoledor. Cefeo no había encontrado el casete, solo había tenido tiempo de poner parte de su dormitorio patas arriba.

Gloria abrió la pletina de su minicadena para introducir el casete.

Cuando presionó el botón de reproducir, la misma voz masculina

de siempre escapó por los altavoces del aparato:

«—¿Cuándo cumples dieciocho años?».

Había escuchado esa conversación cuantiosas veces, pero esta vez hizo algo diferente, esta vez presionó el botón para hacer avanzar el casete.

«—Conmigo a tu lado, no tienes por qué temer a la oscuridad», dijo la misma voz de antes cuando presionó, una vez más, el botón de reproducir.

Habían ido a la playa, recordó Gloria. Orión, que acababa de darse un chapuzón, había dicho esas palabras antes de acostarse sobre la arena negra sin toalla ni nada.

Gloria nunca había escuchado el resto de la grabación. Quizás fuera una necedad, una presunción que desafiaba cualquier lógica, pero mientras no escuchara hasta el final, podría convencerse a sí misma de que su historia con Orión aún estaba inacabada, de que aún existía la posibilidad de un desenlace feliz.

Hizo avanzar el casete unos segundos más antes de volver a presionar el botón de reproducir.

«—Como acabo de decirte, quiero que cumplas tu sueño», dijo un hombre con una voz grave que no reconoció.

«—¿Qué contiene?».

Gloria sí reconoció esta segunda voz, que pertenecía a Cisne. Una voz que, veinte años más tarde, aún constituía la banda sonora de sus pesadillas.

«—Un préstamo, porque creo que serías una excelente peluquera», contestó el hombre.

«—Un préstamo —repitió Cisne—. Espero que los intereses no sean demasiado altos. ¿Cuándo quieres que empiece a pagar las cuotas mensuales?».

El único sonido que pudo oír a continuación fue una serie gemidos de placer provenientes, supuso, del hombre que había estado hablando con Cisne hasta ese momento. Gemidos que enseguida estuvieron acompañados por los de ella, tan exagerados que solo podían ser fingidos.

Gloria hizo avanzar el casete unos segundos más. ¿Quién era ese hombre con el que Cisne había mantenido una relación? ¿Un vecino de Chamorga?

Cuando volvió a presionar el botón de reproducir, era Cisne quien estaba hablando una vez más.

«—¿Quieres o no quieres ser libre para estar conmigo?».

«—Quiero ser libre», respondió un hombre con la misma voz grave de antes.

«—¿Qué tienes que hacer para serlo?».

«—Matar a mi madre».

El hombre dijo algo más, pero sus palabras eran casi inaudibles porque estaba gimoteando.

«—¿Has matado a tu madre? —preguntó Cisne después de unos segundos interminables durante los cuales solo podían oírse los sollozos del hombre—. Contéstame».

«—He matado a mi madre», reconoció el hombre.

Gloria detuvo la grabación.

Cefeo había confesado que necesitaba el casete para chantajear a alguien. ¿Querría extorsionar a este hombre que había matado a su madre? Gloria no recordaba que hubiera fallecido ninguna vecina ese verano. Marlene, que estaba al tanto de todo, sabría si había muerto alguien del caserío.

Gloria rebobinó apenas el casete.

«—¿Has matado a tu madre?», preguntó de nuevo Cisne.

Una, dos, tres, diez veces volvió a rebobinar el casete hasta ese mismo punto.

«—¿Has matado a tu madre?».

«—¿Has matado a tu madre?».

«—¿Has matado a tu madre?».

Chorros de sudor bajaban por su espalda, entre sus pechos, habían empapado sus axilas. Comenzó a desabrocharse los botones de su blusa, que estaba sudada, pero el bolso, que aún llevaba cruzado sobre el pecho, dificultó la tarea. Colgó el bolso del respaldo de su silla antes de terminar de desabrocharse la blusa.

El casete no era el único objeto pegado a la parte de atrás del cuadro. Gloria despegó una foto con las esquinas dobladas. Había sido ella misma quien había sacado esa foto de un hombre joven al lado de una mujer también joven. Él rubio, ella morena. Él con la piel blanca, ella con la piel tostada. Como fondo, una espesura de un verde deslumbrante que a duras penas camuflaba el orificio de una sima. ¿Cuál era la identidad del cadáver que habían encontrado después de veinte años?

—Orión, si es tu cuerpo el que hallaron dentro de esa maldita sima —susurró para sí—, ¿has estado rodeado de oscuridad todo este tiempo?

Con solo el sujetador puesto, caminó hacia la ventana, que estaba abierta, agradecida, por una vez, del frescor que solo la noche podía proporcionar. Como era habitual, el aire estaba embadurnado con el hedor de la refinería.

Gloria contempló el parque infantil que estaba frente a su portal, sin niños a esa hora porque estarían cenando, duchándose o poniéndose el pijama para irse a dormir. Cuando era niña, no podía acostarse hasta no rezar, de rodillas delante de la cama, con las manos juntas. Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos guardan mi

alma.

Un hombre estaba de pie cerca de los columpios, pero no pudo reconocer quién era porque la luz de las farolas era demasiado escasa. El hombre parecía estar mirando hacia arriba, hacia su ventana de la planta undécima. Gloria dio un paso hacia atrás para ocultar su semidesnudez, pese a que no creía posible que pudieran verla desde tan lejos.

Unos pitidos escaparon de su bolso.

Cuando sacó el teléfono móvil del interior del bolso, desbloqueó la pantalla para leer los tres mensajes de texto que había recibido.

El primer mensaje, apenas visible por culpa de las grietas de la pantalla, decía:

«Veo, veo».

El segundo:

«¿Qué ves?»

El tercero:

«Veo a Gloria más guapa que nunca».

Quien había enviado estos tres mensajes era Omar.

Gloria volvió a mirar a través de la ventana, hacia el parque infantil. El hombre de antes, con el rostro iluminado por la pantalla de un teléfono móvil, estaba saludándola con una mano.

31 GLORIA, VERANO DE 2019

Unos minutos después de recibir estos mensajes de texto, sonó el portero automático. Una, dos, tres, cinco veces, con el empecinamiento demoledor de una tromba de agua.

—Mira que eres pesado, Omar —mascullé Gloria mientras volvía a ponerse la misma blusa sudada que acababa de quitarse. Había concebido, sin embargo, un plan que precisaba la colaboración de su exnovio.

Como había hecho antes de abrir el cuarto de sus padres, inspiró dos veces. Más calmada, deshizo el camino hacia el recibidor. Escuchó unos segundos con la oreja pegada a la puerta para asegurarse de que no hubiera nadie al otro lado.

Hizo girar la llave, abrió la puerta, encendió las luces de las escaleras, pulsó el botón para llamar el ascensor.

Había oído que existían ascensores que podían subir hasta la última planta de un rascacielos a una velocidad de cerca de ochenta kilómetros por hora. Menos de un minuto desde la planta baja hasta la más alta.

El ascensor de su edificio descendió hasta el vestíbulo a una velocidad muchísimo menor. Olía a sopa de pollo, pero no a sopa casera, sino de sobre, de esas que solo precisan verter el contenido dentro de un litro de agua a punto de hervir.

Gloria cruzó el vestíbulo desde el ascensor hasta el portal que, por una vez, estaba cerrado.

Cuando abrió la puerta, Omar dio un respingo, con el dedo aún pegado al botón del portero. Gloria volvió a sorprenderse de cuán redondo era su rostro, hasta el punto de que daba la impresión de que había sido dibujado con un compás.

Omar debía de venir del gimnasio, porque iba vestido con ropa de deporte: camiseta sin mangas, pantalones cortos, calcetines hasta media pierna, zapatillas deportivas. Como solía decir, igual que ella nadaba, él hacía pesas para matar el nervio.

—¿Qué quieres? —preguntó Gloria mientras sujetaba la puerta con una mano, sin dar un paso fuera del portal. Más allá del círculo de luz que creaba el plafón del portal, no existía nada más que oscuridad.

—¿Has venido a abrirme porque tu portero está roto? —quiso saber Omar sin contestar a su pregunta.

—He venido porque no pienso invitarte a mi casa; prefiero hablar contigo aquí.

Omar soltó un suspiro.

—Esta mañana tuve la prueba de conocimiento. El cuestionario me salió bien, o al menos eso creo, pero la prueba de idiomas no era nada fácil. El inglés nunca ha sido mi punto fuerte. Me darán los resultados dentro de unos días. Con suerte, me verás pronto con el uniforme de policía. —Cuando Gloria no dijo nada, continuó hablando—. Me rompe el corazón saber que sí invitas a ese fulano pelirrojo a tu casa, pero a mí, sin embargo, no me dejas pasar más allá del portal.

Gloria sintió cómo su blusa volvía a pegarse a su cuerpo igual que si fuera una segunda piel. Miró hacia arriba. Muchas de las ventanas del edificio de enfrente estaban abiertas para dejar entrar el frescor nocturno. Escuchó la melodía de cabecera de su concurso favorito, proveniente de una de las ventanas del primer o segundo piso.

Omar aprovechó ese preciso momento para intentar besarla.

Gloria dio un paso hacia atrás antes de que los labios del hombre rozaran los suyos, pero al diablo con todo; si quería que Omar fuera su aliado, no iba a tener más remedio que ofrecerle algo a cambio.

—Un policía nunca pegaría una paliza a nadie, ¿verdad? —murmuró mientras entrelazaba los dedos de su mano libre con los de la mano izquierda de su exnovio.

Había sentido una gran desilusión cuando las manos de Omar habían acariciado su cuerpo por primera vez. Unas manos sin callos, pertenecientes a alguien que nunca había tocado un instrumento de música ni usado un martillo con frecuencia. Hubiera preferido que fueran ásperas, que rasparan su piel igual que una lija. ¿Cómo habían sido las manos de Orión? ¿Habían sido suaves o rugosas? Existen memorias que no sobreviven al paso del tiempo.

Omar contempló el rostro de Gloria con detenimiento antes de desviar la mirada a la unión de sus manos.

—Un policía nunca pegaría una paliza a nadie, es verdad —repitió con lentitud.

—Hasta que no apruebes las oposiciones, no eres policía.

Omar alzó de nuevo la mirada hacia el rostro de Gloria, como si por fin hubiera dado con la clave para descifrar el verdadero significado detrás de las palabras de su exnovia.

—¿Quién es el sinvergüenza que necesita recibir una paliza?

—Cefeo —susurró Gloria.

—¿Cefeo es el fulano pelirrojo?

Gloria asintió con la cabeza antes de besar los nudillos de Omar.

—Me está acosando, pese a haberle dicho que no quiero volver a salir con él —explicó, una verdad seguida de una mentira.

—Cuando nos vimos el otro día, ¿dije o no dije que ese tío me daba mala espina, que no era de fiar? —Omar frunció el ceño con indignación, como si su propio comportamiento no fuera igual de

condenable, él, que no entendía que no es no—. Más que pegarle una paliza, sería mejor que pusieras una denuncia.

Gloria no podía denunciar a Cefeo. ¿Qué ocurriría si un policía avezado tiraba del hilo, si empezaba a sospechar de ella? Habían encontrado un cadáver, eso habían dicho las noticias. Gloria recordaba aún el día que habían ido a visitar la sima cerca de Chamorga, ese verano antes de su primer año de universidad. El pozo volcánico era imposiblemente profundo, henchido de una oscuridad que parecía estar a punto de desbordarse.

—¿Crees que me van a hacer caso sin pruebas? —argumentó mientras besaba los nudillos de Omar una vez más—. Hasta que no me deje malherida o, peor, me mate, nadie va a hacer nada. Conozco de sobra a los hombres como Cefeo. Hombres cobardes que solo saben meterse con los más débiles, pero que salen corriendo con el rabo entre las piernas cuando tienen que enfrentarse a alguien más fuerte.

Omar miró de nuevo a Gloria, esta vez como si, después de haber dado con la clave para descifrar sus palabras, supiera que, con ella, con esta clave, podría además abrir el cofre del tesoro.

—¿Qué premio me darás? Hacer eso que me pides, darle una paliza a Cefeo, asustarlo para que deje de molestarte, merece un premio, ¿sí o no?

—¿Qué premio quieres?

—Quiero que vuelvas a ser mi novia.

Gloria desvió la mirada de Omar al suelo porque tuvo la impresión de que el círculo de luz a sus pies estaba decreciendo. Como si la oscuridad pretendiera colarse por la puerta semiabierta del portal con la intención de envolverla igual que un sudario.

—Cefeo suele ir a nadar a la piscina municipal por las mañanas —dijo a sabiendas de que, con esta declaración, aceptaba la condición impuesta por Omar.

—Me aseguraré de que no vuelva a acosarte —prometió su exnovio.

Gloria soltó la mano de Omar porque, de pronto, una mujer rubia emergió de la oscuridad para compartir el círculo de luz con ellos dos. Conocía a la mujer: era la madre de la niña con coletas que, el otro día, había cantado a su hija «sana, sana, colita de rana».

La mujer dio una última calada al cigarrillo que estaba fumando antes de tirarlo a una papelera.

—¿Entras? —preguntó Gloria.

Cuando la mujer asintió con la cabeza, Gloria abrió más la puerta para permitirle acceder al vestíbulo.

Omar, por su parte, dio un paso hacia atrás para apartarse.

—Un trato es un trato —señaló antes de darse la vuelta para partir.

—¿Es tu novio? —preguntó la mujer una vez que la oscuridad

devoró a Omar—. Un hombre persistente. Menos mal que viniste a hablar con él, porque si no hubiera desgastado el botón del portero.

Gloria siguió los pasos de la mujer hasta el ascensor.

—Hace solo una semana que me mudé —contó la mujer—, pero cada día tengo más claro que este edificio es cualquier cosa menos aburrido.

—Eso explica por qué no sabía que éramos vecinas. El otro día vi cómo consolabas a tu hija después de caerse. Eres una buena madre.

La mujer soltó una carcajada.

—Quiero a mi hija con locura, pero a veces, cuando salgo a fumarme un cigarrillo, como esta noche, me pregunto qué ocurriría si me marchara sin decir adiós. Una vez que me fumo el cigarrillo, sin embargo, siempre regreso a casa. ¿Quién si no va a cuidar de ella? ¿Mi exmarido, que prefiere emborracharse con su grupo de amigos a ver a su hija?

Cuando el ascensor empezó a subir, la mujer sacó un paquete de chicles de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero.

—¿Quieres uno? —Cuando Gloria negó con la cabeza, la mujer desenvolvió uno de los chicles—. Mi hija odia el olor a nicotina, así que siempre masco uno después de fumar.

—Quizás deberías plantearte dejar el tabaco.

—Quizás, pero espero que mi hija comprenda que no puedo sacrificarlo todo por ella.

Gloria estuvo tentada de gritarle a la mujer que un padre debería sacrificarlo todo por sus hijos, que su único deseo había sido ser el primer amor de sus padres, por encima de cualquier otra cosa. Estaba a punto de cumplir cuarenta años, pero ¿cuáles eran sus logros? Un casete que no quería volver a escuchar. Una foto que hubiera debido quemar hacía años. Un café que no creía ser capaz de beber de nuevo. Cuando abriera la puerta de su piso de la undécima planta, nada más estaría esperando por ella.

32 GLORIA, VERANO DE 2019

Los altavoces anunciaron que los filetes de atún estaban rebajados. Gloria, sin embargo, no había ido al supermercado a comprar atún. Con la cesta colgada del antebrazo, paseó la mirada por la selección de cafés. Había cafés de distintas variedades, de distintas procedencias, de distintos tuestes. Gloria, que no entendía ni de variedades ni de procedencias ni de tuestes, eligió el paquete más caro.

Hacía dos días desde que Cefeo invadiera su casa, desde que dormía con el casete debajo de la almohada. Cuando era adolescente, solía esconder también debajo de la almohada las revistas que no quería que sus padres descubrieran, con portadas dedicadas a los ídolos del momento, fueran cantantes, actores o meros hijos de famosos. «Esas revistas ensucian la mente», había dicho su madre antes de tirar a la basura un ejemplar que halló entre las páginas de su libro de Matemáticas.

Gloria puso el paquete de café dentro de su cesta con el resto de su compra —una barra de pan, un cartón de leche, una mano de plátanos —, pero volvió a sacarlo de inmediato.

—Cefeo no va a atreverse a molestarme de nuevo, no si Omar cumple su parte del trato —murmuró para sí mientras devolvía el paquete a su sitio, con los demás cafés.

Continuó por el pasillo sin poder deshacerse, sin embargo, de la impresión de que alguien estaba observándola. Miró por encima del hombro: una mujer con leotardos estaba de puntillas intentando alcanzar un paquete de galletas de la estantería más alta. Miró a su derecha cuando llegó al final del pasillo: un hombre con un traje sin corbata empujaba un carro renqueante que solo contenía una botella de vino. Miró a su izquierda: un niño sin uno de los incisivos superiores estaba preguntando a su madre si podía comprar un paquete de chicles con sabor a sandía. Miró de nuevo por encima del hombro: un empleado del supermercado, con un delantal de color verde, estaba preguntándole a la mujer con leotardos qué paquete de galletas quería comprar, que él podía alcanzárselo. Cuando pasó delante de los congeladores, no pudo reprimir un temblor, aunque no sabía si por el frío que emanaba de las cámaras o por el hecho de sentirse observada.

Gloria apresuró el paso hacia una de las cajas vacías, pero tropezó con una mujer que lucía una preciosa melena negra.

—Ha sido culpa mía —murmuró la mujer, que no cargaba ninguna cesta ni empujaba ningún carro, antes de continuar su camino hacia las puertas automáticas del supermercado.

Gloria conocía a esa mujer —el pelo negro, el cuerpo con forma de reloj de arena, el vestido de lunares amarillos que dejaba al descubierto unas estilizadas piernas morenas—, aunque recordaba a alguien más joven.

—Cisne —gritó mientras corría detrás de la mujer de pelo negro.

Una alarma sonó antes de que pudiera alcanzar las puertas automáticas: había atravesado el arco antihurto sin pagar su compra.

Un guardia de seguridad apareció de pronto a su lado.

—Ha de pasar por caja antes de irse —dijo con voz autoritaria.

Gloria soltó la cesta a los pies del guardia.

—Cuídeme la cesta, vuelvo enseguida —pidió antes de salir a la calle.

El calor del exterior, propio de las tardes estivales, fue un choque comparado con el frío artificial del supermercado. Miró por encima del hombro: el guardia de seguridad estaba observándola con la boca abierta, como si aún estuviera procesando qué había ocurrido. Miró a su derecha: un niño de unos cuatro o cinco años daba pedales a una bicicleta seguido de sus padres. Miró a su izquierda: la mujer de pelo negro estaba esperando a que el semáforo para peatones cambiara a verde para cruzar la calle.

Gloria corrió hacia donde estaba la mujer sin atender a su teléfono móvil, que estaba sonando dentro de su bolso.

—Cisne —gritó de nuevo porque la mujer había empezado a cruzar el paso de peatones—, ¿eres real o un fantasma?

Casi sin aliento por culpa de la carrera, puso una mano sobre el hombro de la mujer, que pegó un brinco.

—¿Qué quieres? —exclamó la mujer que, por supuesto, no era Cisne.

El óvalo de su rostro era equivocado. El color de sus ojos era equivocado. El arco de sus labios era equivocado. Gloria no estaba segura de si sentía alivio o desilusión. Como tampoco estaba segura de cuál de esos dos sentimientos hubiera preferido experimentar. ¿Cómo era posible que los sucesos de hacía veinte años aún estuvieran aplastando su pecho hasta el punto de casi impedirle respirar?

Cuando no obtuvo ninguna respuesta por parte de Gloria, la mujer de pelo negro, la mujer con los rasgos equivocados, continuó cruzando el paso de peatones hasta la acera de enfrente.

Gloria siempre había creído que, un día, Cisne regresaría para vengarse. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al cabo de unos segundos porque no quería recordar ni aquella furgoneta verde ni los ojos sin vida de Orión ni sus propias manos manchadas de sangre.

Como tampoco quería recordar que, después de huir de la furgoneta, había corrido a casa de Marlene porque no sabía a qué otro lugar ir. «El baño del fondo está libre», había dicho su amiga nada más verla. Había sido imposible, sin embargo, limpiar la sangre de debajo de las uñas. Gloria, pese a que había prometido a Orión no volver a morderse las uñas, había tenido que hacerlo porque no encontró ni un cortaúñas ni unas tijeras.

El peso del pasado era opresivo. Hubiera querido gritar hasta vaciar el aire de sus pulmones, sin importarle la opinión de la mujer de pelo negro o del resto de los transeúntes. Había regalado a Orión muchos de sus primeros —su primer beso, su primera vez, su primer amor—, pero él no había hecho más que pisotearlos como una colilla.

Un coche hizo sonar el claxon porque el semáforo para peatones había vuelto a ponerse de color rojo.

Gloria retrocedió desde el centro de la calle hasta la acera mientras el teléfono móvil volvía a sonar dentro de su bolso.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que no sentía ganas de llorar porque incluso cuando estaba a oscuras, sabía que bastaba con pulsar el interruptor más cercano para encender una luz. Esta vez, sin embargo, no parecía que hubiera ningún interruptor cerca. Miró por encima del hombro. Miró a su derecha. Miró a su izquierda, pero las lágrimas que brotaban de sus ojos habían empañado sus gafas, hasta el punto de desenfocar la ciudad a su alrededor.

Cuando sacó el teléfono del bolso, dudó si aceptar o no la llamada. ¿Marlene? ¿Qué querría?

—¿Gloria? Menos mal que has contestado —dijo Marlene con voz urgente—. Una pareja de guardias civiles ha estado interrogando a los vecinos de Chamorga, ¿recuerdas? Esta misma mañana vinieron a mi casa —continuó diciendo sin casi respirar—. Me preguntaron si conocí a aquellos dos turistas. Mencionaron unos nombres que no me sonaban de nada, pero las fotos que me enseñaron no daban lugar a dudas, eran ellos. Cisne fue el nombre que nos dio ella, ¿verdad? Un nombre falso, está claro. ¿Cuál era el nombre del chico, que no me acuerdo?

—Orión —susurró Gloria.

—Orión, eso es. Unos nombres tan extravagantes no podían ser verdaderos.

—¿Qué contaste a los guardias civiles?

—¿Qué otra cosa sino la verdad? Que una mañana aparcaron su furgoneta cerca de la ermita. Que tenían pintas de ser de esos espíritus libres que viajan sin rumbo de un sitio a otro. Que un día fuimos de excursión. Que no volvimos a interactuar con ellos. Que varias semanas más tarde desaparecieron sin ni siquiera decir adiós.

—¿Qué más?

—¿Quieres saber si mencioné que desaparecieron un día después de que vinieras a mi casa con tu vestido favorito manchado de sangre? Claro que no, porque una cosa no tiene nada que ver con la otra, ¿cierto?

—Cierto —aseguró Gloria.

—Me pidieron tus datos, así que no tuve más remedio que darles tu dirección. —Marlene hizo una pausa antes de continuar hablando —. He estado dándole vueltas a la cabeza. ¿Crees que es posible que la partida repentina de esos dos turistas esté relacionada con el cadáver que hallaron hace unos días? O, quizás, son imaginaciones mías. Cada dos por tres, un estúpido cae al vacío por asomarse a un precipicio o saltar de un balcón a otro. Caerse a una sima no es descabellado.

Gloria inspiró dos veces, como solía hacer cada vez que debía enfrentarse a una tarea dura.

—El otro día conocí a tus hijos. ¿Cuáles son sus nombres, que no me acuerdo?

—Manuel es el mayor; el pequeño es Emilio —respondió Marlene con voz titubeante, como si no entendiera por qué su antigua amiga había cambiado de tema.

—Charlamos solo unos minutos, pero ese rato fue suficiente para saber que eres una buena madre. —Gloria volvió a inspirar dos veces —. Una buena madre nunca permitiría que algo malo ocurriera a sus hijos, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir?

—Me gustaría creer que me estás halagando por ser una buena madre, porque nadie amenazaría a una amiga con hacerle daño a sus hijos.

Gloria inspiró de nuevo dos veces, no solo para reunir el coraje suficiente para continuar, sino para reprimir las lágrimas.

—Hace muchos años que dejamos de ser amigas —afirmó.

—¿Qué quieres de mí? —gimió Marlene al cabo de unos segundos.

—El día que fui a tu casa con el vestido manchado de sangre, me prometiste que nunca contarías nada a nadie.

—¿Mis hijos estarán a salvo si sigo manteniendo mi promesa?

—Estarán a salvo si no cuentas a nadie que me viste ese día, menos aún a esos dos guardias civiles.

—¿Cómo pude pensar alguna vez que éramos buenas amigas? —gimoteó Marlene.

Gloria pulsó el botón para finalizar la llamada con la certeza de que nunca podría expeler el aire teñido de culpa que henchía sus pulmones.

Mientras hablaba con Marlene, había recibido una llamada perdida de un número desconocido. ¿Quién sería? Casi dejó caer el teléfono al

suelo cuando, a continuación, recibió un mensaje de texto procedente del mismo número.

Gloria dudó si leer o no el mensaje, pero, al final, pulsó la pantalla quebrada de su teléfono para abrirlo.

«Cuando pueda, llámenos. Ha contado más su experiencia previa que sus conocimientos de pesca, así que, si aún está interesada, nos gustaría ofrecerle el puesto de dependienta».

Gloria miró por encima del hombro. Miró a su derecha. Miró a su izquierda sin saber qué hacer, si regresar o no al supermercado para pagar su compra. Miró, por último, al suelo, a la sombra de un flamboyán florido que estaba a punto de besarle los pies. Con un sobresalto, dio un paso hacia atrás para alejarse de la sombra, aun a sabiendas de que, por mucho que corriera, nunca podría escapar de la oscuridad.

Había olvidado preguntarle a Marlene si, ese verano de hacía veinte años, alguien del caserío había muerto de forma sospechosa.

33 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria regresó a casa sin pasar, al final, por el supermercado. El portal de su edificio, como solía ocurrir, estaba abierto. Con el pie, apartó la cuña de madera que alguien había colocado para aguantar la puerta.

Cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, un hombre de uniforme extendió un brazo para sujetarla. Un polo de manga corta con dos tonos de verde. Unos pantalones de color verde oscuro con al menos seis bolsillos. Un cinturón ancho del que colgaba, entre otros accesorios, una pistola reglamentaria. Un guardia civil, vamos. O, mejor dicho, dos guardias civiles, porque detrás del primero entró otro vestido con el mismo uniforme. Uno con un bigote frondoso; el otro con una perilla perfectamente recortada.

Mientras esperaban por el ascensor, Gloria agachó la cabeza de forma que su rostro quedara oculto tras la cortina de su pelo. ¿Habían venido a hablar con ella? Un sudor frío descendió por el centro de su espalda.

Un timbre anunció que el ascensor había llegado. El guardia civil con bigote hizo un gesto a Gloria para que entrara primero. Ella avanzó hacia el fondo de la cabina sin dejar de agarrar el asa de su bolso. Como haría alguien que temiera que fueran a robárselo.

El guardia civil con perilla, que era el que estaba más cerca del panel, miró a Gloria.

—¿Cuál es su piso?

—El último —mintió Gloria con los ojos aún pegados al suelo.

El guardia civil con perilla pulsó el botón correspondiente a la planta undécima, donde vivía Gloria; después, el de la última planta, la decimosexta.

El ascensor estaba cerrándose cuando alguien pegó un grito desde la puerta del portal, que había vuelto, cómo no, a quedarse abierta.

El guardia civil con perilla extendió un pie para que el ascensor volviera a abrirse.

Gloria pegó la espalda a la pared trasera de la cabina cuando vio a Cefeo correr hacia el ascensor.

—Gracias por esperar —dijo Cefeo con la respiración entrecortada antes de rodear los hombros de Gloria con un brazo—. Cariño —añadió—, casi no encuentro donde aparcar.

Esta vez sí, el ascensor comenzó a ascender sin más pasajeros de última hora.

Gloria observó, a hurtadillas, el rostro anguloso de Cefeo, con el

ojo izquierdo amoratado. El párpado estaba tan hinchado que parecía mentira que pudiera mantener el ojo abierto.

—El moratón es, por suerte, más aparatoso que grave, pero tendríais que haber visto cómo quedó el otro fulano —explicó Cefeo a los guardias civiles.

Cefeo envolvió sus palabras con la misma sonrisa contagiosa que había usado para engatusar a Gloria.

Uno de los guardias civiles chasqueó la lengua, mientras que el otro dejó escapar una risita que sonó más bien como un relincho. Gloria, que continuaba observando a Cefeo, no supo quién había chasqueado ni quien había relinchado.

—Mi mujer no está contenta con mi aspecto —continuó diciendo Cefeo—. Ella, sin embargo, cada día está más guapa. —Con el brazo libre, Cefeo agarró la barbilla de Gloria para obligarla a levantar la cabeza—. ¿Habéis visto alguna vez unos ojos así de azules? Quiero a mi mujer con locura, así que es posible que mi opinión no sea objetiva, pero diría que son los ojos más bonitos del mundo.

Gloria volvió a bajar la cabeza porque no sabía si los guardias civiles habían visto o no la foto de su carné de identidad.

La voz robótica del ascensor anunció que habían llegado a la planta undécima. El guardia civil con perilla salió del ascensor. El otro, el guardia civil con bigote, echó una última mirada a Gloria.

—Una mujer con unos ojos así de bonitos no debería tener miedo de enseñarlos.

Cefeo apretó aún más los hombros de Gloria.

—¿Has oído, cariño? —dijo antes de acercar su boca a la oreja de Gloria—. ¿Qué haces que no sales? ¿O no es este tu piso? —susurró para que los guardias civiles no pudieran oírle.

La cercanía de Cefeo era asfixiante. Gloria agarró el codo del guardia civil con bigote porque no quería quedarse a solas con Cefeo, pero ¿de qué hubiera servido? ¿Cuál era el peor mal: estos guardias civiles que quizás sospechaban que era una asesina o el granuja de pelo rojo que estaba sujetándola como si fuera un perro marcando su territorio con orina?

Gloria soltó el codo del hombre uniformado.

—Que pasen un buen día. —El guardia civil con bigote acompañó sus palabras de despedida con un gesto de la cabeza.

—¿Cuál de estos cuatro pisos es el de Gloria Martínez? —preguntó su compañero cuando la puerta del ascensor estaba a punto de cerrarse.

El ascensor continuó subiendo.

—¿Esos dos guardias civiles están buscándote para interrogarte? ¿Es ese el motivo por el que estás esquivándolos? —exclamó Cefeo como si, por fin, hubiera dado con la solución a un acertijo.

El viaje hasta la planta decimosexta fue interminable. Gloria sintió como si el aire de la cabina estuviera consumiéndose a pasos agigantados. Con la urgencia de quien está a punto de asfixiarse, inhaló para intentar satisfacer la necesidad de sus pulmones, pero sin éxito porque no había suficiente aire. Cuando el ascensor frenó con una sacudida, escapó hacia el rellano nada más abrirse la puerta.

El rellano estaba a oscuras, así que buscó el interruptor a tientas.

Cuando una tenue luz alumbró las escaleras que conducían hasta la azotea, trepó a trompicones por ellas hasta una puerta de metal que estaba atascada. Motivada por una urgencia apremiante, usó todo el peso de su cuerpo para abrirla. El presidente de la comunidad de vecinos no estaría contento de saber que, igual que solía ocurrir con el portal, esta puerta tampoco estaba cerrada con llave.

Un aire calentorro hinchó sus pulmones hasta el punto de que temió que explotaran con un bang igual que si fueran globos de colores.

—Cariño, respira con normalidad, nadie va a robarte el aire —señaló Cefeo a su lado porque Gloria no paraba de toser.

Cefeo condujo a Gloria hasta el muro que cercaba la azotea. El suelo estaba cubierto por una tela asfáltica de color negro manchada por excrementos de palomas.

Gloria desvió la mirada hacia la puerta que conducía de vuelta al interior del edificio. Hizo el amago de escapar, pero Cefeo volvió a rodear sus hombros con un brazo. Una montaña de arena tampoco hubiera podido evadir el avance de una apisonadora.

El muro era alto. Con las manos agarradas a él, como un escalador a una de las presas de colores del rocódromo, Gloria paseó la mirada por el parque infantil delante de su portal, con niños haciendo cola para columpiarse o deslizarse por el tobogán; por los edificios de enfrente, como soldados tiesos esperando a que el mandamás de turno pase revista; por las gradas de cemento de la piscina municipal, con espectadores aplaudiendo a los ganadores de cualquiera sabe qué competición; por las chimeneas de la refinería, igual que dragones escupiendo fuego; por el auditorio con forma de pájaro, que parecía estar a punto de alzar el vuelo. Un viento no solo caliente, sino además implacable, azotó su rostro.

Unos segundos antes, Gloria había sentido como si no quedara suficiente aire, pero ahora tenía la sensación de que había demasiado.

—Convenciste a tu exnovio para que me diera una paliza, ¿a que sí? —dijo Cefeo, que contemplaba, igual que ella, la ciudad a sus pies.

Gloria desvió la mirada del paisaje a Cefeo. El moratón que afeaba su rostro era una telaraña de capilares rotos.

—Cuando salí de la piscina esta mañana, tu exnovio me siguió hasta un callejón. Me imagino que pensó que me asustaría si me daba

una paliza. Con el factor sorpresa a su favor, consiguió conectar un par de puñetazos —relató Cefeo mientras rozaba su ojo amoratado con un dedo—, pero no contó con que supiera defenderme. Me temo que, con dos o tres costillas rotas, tu exnovio va a experimentar dificultades para respirar durante una larga temporada.

El ruido del tráfico envolvió a Gloria. Unas palomas que habían elegido una antena para posarse echaron a volar hacia el norte, hacia el macizo de Anaga. Gloria contempló el perfil del macizo, entre cuyos picos estaba escondido el caserío de Chamorga.

—Me prometiste que no vendrías a por el casete hasta el próximo domingo —dijo por fin.

—Cumpliré con mi palabra, descuida —aseguró Cefeo—. He venido a verte no para que me des el casete, sino para que me acompañes a misa.

—¿He oído bien? ¿A misa?

Cefeo señaló con un dedo hacia abajo.

Gloria siguió la dirección de su dedo: los dos guardias civiles, que acababan de salir del edificio, estaban cruzando el parque infantil.

—Un día más, tus pecados están a salvo, pero dime, como pecadores que somos, ¿crees que iremos de cabeza al infierno después de morir? —dijo mientras regalaba a Gloria su sonrisa más cautivadora, como si la posibilidad de ir al infierno, más que una penitencia, fuera una recompensa—. El peor castigo que alguien como nosotros puede sufrir no es ir al infierno, sino vivir el resto de nuestros días con la certeza de que nunca conseguiremos aquello que más deseamos. Me pregunto cuál es tu deseo más anhelado.

—¿Qué pasaría si no acepto tu invitación de ir a esa misa contigo? —preguntó Gloria sin darse por aludida.

—Cariño, eres una ilusa si crees que es una invitación.

34 GLORIA, VERANO DE 2019

Un agobiante olor a incienso escapaba por la puerta de la iglesia. Gloria dudó antes de levantar el pie para salvar el umbral de madera. Cómo odiaba estos recintos oscuros con solo unos pocos ventanucos estrechos.

La puesta de sol no sería hasta pasadas unas dos horas, pero daba la impresión de que había anochecido dentro del templo. El pasillo con bancos a ambos lados conducía a un presbiterio pobremente iluminado. El retablo del fondo, de estilo rococó, había sido devorado a medias por la oscuridad, pero Gloria aún pudo distinguir unas columnas decoradas con profusión, un ático con dos ángeles gordezuelos, una hornacina central ocupada por una talla diminuta de la Virgen del Pilar.

—Entra, la misa está a punto de comenzar —urgió Cefeo a su lado.

Habían cogido un taxi para venir hasta esta iglesia del centro de la ciudad. «Un amigo me pidió prestado el coche, así que vamos a tener que pedir un taxi», explicó Cefeo. Habían pasado por delante de la refinería. Habían recorrido la avenida de La Salle, casi de principio a fin, hasta la plaza Weyler con su fuente central rematada con unos niños de mármol blanco que sostenían cada uno una guirnalda. Habían avistado el reloj floral del parque García Sanabria, con sus agujas marcando sin descanso el paso del tiempo. Habían descendido por la siempre concurrida calle del Pilar hasta su destino.

Cefeo, durante todo el recorrido, había mantenido al taxista entretenido con chistes malos. «¿Qué dijo el cero al ocho?», preguntó al taxista mientras sacaba un billete de diez euros de su cartera para pagar la carrera. «Me gusta tu cinturón», respondió el propio Cefeo antes de salir del vehículo. Las carcajadas del taxista enmudecieron el reguetón que sonaba por los altavoces.

Cefeo dio un empujón a Gloria, que no tuvo más remedio que cruzar la puerta de la iglesia. Gloria, a su pesar, agarró el brazo del hombre porque no estaba segura de poder navegar por sí sola el interior tenebroso del templo. Cefeo palmeó la mano que sujetaba su brazo, como si estuviera imprimiéndole ánimos.

Gloria paseó la mirada por las naves laterales, decoradas con vidrieras que representaban escenas bíblicas. Los mezquinos rayos de luz que entraban por las vidrieras teñían las caras de los feligreses con pinceladas multicolores. Más caras viejas que jóvenes. Más mujeres que hombres. Unos sentados con la cabeza gacha, otros arrodillados

con las manos juntas, algunos conversando con la persona de al lado.

¿Cuándo había sido la última vez que había ido a la iglesia de su barrio con sus padres? Una iglesia mucho más modesta que esta, sin retablo rococó ni vidrieras de colores ni techo de madera, pero igual de sombría. Había sido el mismo día que sus padres murieron.

Uno de los bancos de la primera fila estaba ocupado por cuatro personas: un hombre gordo con un pelo demasiado frondoso para ser real; una mujer flaca con los labios pintados por fuera para aparentar que eran más gruesos; un adolescente con granos sentado a la derecha del hombre; una adolescente con los ojos delineados de negro sentada a la izquierda de la mujer. Gloria presenció cómo el hombre gordo amonestaba a su hijo porque estaba jugando con su teléfono móvil, cómo la mujer flaca golpeaba la mano de su hija para que dejara de tamborilear el banco de madera con sus uñas postizas. El hombre gordo, que vestía una camisa de cuadros con cercos de humedad, estaba secándose el sudor del rostro con un pañuelo también de cuadros. Había traído consigo el calor de la calle.

Cefeo invitó a Gloria a sentarse detrás de esta familia.

—Casi me olvido —exclamó Cefeo antes de ofrecerle un recorte de periódico doblado por la mitad.

Gloria desdobló el recorte que, con los bordes irregulares, daba la impresión de haber sido cortado sin miramientos; sin embargo, no pudo leer el texto porque estaba demasiado oscuro.

—¿Qué es? —preguntó, pero Cefeo posó un dedo sobre su boca para pedirle silencio. Había comenzado la misa.

Un coro acompañado por un par de guitarras dio la bienvenida al cura con su casulla de color verde. Cuando acabó el canto de entrada, el sacerdote convidó a sus feligreses a pedir perdón: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa». Más cantos, más oraciones, una lectura de una carta que un apóstol había enviado a cualquiera sabe qué pueblo —a los corintios, a los efesios o a los filipenses—, una lectura del evangelio después de que todo el mundo hiciera la señal de la cruz. Gloria no cantó con el coro, no oró con los demás, no prestó atención a ninguna de las lecturas. Hasta que el sacerdote empezó su homilía:

—Queridos hermanos todos, nos hemos reunido para celebrar la vida de doña Candela González Moreno, vecina de Chamorga, pero con una gran devoción por la Virgen del Pilar. Es por este motivo que su hijo —dijo el sacerdote mientras señalaba al hombre gordo que estaba sentado delante de Gloria— ha elegido esta parroquia para conmemorar el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

Gloria contuvo la respiración.

Un hijo había matado a su madre hacía veinte años. ¿Era posible que esa tal Candela, esa vecina de Chamorga, fuera la mujer

asesinada?

Contempló la posibilidad de levantarse, de correr por el pasillo hacia la puerta, de huir cuanto antes de aquella iglesia, pero permaneció sentada, con la mirada prendida del hombre gordo. Cuando hubo que ponerse de pie para rezar, siguió sentada. Cuando hubo que arrodillarse durante la consagración, siguió sentada. El sacerdote alzó una hostia: «Comed todos de él, porque esto es mi cuerpo». Un instante después, repitió el mismo gesto con una copa de plata: «Bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre». Cuando diez o quince minutos más tarde la gente a su alrededor volvió a ponerse de pie para darse la mano unos a otros, siguió sentada.

—Me imagino que has escuchado el casete hasta el final. ¿Quieres conocer al personaje protagonista? —susurró Cefeo cerca de su oído.

Gloria giró la cabeza para observar a su acompañante que, a diferencia de ella, estaba de pie igual que el resto de los feligreses. La luz multicolor que proyectaban las vidrieras acentuaba aún más los ángulos de su rostro.

Cefeo, a continuación, tocó el brazo del hombre gordo para llamar su atención.

—El cojín que usaste para asfixiar a tu madre —dijo mientras agarraba la mano derecha del hombre gordo, más un gesto de agresión que de paz—, ¿qué hiciste con él?

La voz de Cefeo apenas podía oírse por encima del coro, que estaba cantando de nuevo.

El hombre gordo miró a Cefeo como si fuera el mismísimo diablo que hubiera escapado del infierno.

—El coste de la vida ha subido, así que la grabación que hizo Cisne de tus últimos momentos con tu madre es más cara ahora que hace veinte años —continuó diciendo Cefeo sin soltar la mano del hombre gordo. Gloria, por su parte, apretó el bolso contra el pecho—. O me das medio millón de euros o hago público el contenido de ese casete —amenazó Cefeo.

—Cisne desapareció con el casete. Han pasado muchos años, ¿por qué ha decidido volver a chantajearme? ¿O acaso quiere abrir una nueva peluquería? Maldigo el día que esa furcia vino a Chamorga —rebatió el hombre gordo.

Gloria reconoció de inmediato su voz. «Cuando vea a padre, salúdelo de mi parte», había dicho esa misma voz antes de matar a su madre.

La mujer flaca miró a su marido sin entender qué estaba ocurriendo.

—Honorio, por favor, una misa no es el mejor lugar para hacer negocios —masculló antes de girarse al otro lado para amonestar de

nuevo a su hija, que continuaba tamborileando el banco con sus uñas postizas.

Cefeo ignoró a la mujer flaca.

—Cuidado con los adjetivos que usas para referirte a Cisne, porque si vuelves a insultarla, recuperar el casete va a costarte el doble —advirtió Cefeo al hombre gordo—. Cisne, permíteme decirte, fue tu hada madrina. ¿Qué habría sido de tu vida si no hubieras matado a tu madre? Continuarías siendo el mismo solterón desgraciado de entonces.

El hombre gordo hizo un gesto de dolor porque Cefeo estaba apretando su mano con fuerza. Había comenzado el rito de la comunión, así que las únicas personas que aún estaban de pie eran ellos dos.

—Medio millón de euros es mucho dinero —gimoteó el hombre gordo sin ningún atisbo de su espíritu de lucha anterior.

—Medio millón de euros no es nada cuando la alternativa es perderlo todo.

Los feligreses empezaron a hacer cola delante del altar. «El Cuerpo de Cristo», decía el sacerdote cada vez que daba la sagrada comunión a uno de ellos.

—El reloj floral del parque García Sanabria está más bonito que nunca. ¿Qué mejor sitio para quedar este domingo? Esperaré hasta la medianoche para que me traigas el dinero, ni un segundo más —informó Cefeo.

La mujer flaca tiró del brazo de su marido.

—Como no nos demos prisa, no nos va a dar tiempo a comulgar.

—Carmen, maldita sea —gruñó el hombre gordo—, ve a comulgar sin mí.

La mujer flaca resopló antes de encaminarse hacia el altar para recibir la sagrada comunión.

Cefeo, por fin, soltó la mano del hombre gordo.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —dijo antes de encaminarse hacia la puerta.

El hombre gordo observó el rostro de Gloria durante unos segundos.

—Me acuerdo de cuando venías a veranear a Chamorga. Eres la nieta de doña Marisa, que vivía al lado del bar, ¿a que sí? ¿Cuál es tu relación con ese sinvergüenza?

Gloria corrió detrás de Cefeo con el bolso aún apretado contra el pecho. Miró atrás una última vez antes de cruzar la puerta. Honorio —porque el hombre gordo era, sin duda, Honorio Gutiérrez— estaba abrazando a su mujer mientras los dos adolescentes observaban con preocupación a sus padres.

Una vez fuera, tuvo que cerrar los ojos porque el sol vespertino era

cegador. Cuando volvió a abrirlos, vio que Cefeo había alzado la mirada al cielo.

—Cisne, tu sueño está a punto de cumplirse —gritó el hombre sin importarle ser el foco de atención de los transeúntes que pasaban por delante de la iglesia.

Gloria sintió náuseas al oír esas palabras, igual de dulzonas que el aroma que emitían los flamboyanes floridos. Más náuseas sintió cuando, una vez más, desdobló el recorte de periódico que no había podido leer antes.

El titular era el siguiente:

«La Sima de los horrores escondía un segundo cadáver».

La entrada de la noticia era aún más esclarecedora:

«Han encontrado un segundo cadáver, esta vez de una mujer, dentro de la denominada Sima de los horrores. El cadáver hallado con anterioridad pertenecía a un hombre joven. La Guardia Civil aún no ha desvelado la identidad de los dos fallecidos».

Cada palabra que leía hacía aumentar su desesperación. Como si fuera un nadador que, pese a no dejar de dar brazadas, no puede avanzar porque el agua de la piscina es viscosa como la brea.

35 CISNE, VERANO DE 1999

Cisne abrió el portón corredizo de la furgoneta. Un olor desagradablemente metálico, mezclado con el calor de la tarde, golpeó su rostro con el salvajismo de un cachetón.

Mario puso una mano sobre su hombro para detenerla.

—Entraré primero —dijo el chico.

Cisne no hizo caso, sino que trepó a la parte trasera del vehículo para arrodillarse al lado del colchón. Una manta de flecos cubría el cuerpo de alguien demasiado quieto.

—Orión —susurró Cisne porque había reconocido la mata rubia que sobresalía por el borde de la manta—. Orión —volvió a llamar—, ¿estás dormido?

Con una mano temblorosa, apartó la manta.

Orión estaba acostado bocarriba con los ojos cerrados, con la boca un poco abierta, con las manos cruzadas sobre el pecho. Un charco de sangre hacía de almohada.

—Orión —susurró de nuevo Cisne, pero ¿cómo iba a contestar con la horripilante herida que atravesaba su cuello?

Orión estaba muerto. Cisne no había visto un cadáver antes, pero no cabía duda alguna. Un muerto no era más que un saco de huesos, de carne a punto de echarse a perder. Un muerto carecía de los impulsos eléctricos, de los espasmos musculares propios de un ser vivo. Un muerto era sinónimo de quietud absoluta.

Cisne colocó la cabeza de Orión sobre su regazo sin importarle que la sangre manchara su vestido.

—Me prometiste que nunca me abandonarías, que seríamos los dos solos contra el resto del mundo, ¿recuerdas? —protestó sin dejar de golpear el pecho de Orión, cada vez con más fuerza. Una de las manos de Orión resbaló por su torso hasta quedar tendida sobre el colchón.

Ella, morena. Él, rubio. Ella había cumplido diecinueve años una semana antes. Él no cumpliría los dieciocho hasta dentro de un par de meses. Ella no podía ir a su casa porque su madre había colgado un pañuelo del pomo de la puerta. Cuando su madre hacía eso, significaba que había traído a un hombre a casa, que Cisne debía buscar otro lugar para dormir. Él había huido de su casa porque su madre había vuelto a usarlo como cenicero. Cuando su madre hacía eso, Orión sabía que debía dejarla sola con sus remordimientos, al menos durante un rato. El parque infantil, a esa hora, cerca de medianoche, estaba vacío. Ella estaba columpiándose cuando él

apareció. Él no recordaba la última vez que había usado un columpio. «¿Cuál es tu nombre?», preguntó ella antes de recoger las piernas para impulsar el columpio hacia atrás. Él respondió sin atreverse a mirar a la chica. «¿Cuál es tu nombre?», preguntó él antes de extender las piernas para impulsar el columpio hacia delante. Ella respondió sin apartar la mirada del chico.

Cisne continuó acunando la cabeza de Orión mientras procuraba no sentir nada porque, si no, sentiría demasiado. Mejor no ver su cuello rajado. Mejor no oír el mutismo de su hálito. Mejor no tocar su rostro frío. Mejor no oler la sangre viscosa que manchaba el colchón. Mejor no tragar ni siquiera saliva porque sabría a muerte.

El corazón de Cisne estaba latiendo a un ritmo desenfrenado. Un sudor frío empapó su cuerpo. Cada vez respiraba con más dificultad. Estaba segura de que sufría un ataque de pánico.

Mario, de rodillas a su lado, empezó a frotarle la espalda con suavidad.

—Cisne, cálmate —dijo.

—Honorio pagará por esto —murmuró Cisne sin saber cómo había conseguido que sus cuerdas vocales vibraran.

—¿Cómo estás tan segura de que Honorio es el culpable? —indicó Mario.

—¿Quién más podría ser? —respondió Cisne con firmeza—. Honorio es un asesino, mató a su madre.

—¿Qué ganaría Honorio matando a Orión? Mientras exista la grabación, su única salida es pagar el dinero si no quiere ir a la cárcel.

—Cállate —gritó Cisne porque, de la misma forma que no deseaba sentir, tampoco deseaba pensar.

Mario, sin embargo, no tenía ninguna intención de callarse.

—Orión habría querido que continuaras adelante con el plan, ¿sí o no? Más aún cuando quedan solo unas pocas horas para que expire el plazo que diste a Honorio —insistió.

Cisne no estaba segura de que ese fuera el caso.

—Mario, no conocías a Orión, ¿cómo puedes saber qué hubiera querido? —objetó con voz quebrada.

—Mi nombre es Cefeo.

—¿Cefeo? —repitió Cisne, perpleja, porque no sabía de qué hablaba el chico.

—Es el nombre que me diste, ¿recuerdas?

—Cefeo, es cierto. Es una constelación cuya estrella más brillante es Alderamin, que es la contracción de una frase árabe que significa «el brazo derecho». —Cisne desvió la mirada a Orión—. ¿Cómo es posible que su cabeza pese cada vez más?

Mario, o mejor dicho, Cefeo, guardó silencio durante unos segundos, como si no hubiera oído esta última pregunta.

—Quiero ser tu brazo derecho. ¿Me dejarás? —dijo por fin mientras secaba las lágrimas que empapaban las mejillas de Cisne—. Hasta ahora has dependido de Orión, pero puedo ser igual de útil que él, o incluso más.

«Qué extraño —pensó Cisne—, no me había dado cuenta de que estaba llorando».

Cefeo continuó secándole las lágrimas, que no paraban de brotar, unas lágrimas que cortaban como cuchillas.

—Eres consciente de que no nos va a quedar más remedio que ocultar el cuerpo de Orión, ¿verdad?

—¿Ocultar su cuerpo?

—Ocultarlo, sí, porque no queremos que nadie nos haga preguntas incómodas, menos aún, un policía curioso. El chantaje, después de todo, es ilegal.

—Orión me prometió que sería mi asistente cuando abriera la peluquería.

—¿Me dejarás que sea tu brazo derecho? —volvió a preguntar Cefeo que, una vez más, ignoró los sinsentidos de Cisne.

Cisne sentía como si estuviera rodando por una escalera sin fin, pero quizás Cefeo podría detener su caída. Con la visión borrosa por las lágrimas, asintió con la cabeza, pese a ser consciente de que era posible que ella, al igual que Orión, también estuviera hecha de fuegos artificiales, hermosos cuando estallan, pero efímeros.

36 CEFEO, VERANO DE 1999

Cargaron el cuerpo de Orión entre los dos. Cefeo, por las axilas. Cisne, por los tobillos. Un metro tras otro por el sendero terroso, desde el apartadero donde habían dejado la furgoneta hasta el borde de la sima.

El viaje hasta la sima, por la misma carretera tortuosa que habían transitado unos días atrás, había sido un cortejo solitario sin familiares ni amigos conduciendo detrás del coche fúnebre. Un cortejo, además, silencioso, con la excepción de las voces que escapaban por los altavoces de la grabadora portátil.

«—Estos nombres son perfectos: solo existe un Orión, de la misma forma que solo existe una Cisne. Continúo, ¿vale? —dijo una voz que Cefeo reconoció porque pertenecía a Cisne—. Casi hemos llegado a Chamorga. Me he mareado más durante el viaje desde Santa Cruz hasta este lugar que durante la travesía desde Cádiz a Santa Cruz. Quien diga que el barco marea más que el coche no ha conducido nunca por una carretera con tantas curvas como esta».

Hubo un intercambio a continuación que Cefeo no entendió.

«—¿Qué más quieres que diga? —preguntó otra voz al cabo de unos segundos; esta voz era de Orión—. ¿Que deberíamos haber vendido esta furgoneta antes de partir de Cádiz? ¿Que con el dinero que nos hubieran dado por ella podríamos haber comprado un vehículo mejor, aunque fuera más pequeño?».

Cada vez que la conversación alcanzaba este punto, Cisne rebobinaba la cinta para volver a oírla.

Cefeo tuvo la impresión de que el sendero era infinito, de que nunca alcanzarían su destino, pero por fin depositaron el cuerpo de Orión cerca del borde de la sima.

—¿Quieres decir unas últimas palabras? —consultó.

Cisne negó con la cabeza, aunque Cefeo no estaba seguro de si había comprendido o no su pregunta. Cisne estaba a su lado, pero bien podía haberse encontrado a mil kilómetros de distancia. «Mejor acabar con esto cuanto antes», pensó mientras dudaba entre rezar un padrenuestro o un avemaría. Optó por un padrenuestro. Manos unidas, cabeza gacha, voz apesadumbrada.

Cuando terminó de rezar, empujó el cadáver de Orión hacia delante, hacia el borde de la sima, como quien hace rodar un fardo pesado.

La negrura de la sima devoró el cadáver con la glotonería de un

monstruo insaciable. Un instante después, un ruido, el del cuerpo al golpear el fondo, rebotó de una pared a otra del pozo volcánico hasta escalar hacia el cielo.

Cefeo recordó haber visto un reportaje sobre los clavadistas de Acapulco. ¿Cuántos metros tendría el acantilado del que saltaban? ¿Más o menos que esta sima? Uno de los clavadistas había dicho que, dado que el canal a los pies del acantilado solo tenía cuatro metros de profundidad, había que esperar a que viniese una ola para saltar, a no ser que uno quisiese estrellarse contra las rocas del fondo.

Con la imagen de uno de estos clavadistas saltando con los brazos abiertos, Cefeo buscó la mano de Cisne para confortarla. Como quien conforta a una viuda durante el velatorio de su marido, aunque eso sí, a una viuda hermosa. El día que enterraron a su padre, su madre iba vestida de negro de la cabeza a los pies, pero a diferencia de Cisne, su madre no había sido una viuda hermosa, sino una viuda afeada por el rencor. Quizás ese día Cefeo debería haber sentido tristeza —sea por su padre muerto antes de tiempo, por su madre con arrugas más propias de una mujer de mucha más edad o por él mismo, que había perdido a su padre de manera temprana—, pero no había sido así entonces ni mucho menos ahora. Con Orión muerto, Cisne por fin era libre, por fin iba a pertenecerle solo él. Cefeo sintió una felicidad de esas que vienen acompañadas por un coro de voces angelicales.

—El casete que demuestra que Honorio mató a su madre —mencionó—, ¿dónde está escondido?

—Orión pensó que quien mejor podía ocultarlo era la mosquita muerta —contestó Cisne.

—¿Quién es esa mosquita muerta?

Cisne, sin dar ninguna otra explicación, corrió hacia el extremo opuesto de la sima, usó tanto las manos como los pies para descolgarse hasta la repisa inclinada que estaba unos dos metros por debajo del borde. Como hizo durante su primera visita al lugar, cuando quiso grabar la voz del abismo, caminó hacia la orilla de la repisa.

—Orión —gritó después de ponerse de rodillas.

Con el cuerpo inclinado hacia delante, volvió a vociferar el nombre de Orión, una, dos, tres veces. El pozo devolvió sus aullidos igual que un matón de barrio que no sabe hacer otra cosa que mofarse de los demás.

Cisne inclinó el cuerpo un poco más hacia adelante, con tan mala suerte que perdió uno de sus pendientes. Cefeo, desde su reencuentro hacía unos días, siempre había visto a Cisne con esos zarcillos largos, adornados con estrellas que brillaban como si emitieran luz propia.

—Cuidado —advirtió nada más ver cómo la chica extendía un brazo para recuperar el pendiente.

Cefeo soltó un suspiro de alivio cuando Cisne consiguió atraparlo.

—Casi pierdo uno de ellos. Estos pendientes fueron un regalo de Orión, ¿sabes? —dijo Cisne con una sonrisa antes de decir algo más que Cefeo no entendió del todo.

Un instante después, Cefeo presenció, horrorizado, cómo la chica caía por el borde de la repisa.

El abismo devoró a Cisne de la misma manera que, unos minutos antes, había devorado a Orión. Con una glotonería voraz.

Cefeo abrió la boca para gritar, pero ningún sonido escapó entre sus labios, como si el alarido hubiera quedado atascado a mitad de camino.

¿Cuáles habían sido las últimas palabras de Cisne después de atrapar el pendiente? «El abismo me está llamando», pareció decir, o al menos, eso pensó Cefeo, aunque nunca estuvo seguro, ni entonces ni más adelante, si la caída de Cisne había sido un accidente o si, por el contrario, había sido premeditada.

¿Cómo podía el destino burlarse de él con tanta crueldad?

37 GLORIA, VERANO DE 2019

Hacía un rato que la sombra que arrojaba la iglesia había engullido a Gloria por completo. Miró su reloj de pulsera. El sol debía estar a punto de ponerse porque eran las nueve menos cuarto.

Cefeo estaba leyendo un mensaje de texto que acababa de recibir.

—El amigo que mencioné antes me ha escrito para decirme que dejó mi coche aparcado cerca de aquí —explicó.

Cuando terminó de leer el mensaje, descendió los escalones de piedra hacia la calle. El atardecer había prendido su pelo rojo hasta el punto de que parecía estar ardiendo. Cuando conoció a Cefeo, Gloria había fantaseado con la idea de que esas llamas podrían iluminar su oscuridad. Qué descorazonador había sido descubrir que no eran más que un incendio incontrolable que iba a calcinarla hasta que no quedaran ni siquiera sus huesos.

—Mis intenciones son honorables, al menos hasta el próximo domingo, pero si prefieres ir por tu cuenta a casa, allá tú —dijo Cefeo desde la acera.

El hada madrina había aconsejado a Cenicienta que abandonara el baile antes de medianoche. Gloria tampoco quería esperar a que el reloj marcase las doce; de hecho, si era posible, deseaba regresar a casa antes de que la noche cubriera la ciudad con su asfixiante manto. Cuando esto ocurriera, ni el alumbrado público ni los faros de los coches podrían vencer a la oscuridad. Con aprensión, siguió a Cefeo calle arriba, aunque hubiera preferido no pasar ni un segundo más con él.

Gloria, sin embargo, sintió flaquear sus piernas cuando vio al hombre agacharse al lado de una furgoneta aparcada frente a una farmacia. Una furgoneta de un verde aceitunado, con ventanillas adornadas con cortinas de mil colores.

Cefeo sacó una llave del interior del guardabarros delantero.

—Mi amigo me dejó la llave pegada con cinta de celo —aclaró antes de dibujar su sonrisa más contagiosa que, como un cuchillo afilado, cortó el torso de Gloria desde el esternón hasta el ombligo—. Cualquiera diría que has visto un fantasma —añadió Cefeo con sorna —. Me hubiera gustado conservar la furgoneta original, pero arreglarla me habría costado un riñón. El encargado del desguace solo me dio cuatro perras por ella porque era una antigualla que ni siquiera arrancaba. Menos mal que, después de mucho buscar, conseguí esta otra por un módico precio. —Cefeo pasó una mano por

la carrocería verdosa—. Hasta ahora no me ha dejado tirado ni una sola vez pese a que hemos recorrido muchísimos kilómetros juntos.

Gloria paseó la mirada por el vehículo, desde el morro hasta el portón trasero. El color de la carrocería no era exactamente el mismo verde aceitunado que recordaba. Las cortinas, aunque vistosas, eran también diferentes.

Cefeo abrió la puerta del copiloto.

—Mis intenciones, como dije antes, son honorables, así que no juegues con mi paciencia —apremió a Gloria que, indecisa, desvió la mirada de la furgoneta al hombre.

Cuando Cefeo tiró de su brazo, Gloria no tuvo más remedio que subirse al vehículo. Cualquiera que hubiera posado una oreja sobre su pecho hubiera sido incapaz de contar los frenéticos latidos de su corazón.

Una vez que ocupó el asiento del copiloto, mantuvo la vista al frente. Quizás la furgoneta fuera otra, pero estaba convencida de que, si echaba un vistazo a la parte trasera, vería a Orión, su cuerpo frío cubierto con una manta de flecos. Cuando por fin miró por encima de su hombro, no vio ningún colchón ensangrentado, ninguna manta de flecos, ningún cadáver. Un par de asientos plegables, una mesa rectangular, una coqueta cocina con una mininevera. Olía a ambientador con aroma a pino, a pesar de que, solo unos segundos antes, hubiera jurado que el aire estaba enrarecido con el olor a sangre.

Cefeo abrió la puerta del conductor. Con agilidad, trepó hasta sentarse delante del volante.

—Mírame bien —ordenó. Cuando Gloria obedeció, el hombre movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera mostrar a su acompañante todos los pormenores de su rostro—. Hubiera pensado que, a estas alturas, me habrías reconocido, aunque, a decir verdad, ¿cómo ibas a acordarte de mí si por aquel entonces solo estabas pendiente de Orión?

Gloria observó a Cefeo con detenimiento, recorrió cada uno de los ángulos de su rostro, el contorno amoratado de su ojo izquierdo. Hacía veinte años, el mismo día que visitaron la sima, conocieron a un senderista, a un chico de más o menos su edad con exceso de peso, con un rostro cachetudo marcado por el acné. ¿Cómo iba a imaginarse que Cefeo era el senderista de sus recuerdos?

—Has cambiado mucho —musitó, porque era evidente que el hombre había pulido su cuerpo hasta deshacerse de las redondeces de su juventud.

—El cuento del patito feo podría aplicarse a mí, ¿a que sí?

—Es posible que me falle la memoria, pero tu nombre era otro, empezaba por eme.

—Mario es el nombre que me pusieron mis padres, mientras que Cefeo es el nombre que Cisne eligió para mí. Me hiciste un favor matando a Orión, así que, solo por eso, tienes mi gratitud —continuó diciendo—. Cisne, por desgracia, apenas me perteneció durante unas horas, si es que alguna vez dejó de pertenecer a Orión. Me imagino que mataste a Orión por ese mismo motivo, porque intuías que siempre pertenecería a Cisne. Quién iba a suponer que ni siquiera la muerte de él iba a separarlos. Cuando Cisne halló el cadáver de Orión, supuso que el asesino había sido Honorio. Qué ilusa, nunca sospechó de una mosquita muerta como tú. Me costó convencerla de que debíamos deshacernos de su cuerpo. Había poco tiempo para pensar, así que tirarlo al interior de la sima me pareció la mejor solución.

Gloria abrió la boca con la intención de negar que había sido ella quien había matado a Orión, pero volvió a cerrarla. Cualquier excusa que inventase para convencerlo de que no era culpable sería fútil.

Cefeo soltó un suspiro antes de arrancar la furgoneta.

—Cisne está muerta, prefirió morir a seguir viviendo sin Orión —confesó.

—¿Cómo murió? ¿Cuándo? —balbució Gloria.

¿Cuántas veces había creído verla, sea caminando por la calle, contemplando el escaparate de una tienda o dando de comer a los patos del parque?

Cefeo, una vez más, no contestó, sino que continuó con su relato.

—Más de una vez me he preguntado qué hubiera podido hacer o decir para que no saltase. Cuando condujimos hasta aquella sima para deshacernos del cadáver de Orión, nunca sospeché que no iba a regresar conmigo, que su intención era dormir el mismo sueño eterno que Orión, a su lado para siempre. Malditos amores trágicos. Hubiera podido hacerla feliz, ¿sabes?

Gloria había sido testigo, a su pesar, de un amor épico; ella, que siempre había deseado encontrar un amor de esas características. Cisne no había querido seguir viviendo sin Orión. Orión, de la misma manera, si Cisne hubiera muerto antes que él, tampoco habría querido seguir viviendo sin ella.

Cefeo dio marcha atrás.

—Cisne estaba chantajeando a Honorio Gutiérrez porque quería reunir suficiente dinero para montar una peluquería —prosiguió con su relato después de girar el volante hacia la izquierda para salir del aparcamiento—. Una peluquería, ni más ni menos. Me puedo imaginar a Cisne haciendo muchas cosas, pero no cortándole el pelo a alguien. —Cefeo soltó una carcajada—. Honorio respiró de alivio cuando tanto Cisne como Orión desaparecieron de buenas a primeras, hasta el punto de que dio un giro a su vida: casado, dos hijos, un negocio inmobiliario más que rentable. El medio millón de euros que vale el

casete es calderilla para él porque, además, su mujer, que según he averiguado fue su novia antes de conocer a Cisne, está forrada. Heredó una fortuna de su familia.

Gloria volvió a apretar el bolso contra el pecho cuando el hombre mencionó la existencia del casete.

Cefeo miró de reojo el bolso mientras conducía por las calles cada vez más oscuras de la ciudad.

—Has traído el casete contigo —aventuró antes de alargar la mano derecha para agarrar el asa del bolso. Con la izquierda continuó sujetando el volante.

Gloria movió el bolso fuera del alcance de los avariciosos dedos de Cefeo.

—Orión flirteó contigo para poner celosa a Cisne, aunque no pudo haber elegido una peor compañía porque eres peligrosa, pese a que gracias a esos preciosos ojos azules haces creer a los demás que eres inofensiva. Como uno de esos perros que no ladran, pero que pueden morderte al menor descuido.

Cefeo extendió de nuevo el brazo derecho para agarrar el bolso, igual que una serpiente que, después de permanecer inmóvil sin dejar de observar a su presa, ataca de repente. Esta vez, consiguió sujetar el asa.

Gloria forcejeó con el hombre por la posesión del bolso con una combatividad que no hubiera creído poseer. Cefeo estaba a punto de hacerse con él; sin embargo, tuvo que soltarlo porque el vehículo de delante, un coche deportivo de color amarillo, paró de pronto.

Cefeo hundió el pedal del freno hasta el fondo, pero había reaccionado demasiado tarde: el parachoques delantero de la furgoneta golpeó el coche deportivo por detrás.

El frenazo impulsó el cuerpo de Gloria hacia delante. El cinturón de seguridad cedió solo unos centímetros antes de tensarse de nuevo.

Gloria sintió una descarga de adrenalina, igual que el nadador que salta al agua nada más oír el pistoletazo de salida.

—Me he hartado de ser la polilla que baila al son de tu luz —murmuró mientras aprovechaba el accidente para soltarse el cinturón de seguridad.

Cefeo, que estaba maldiciendo al otro conductor, no dio la impresión de haber oído sus palabras. Las luces de freno del coche deportivo habían iluminado su rostro de un furioso color rojo hasta darle el aspecto de un cuadro cubista.

Con el bolso de nuevo apretado contra el pecho, de la misma forma que una madre abrazaría a su bebé recién nacido, Gloria abrió la puerta, saltó de la furgoneta, cruzó entre los coches aparcados hasta alcanzar la acera.

Corrió a ciegas con el único objetivo de huir.

—Gloria, detente —gritó Cefeo a su espalda.

Corrió incluso cuando la noche, que había caído sobre la ciudad mientras circulaban por sus calles, abrió sus brazos para arroparla.

38 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria corrió pese al debilitamiento de sus piernas. Cada dos por tres tenía que subirse las gafas porque no paraban de resbalarle por el puente de la nariz por culpa del sudor. Había aprendido a moverse por la noche siguiendo la fila de coches aparcados, que reflejaban la luz de las farolas. Cuando llovía era más fácil porque los charcos también creaban reflejos.

Continuó corriendo sin mirar atrás hasta que, de pronto, los reflejos desaparecieron.

¿Había tomado una calle sin salida? Un barrio residencial, supuso, porque no había pasado por delante de ningún escaparate ni había tropezado con nadie. Miró a su alrededor hasta hallar un halo de luz que provenía del zaguán de una casa. Gloria entró dentro del zaguán porque necesitaba un sitio seguro para pensar. El conductor del coche deportivo, con suerte, entretendría a Cefeo durante un rato. O, al menos, eso esperaba ella, que Cefeo no pudiera marcharse del lugar del accidente hasta rellenar, como mínimo, el parte amistoso.

El zaguán olía a rancio, a aire estancado, a polvo acumulado durante años. El único sonido que rompía la quietud del recinto era su respiración entrecortada.

Gloria sacó su teléfono móvil del bolso, aunque antes palpó el bolsillo interno. Había dos bultos. El primero era una linterna de pilas. El segundo, un casete. Como Cefeo había adivinado, había traído el casete consigo porque no sabía qué otra cosa hacer con él. ¿Qué escondite podía ser más seguro que su propia persona?

Con premura, abrió la agenda del teléfono hasta dar con el número de Omar. Cuando su exnovio no respondió, volvió a pulsar el botón de llamada.

—Cógeme el teléfono —musitó mientras llamaba una tercera vez.

La luz del zaguán era tan tenue que podía sentir los correosos dedos de la noche cerrándose alrededor de sus tobillos.

Gloria volvió a recorrer su lista de contactos. Un nombre captó su atención: Claudia Gómez, la madre de Cristóbal, del peatón que había atropellado. Había transcurrido casi una semana desde que Claudia fue a buscarla para disculparse, pero aún recordaba su abrazo de despedida, igual de cálido que la bolsa de agua que usaba para aliviar los calambres menstruales.

—¿Gloria? —contestó Claudia de inmediato.

—¿Me vienes a recoger? Quiero regresar a casa, pero está

demasiado oscuro, no sé ni siquiera dónde me hallo —suplicó Gloria con la misma voz que usaría una niña asustada que estuviera explicándole a un adulto que estaba perdida, que no sabía dónde vivía ni dónde habían ido sus padres.

Claudia no dijo nada durante unos segundos.

—Comparte tu ubicación conmigo —sugirió por fin—. Con suerte, no me llevará más que unos pocos minutos conducir de mi casa hasta el lugar donde estás.

Cada una de las instrucciones de Claudia había hecho retroceder la oscuridad unos metros.

—Gracias —dijo Gloria con una voz menos temblorosa que antes porque la niña asustada había encontrado a un alma caritativa dispuesta a rescatarla.

Gloria pulsó un botón tras otro de su teléfono móvil hasta que consiguió compartir su ubicación.

Claudia envió un mensaje de vuelta:

«Estaré ahí antes de que cuentes hasta cien».

Gloria empezó a contar —uno, dos, tres, cuatro, cinco— mientras la noche intentaba atraparla de nuevo con sus correosos dedos. Quién sabe, porque también podían ser cucarachas correteando entre sus pies. Cruzó los brazos sobre el pecho para no morderse las uñas, aunque ¿quién iba a reñirla ahora? ¿Orión, que estaba muerto? ¿Cefeo, que había resultado ser un embaucador?

Un claxon sonó cuando estaba a punto de terminar de contar.

Gloria encendió la linterna del teléfono para recorrer el zaguán de vuelta a la calle. Hubiera sido mejor usar la linterna de pilas que guardaba dentro de su bolso, pero no quería que nadie pensase que su comportamiento era extraño. Una mujer caminando por una ciudad con una linterna solo podía ser una loca.

Unos brazos cálidos rodearon su cuerpo. El alivio que sintió podría equipararse con el de un náufrago a la deriva que, de pronto, divisa un barco aproximándose.

—Has hecho bien llamándome —dijo Claudia mientras guiaba a Gloria hasta su coche, un sedán de color blanco.

Claudia dio marcha atrás con el coche porque sí, era una calle no solo sin salida, sino estrecha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una vez que abandonaron esa calle para girar a otra más ancha.

—He tenido que huir de un hombre que me quiere hacer daño. Conduce una furgoneta de color verde.

Gloria hubiera esperado que la otra mujer continuara interrogándola, que preguntara quién era ese hombre, por qué quería hacerle daño, cómo había huido de él. Claudia, sin embargo, permaneció callada, como si hablar al mismo tiempo que conducía

fuera una dificultad para ella. Gloria giró la cabeza hacia su salvadora. Hubiera querido descifrar su expresión, pero ni las luces del salpicadero ni de las farolas eran suficientes para alumbrar su rostro.

—Me pregunto qué mal hiciste a ese hombre para que quiera hacerte daño —dijo Claudia al cabo de un rato.

—¿Qué insinúas? —preguntó Gloria, desconcertada.

—Habrás tenido que hacerle algún mal porque, de no ser así, no tendría ningún motivo para hacerte daño.

—Ha sido él quien me ha hecho un mal a mí.

—Un mal puede ser mucho peor que otro. El mal que hiciste a mi familia, por ejemplo, es mucho más grave que cualquier mal que mi familia pueda haberte hecho. Matar a nuestro hijo no es comparable, ni por asomo, a darte un bofetón, aunque reñí a mi marido por perder el control de esa manera.

Gloria hubiera querido ver el rostro de la otra mujer para poder interpretar el verdadero significado de sus palabras.

—Cuando viniste a disculparte por el comportamiento violento de tu marido, me dio la impresión de que creías que la muerte de tu hijo fue un accidente, de que pensabas que no fue culpa mía.

Claudia pulsó el intermitente para girar a la derecha. Gloria, por su parte, no sabía dónde estaban ni dónde iban porque la oscuridad había envuelto por completo el coche. Como si hubieran entrado por la boca de un monstruo gigantesco.

—Mi marido me ha abandonado debido a que, según él, nuestra casa ha dejado de ser un hogar desde que murió Cristóbal. Me recriminó también por no haber querido tener más hijos. Él soñaba con una casa llena de niños, pero como el embarazo no fue una buena experiencia para mí, me negué a quedarme de nuevo preñada. El día que mataste a Cristóbal, no solo me robaste a mi hijo, sino también a mi marido. Me robaste a toda mi familia.

—Un accidente —exclamó Gloria—, fue un maldito accidente.

—¿Un accidente?, ¿de veras? Como mencioné el otro día, un policía nos comentó que las huellas que dejaron los neumáticos de tu coche eran más propias de un vehículo acelerando que de uno desacelerando. Cuando uno ve a un peatón cruzando, no acelera, sino que frena.

Gloria miró por la ventanilla, aunque la ciudad no era más que una mancha borrosa, un mundo de sombras que ni las luces de las farolas ni de los portales podían ahuyentar. ¿Cuántas veces debía repetir que había sido un accidente para convencerse a sí misma de que era verdad? ¿Cien, mil, un millón de veces?

Ese fatídico domingo habían ido a comer a un restaurante de las afueras, como hacían siempre después de ir a misa. Eran cerca de las cinco de la tarde. Gloria estaba conduciendo porque su padre había

bebido más que el recomendado vaso de vino. Había mirado a su padre, que estaba sentado a su lado. Había mirado a su madre, que estaba sentada detrás, por el espejo retrovisor.

—He querido siempre hacerles una pregunta: ¿a quién quieren más, a mí o a Cristo? —había dicho ella.

—Qué tonterías dices —había exclamado su padre.

—¿Cómo vas a compararte con Cristo? —había replicado su madre.

Gloria nunca supo si, ese mismo instante, dejó de querer a sus padres o si, por el contrario, sus respuestas fueron igual de dolorosas que cuchilladas porque el amor que sentía por ellos era demasiado grande.

Cuando volvió a mirar por el espejo retrovisor, su madre estaba rebuscando dentro de su bolso.

—¿Qué buscas? —quiso saber.

—Mi cartera, no sé dónde está —explicó su madre.

—Cada vez que salimos, pierdes algo. Hace varios domingos traspapelaste las llaves, que al final resultó que habían quedado enganchadas a la palanca para abrir el capó —apuntó su padre antes de desabrocharse el cinturón de seguridad para palpar el felpudo debajo de su asiento.

—Espero que la cartera esté dentro del coche o no nos va a quedar más remedio que regresar el restaurante —masculló su madre que, también sin el cinturón de seguridad, estaba buscando la cartera a sus pies.

Unos metros más adelante, después de un semáforo que estaba verde, la calle hacía un giro de noventa grados hacia la izquierda para salvar un muro con pintadas que había enfrente. Gloria había pasado caminando por delante de ese muro innumerables veces. ¿Qué ocurriría si no giraba, si continuaba recto?

Gloria pisó el acelerador hasta el fondo. Una persona cruzó de repente por el paso de peatones sin respetar el semáforo: un chico con la misma nariz aguileña que la mujer que había venido a rescatarla, con la misma barbilla partida del hombre que no podía aceptar la pérdida de su hijo. Gloria cerró los ojos sin dejar de pisar el acelerador, convencida de que el chico esquivaría el coche. Cuando volvió a abrirlos, un hombre con un chaleco amarillo —más tarde sabría que su nombre era Omar— estaba explicándole que iban a trasladarla al hospital. Ella había sobrevivido, pero sus padres, sin el cinturón de seguridad puesto, habían muerto al instante como consecuencia del impacto contra el muro.

Los focos de un vehículo que venía de frente iluminaron el rostro de Claudia. Gloria pudo, por primera vez, observar con detenimiento la expresión de odio que emanaba de sus facciones.

—El otro día, tus palabras de consuelo, el abrazo que me diste, ¿no fueron más que una ristra de mentiras?

—Quería hacerme tu amiga para ver si así me contabas la verdad, si admitías que el atropello de mi hijo no había sido un accidente, pero nunca confesarás, ¿a que no? —Claudia sofocó un sollozo, pero volvió a hablar al cabo de unos segundos—. ¿Cómo dijiste que era la furgoneta que conduce ese hombre que quiere hacerte daño?

—Es una furgoneta de color verde, de esas de tipo cámper —detalló Gloria.

—¿Como esta que viene de frente?

Gloria miró hacia delante, pero no distinguió nada más que dos puntos de luz cada vez más cercanos.

Claudia, de repente, dio un volantazo hacia la izquierda para cambiar de carril.

—¿Qué haces? —gritó Gloria.

—Ojo por ojo, diente por diente —dijo Claudia mientras aceleraba con la clara intención de colisionar con el otro vehículo.

Gloria había oído que, ante el miedo, había dos posibles reacciones, luchar o huir. Estuvo a punto de echarse a reír. ¿Qué lucha? ¿Qué huida? Cuando Claudia invadió el carril contrario, Gloria extendió el pie derecho hacia delante, como si el lado del copiloto también tuviera un pedal del freno. Quizás su padre había hecho el mismo gesto antes de que su hija chocara el coche contra aquel muro pintarrajeado.

—Claudia, ¿qué haces? —volvió a gritar.

El conductor del vehículo que venía por el otro carril, que Gloria no sabía si era o no una furgoneta de color verde aceitunado, no pudo reaccionar a tiempo para evitar la colisión.

39 GLORIA, VERANO DE 2019

Gloria parpadeó varias veces, pero seguía viéndolo todo borroso. Había perdido las gafas. Con las manos tanteó a su alrededor hasta que consiguió encontrarlas. Habían caído, por suerte, a su lado, cerca del compartimento central del coche. Una vez que el mundo recuperó su nitidez, procedió a desabrocharse el cinturón de seguridad. Hasta el tercer intento no atinó a soltar la hebilla. El airbag estaba aplastándole el pecho, así que echó el cuerpo hacia atrás para aliviar la presión. Un pavor irrefrenable amenazó con dominarla cuando, después de tirar de la manija, no pudo abrir la puerta. Hizo fuerza con el hombro hasta desencajarla. Con el cuerpo dolorido, salió del coche, aunque eso sí, a trompicones. Caminó unos pasos renqueantes antes de darse la vuelta para contemplar qué había ocurrido.

Una farola estaba iluminando el lugar del accidente igual que un foco alumbraría el escenario de un teatro. El sedán blanco de Claudia había quedado incrustado contra el lateral del otro vehículo: una furgoneta de color verde aceitunado que solo podía pertenecer a Cefeo. El frontal del sedán había quedado plegado como si fuera un acordeón, mientras que el lateral de la furgoneta estaba abollado. El conductor de la furgoneta había intentado, sin éxito, girar hacia su derecha para evitar la colisión.

Gloria miró a través del parabrisas del sedán. El airbag había aplastado a Claudia contra el asiento. El ángulo de su cuello era extraño, como si fuera una muñeca rota, aunque más escabroso aún era el hecho de que, pese a que sus ojos estaban abiertos, no había parpadeado ni una sola vez durante el tiempo que Gloria estuvo observándola.

Con una desazón cada vez más creciente, Gloria desvió la mirada hacia la furgoneta. El cuerpo de Cefeo —porque no cabía duda de que el conductor del otro vehículo era Cefeo con su singular pelo rojo— había salido despedido hacia el lado del copiloto, casi con certeza por haber estado conduciendo sin el cinturón de seguridad. Había roto la ventanilla con la cabeza.

Unas voces escaparon de varios de los balcones de un edificio cercano.

—Ha habido un accidente —señalaron de un balcón.

—¿Ha llamado alguien al número de emergencias? —preguntaron de otro.

Unas sirenas cada vez más cercanas encubrieron el coro de voces.

Gloria respiró con profundidad varias veces antes de empezar a caminar hacia la luz de una farola que estaba a unos veinte metros de distancia. Una vez que alcanzó esa farola, continuó hacia el siguiente cono de luz. Con una mano que no dejaba de temblarle, sacó el teléfono móvil de su bolso para abrir el sistema de navegación.

«Gire a la izquierda hacia la calle de Matilde Martín», indicó una voz robótica.

Con cada paso que daba, Gloria sentía el cuerpo más dolorido, igual o peor que el día que decidió nadar cien largos, cuando, como consecuencia del cansancio, casi no pudo subir por las escaleras metálicas de la piscina municipal.

«Continúe por la calle Zurbarán».

Gloria siguió las indicaciones del sistema de navegación, de una farola a otra. Cuando anocheció, había tenido la impresión de estar adentrándose por la boca de un monstruo gigantesco, pero ahora, mientras caminaba rodeada por una oscuridad casi absoluta, tuvo la impresión de que había descendido por el esófago del monstruo para acabar dentro de su estómago. Un estómago de voces, de cláxones, de sirenas. Un estómago impregnado por el hedor que desprendía la refinería. Un estómago que sabía a comida grasienta. Un estómago de aceras empedradas, de asfalto quebrado, de paredes rugosas. Un estómago que podía oír, oler, saborear, tocar, pero no ver. ¿Cuánto tiempo necesitaría el monstruo para digerirla por completo?

«Gire a la izquierda hacia la avenida de Benito Pérez Armas».

Unos pasos apresurados sonaron a su espalda. Gloria pegó el hombro contra el edificio a su derecha hasta que dejó de oírlos. El alumbrado público había sido demasiado escaso para que pudiera discernir de quién eran esos pasos. Continuó su camino solo después de recitar los nombres de al menos diez monarcas castellanos del medievo.

«Gire a la derecha hacia la calle Gavinet; su destino está a la izquierda».

Había tardado algo más de media hora desde el lugar del accidente hasta su barrio, aunque bien podía haber sido una eternidad. Mientras andaba, no había parado de acariciar la pantalla quebrada de su teléfono móvil.

El dispositivo, igual que ella, había sobrevivido a dos accidentes de coche. Había sido una enfermera demasiado dicharachera quien había venido a su habitación para entregarle una bolsa de plástico con sus pertenencias. Gloria aún recordaba el olor a desinfectante del hospital, el tacto áspero de las sábanas, el sabor insípido de las comidas. El teléfono —que cuando conducía, siempre colocaba a su lado, entre los asientos delanteros— tenía la pantalla quebrada.

Gloria pulsó el botón de encendido del teléfono. Un instante

después, empezaron a sonar notificaciones: de llamadas perdidas, de mensajes recibidos, hasta una para actualizar el sistema operativo.

—Es un milagro que funcione —celebró la enfermera mientras daba palmadas, pero Gloria sabía que los milagros no existían, por más que sus padres aseguraran que sí.

Gloria suspiró de alivio nada más reconocer su edificio. El portal estaba abierto, por supuesto. Esa noche no cerró la puerta detrás de sí. El ascensor, por su parte, gimió igual que siempre mientras subía hasta la undécima planta. Cuando abrió la puerta de su piso, no encendió las luces como solía hacer. Caminó a oscuras hacia el sillón de orejas que había sido el favorito de su padre, sin importarle que la puerta hubiera quedado abierta como una boca a mitad de un bostezo.

Una vez sentada, respiró la oscuridad a su alrededor, que parecía estar compuesta de cristales diminutos que desgarraban las paredes de su laringe, de su tráquea, de sus pulmones. Hubiera querido llorar igual que haría una adolescente convencida de que su última desilusión es el fin del mundo, pero el glaciar que avanzaba de forma inexorable dentro de ella había congelado sus lágrimas.

Colocó el bolso sobre sus muslos antes de quitarse las gafas porque, sin ellas, la oscuridad sería aún más cerrada. ¿Habría sido la negrura previa a la creación del universo igual de opaca? Una risa nerviosa escapó entre sus labios apretados porque sin gafas, sin las luces encendidas, no podía distinguir los ojos de los santos colgados de la pared, que siempre parecían estar siguiéndola a todas partes. Entre tanta desolación, siempre había un aspecto positivo.

Gloria permaneció sentada, sin mover ni un músculo, mientras la oscuridad seguía filtrándose a través de los poros de su piel. El único sonido que perturbaba la quietud era el de un grifo goteando: ploc, ploc, ploc. ¿Había dejado el grifo de la cocina mal cerrado?

Con la oscuridad aún envolviéndola, sacó el casete del bolsillo interno de su bolso. Un casete que, según Cefeo, valía medio millón de euros. Honorio Gutiérrez había matado a su madre, pero ¿con qué derecho iba Gloria a chantajearlo, ella, que había estrellado un coche contra un muro con la clara intención de acabar con la vida de sus padres?

Más para aliviar su mala conciencia que por otra cosa, tiró de la cinta magnética del casete. Continuó tirando mientras la cinta, igual de negra que la oscuridad, caía enredada a sus pies.

Una luz cegadora, de pronto, obligó a Gloria a cerrar los ojos.

—¿Qué haces sentada a oscuras? —preguntó el culpable de haber encendido los candelabros de techo del salón.

Gloria reconoció la voz de Omar.

—¿Cómo has entrado?

—El barrio es bastante seguro, pero aun así, no deberías dejar la

puerta abierta. Cualquiera podría entrar a robarte.

—¿Qué quieres?

—He venido nada más ver tus llamadas perdidas, aunque casi no puedo escaparme del trabajo. Hubo una emergencia cuando estaba a punto de acabar mi turno. Una colisión entre dos coches, aunque poco va a poder hacerse puesto que los conductores fallecieron al instante. El caso es que pude escaparme porque el compañero que iba a sustituirme, que siempre aparece quince o veinte minutos tarde, por una vez vino a trabajar a su hora. —Omar hizo una pausa para masajearse el costado izquierdo. Gloria supuso que debían dolerle las costillas cada vez que respiraba, más aún si era cierto que el vencedor de su enfrentamiento con Cefeo no había sido él—. ¿Me llamaste para averiguar si había solucionado el problema con ese pelirrojo?

Gloria dejó caer el casete al suelo antes de levantarse. Con pies pesados como el plomo, caminó hacia donde estaba Omar, hacia el interruptor, para apagar la luz que el hombre había encendido.

Una vez que la oscuridad volvió a arroparla, reunió el coraje para encarar a Omar.

—¿Cuánto me quieres? ¿Me quieres más que a tus padres? ¿Más que a tus hermanos? ¿Más que a tu propia vida? ¿Me quieres tanto que abandonarías tu sueño de ser policía por mí? —preguntó con las mismas palabras que había usado unos días atrás.

Omar quiso volver a pulsar el interruptor, pero la mano de Gloria estaba protegiéndolo igual que un dragón guardaría la entrada de la cueva donde esconde su tesoro.

—Esa clase de amor no existe —declaró Omar—, pero aunque mi amor no sea como el de los cuentos de hadas, me prometiste que volverías a ser mi novia.

Gloria sintió, de pronto, un profundo cansancio. Había pensado que la negrura que había existido antes de la creación del universo era similar a su propia oscuridad. Cuán equivocada estaba. Comprendía ahora que su oscuridad era mucho más impenetrable porque nunca engendraría un nuevo universo. Era una oscuridad que olía igual de mal que el humo que expulsaba la refinería. Una oscuridad que, por supuesto, era el hábitat natural de los monstruos como ella. Una oscuridad que hasta había amedrentado a los fantasmas que solían rondar a su alrededor. ¿Qué iba a ocurrir con los cadáveres que habían recuperado del interior de la sima? Corroboraría el relato que Marlene había contado a los guardias civiles. Había amenazado a Marlene con hacer daño a sus hijos si mencionaba su vestido manchado de sangre. Un vestido que Gloria había quemado de inmediato. ¿Qué iba a ocurrir con la muerte de sus padres, con la muerte de Cristóbal? Había sido un accidente, nada más. ¿Qué iba a ocurrir con la muerte de Cefeo, con la muerte de Claudia? Ella no

había estado presente, nadie había visto cómo salía de uno de los coches accidentados.

El grifo continuaba goteando: ploc, ploc, ploc.

—Cierra el grifo de la cocina, anda, que está mal cerrado —pidió a Omar mientras, con una uña, empezaba a escarbarse la herida de la mano izquierda. Unos segundos después, preguntó al hombre—: ¿Has pescado alguna vez? ¿Conoces los diferentes tipos de anzuelos que existen?

Omar volvió a pulsar el interruptor para encender la luz.

—¿Quieres aprender a pescar o qué? —dijo antes de encaminarse hacia el sillón de orejas. Una vez sentado, dobló el cuerpo hacia delante para desatarse los cordones de sus botas—. El calzado de seguridad que debemos ponernos para trabajar no está diseñado para estos calores. Mis pobres pies están cocidos.

Gloria pestañeó porque, de pronto, no era Omar quien estaba sentado delante de ella, sino su padre, esperando a que su mujer viniera a quitarle los zapatos para ponerle las pantuflas. Una estampa de una viveza inusitada pese a haberse quitado las gafas.

—Cuando nos casemos, si quieres que vivamos aquí —continuó diciendo Omar, que estaba mirando a su alrededor—, vamos a tener que redecorar el piso. Cada vez que vengo me da mal rollo.

—¿Cuando nos casemos? —balbució Gloria.

Cerró los ojos de inmediato sin saber cuándo volvería a abrirlos. Como había pronosticado Cefeo, viviría el resto de sus días con la certeza de que nunca conseguiría su deseo más anhelado. Era más que probable que ese fuera su castigo.

El goteo del grifo era incesante: ploc, ploc, ploc.

—Cierra el grifo, por favor —pidió de nuevo a Omar.

Quizás fuera su imaginación, pero tuvo la impresión de que el grifo estaba llorando.

Gracias por leer *Malas compañías*.
Si quieres saber más acerca de mí, conocer mis obras anteriores, escribirme unas líneas o unirte a mi club de lectores, visita mi sitio web:

www.leticiamh.com

Si, además, disfrutaste con esta historia, te agradecería que escribieras una breve reseña. ¿Dónde? Pues donde te sea más fácil: Amazon, Goodreads, Facebook, Twitter, Instagram, etc. El boca a boca es fundamental para que otros lectores descubran este libro.

Únete a mi club de lectores para leer la colección de relatos *La destrucción*:



OTRAS OBRAS

La ecología de las arañas

Los muertos tropicales

Las muñecas chinas

El ruido del fin del mundo

El cielo caído

Mar de mentiras

AGRADECIMIENTOS

Unas novelas nacen con facilidad. Otras, como es el caso de *Malas compañías*, ven la luz después de un laborioso parto. Han transcurrido casi dos años desde que publiqué mi último libro, pero por fin he escrito el punto final de esta nueva historia.

Con mis tres primeras novelas viajé a Hawái, China y Estados Unidos. Quizás por culpa de esa morriña que sentimos todos los expatriados, retorné a mi tierra canaria con mis siguientes novelas: a mi isla natal de La Palma con *El cielo caído* y a la diminuta isla de La Graciosa con *Mar de mentiras*. Con *Malas compañías*, mi intención ha sido que ustedes, mis lectores, viajen conmigo a la isla de Tenerife, que ha sido —y siempre será— mi segundo hogar.

Gracias a Antonio Cabrera por ser mi lector más fiel. Contar contigo como lector cero es un auténtico privilegio.

Gracias a J. J. Fernández, estupendo escritor, por ser el mejor compañero de fatigas. Mis novelas serían mucho peores sin tus acertadísimos comentarios.

Gracias a GetCovers por diseñar una gran portada.

Gracias a Raquel Ramos por corregir el texto. Una vez más, ha sido un auténtico placer trabajar contigo.

Gracias a mis padres por facilitarme siempre el camino, aun a sabiendas de que mi viaje me conduciría a miles de kilómetros de ellos.

Gracias a mi hermano porque, con él, aprendí que leer es el mejor vicio que uno puede tener.

Gracias a Carlos, mi marido, porque mi vida hubiera sido mucho más aburrida sin él. Cada una de las palabras que he escrito hasta ahora existe gracias a ti.

Gracias, por supuesto, a ustedes, mis lectores, por hacer realidad mi sueño de escribir historias.